Accessions
115083

Shelf No.
D16.6

SIC OT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
REGIMINE DONATA A.D. 1822
CIVITATIS
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd Apr. 26th 1871

D6.

Small Edition – see
notice of this one, before
the "Enigma Curiosa"

LA CRYSELIA DE LIDACELI,

FAMOSA, Y VERDADERA Hiſtoria de varios acontecimientos de Amor, y Armas.

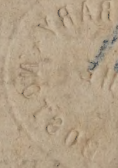
CON GRACIOSAS DIGRESSIONES, de Encantamientos, y Coloquios Paſtoriles.

DEL CAPITAN FLEGETONTE, Comico inflamado.

Año de 1720.

Con Licencia. En Madrid: En la Imprenta de D. Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara del Rey. Se hallarà en ſu Imprenta, y Libreria, calle de S. Thomàs.

D.160
.6



114058
G. T.

A LA
EXC.MA SEÑORA
LA SEÑORA LUISA
DE LORENA,
PRINCESA DE CONTI.

SOn tantos, y tan grandes los favores, que de vueſtra Excelencia he recibido, en la Corte del Chriſtianiſsimo Rey de Francia, y Navarra: que mis Amigos, con nuevas caricias, me aceptan, y los enemigos con dañadas entrañas me embidian. Ora, por dàr cauſa, à los unos de perſeverar en ſu benevolencia, y de los otros no ſer homicida de ſus vidas, pues les es ſuſtento la embidia, y murmura-

cion; no he querido dexar de mostrar (à lo menos) la voluntad, que tengo de servir à V. Exc. y aunque indigno de tal atrevimiento, le presento à la hermosa Cryselia, para que en el numero de sus Damas pueda ser admitida, y amparada, quedando seguro, que de V. Exc. serà favorecida, que es muy propio de Grandes socorrer à semejantes Personas, quando les vèn en baxa, y adversa fortuna. Guarde Dios à V. Exc. con el acrescentamiento de vida, y estado, que sus servidores deseamos. De Paris. El primero dia de Enero de 1609.

De V. Exc.
Humilde, y obligadissimo
Criado,
El Capitan Flegetonte.

LI-

LICENCIA DEL CONSEJO.

Tiene Licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mageſtad, para poder imprimir. y vender el Libro intitulado: *La Cryſelia de Lidaceli*, como conſde ſu original, &c.

Don Miguèl Fernandez Munilla.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este Libro intitulado : *La Cryselia de Lidaceli*, y concuerda con su original.

Lic. Don Benito del Rio y Cordido,
Corrector General por su Mag.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro intitulado : *La Cryselia de Lidaceli*, à seis maravedis cada pliego, como consta de su original despachado en el Oficio de Don Miguèl Fernandez Munilla, à que me refiero.

AL

SI supieſſedes (ſeñores Lectores) quantos penſamientos me paſſaron por la cabeza, antes de comenzar eſtas quatro reglas, y pequeña carta: juzgareis, que he tenido mas trabajo, en componerla, que no en todo eſte pequeño volumen: Y creedme, que he leìdo infinitas, aſsi cartas à Lectores, como tambien Dedicatorias, con belliſsimos exemplos, de diverſos Autores, que con diverſa elocucion, en diverſas materias han eſcrito: y hacia mis cuentas conmigo miſmo, diciendo: De aqui robarè el modo de decir; de eſte otro, robarè el concepto: de aquella encadenadura: y anſi (de todos un poco) vendrè à acabar aquello, à que no sè (caſi) dàr pricipio.

En fin, hecha esta deliberacion, quise meterla por obra, y mirando quanto havia robado, vine (con mi rudo ingenio) à conocer, que todos, ò la mayor parte de los que escriven, vienen à dàr en una misma cosa; pues que su disculpa es siempre, ò que Amigos se lo han aconsejado, ò que Señores se lo han pedido, ò que hicieron imprimir su Libro, por publicar alguna doctrina jamàs vista, ò que han tardado tanto à publicar su trabajo, porque le han robado el original, y quieren hacer conocer al mundo la verdad con la diferencia de lo que muestran: Lo que yo (con verdad) pudiera decir, pues que ha ocho años que me lo robò uno, que creo: no le entendia. Otros (en fin) toman ocasion de disculparse de los erro-

errores de la impresion, y semejantes cosas à este ton. Què quereis que os diga, que causa me moviò à mandar imprimir este Librillo? Y què esperanzas tengo de salir con el à la plaza de la murmuracion? Què fueron (por ventura) las del provecho? Lo podreis bien juzgar, viendo que no vale mas, que aquello, que serà de vos estimado: Que lo hice por alcanzar honra, y fama? Os asseguro de no, sì bien me podeis dàr una mentira con Valerio Maximo, que dice: *Nulla est tanta humilitas, quæ dulcedine gloriæ non tangatur.* Sea aquello que quisieredes: el trabajo fue hecho ha muchos años, y el publicarlo, agora, serà recibido de aquellos que de èl gustaràn. Solo os asseguro, que aquello, que agradar os puede, es la verdad de la

Hist-

Hiſtoria, y calidad de las perſonas, que aqui, disfrazadas, ſe os repreſentan. Recibireis, pues, à la hermoſa Cryſelia, que como à muger noble le podeis reſpetar, acordandoos de ſu grandeza, quanto os ſuplico à olvidar del Autor; pues la memoria de èl os quitaria la volũtad de leer la Hiſtoria. Doy fin, rogando à los Amigos, no procuren tapar las bocas à los murmuradores, pues quanto mas mal diràn, tanto mas ſerà mi pequeño trabajo publicado por el mundo: y ellos conocidos por maldicientes. Valete.

EL

EL AUTOR A SU CRYSELIA.

Cryſelia, tengo por cierto,
Que haveis de ſer murmurada
Por andar mal adornada.
En el poblado, y deſierto:
Causò aqueſte deſconcierto
El intentar mi pobreza,
Adornar tanta belleza;
Y anſi tened paciencia,
Que el murmurar es herencia
De mala naturaleza.

Tercera impresion, corregida de algunas erratas, que tenian las antecentes.

Se han impresso docientos y cinquenta Libros, y lo mesmo se hacen con otros Libros, imprimiendo de unos docientos y cinquenta, de otros ciento, ò docientos, para que los curiosos no carezcan de el buen gusto de leerlos; como tambien por no hallarse: Se vendian por dos, ò tres pesos cada Libro, lo que aora se adquiere por un precio moderado.

VALE.

ENIG-

ENIGMA CURIOSA.

EL padre de mi muger
Fue marido de mi madre,
Y el de la ſuya mi padre,
Mirad como puede ſer?
Todos quatro eſtaban vivos
Quando fuymos engendrados,
Y todos quatro caſados,
Declaradme eſtos motivos:
Noſotros tambien lo eſtamos,
Sin haver diſpenſacion,
Vivimos en ſanta union,
Y ſin pecar cohabitamos.

PRE-

PREGUNTAS ENIGMATICAS, que hace una Dama à un Cavallero advertido, para que se las descifre.

Gerardo ama à Belisa, siendo amado,
Y Belisa, que adora su cuydado,
Viendose sobre todas adorada, (da.
Precia su amor, su vida estima en na-
Gerardo absorto, que à Belisa adora,
Perder quiere su amor, por no perdella
Por no perder su amor perderse ella.
Decidme Doctos en amor aora:
Quando el peligro al uno de los dos
(O ambos quiere perdellos) (llama,
Aviendo de faltar uno dellos,
Qual es menos indigno
En un amante fino,
Faltar, quando mas ama,
Al Amor, ò à la Dama.

ENIG-

ENIGMA, Y METAPHORA de un Monſtruo.

MOnſtruo de naturaleza
Soy en mi fiſonomìa,
Pues me vereis cada dia
Sin pies, pero con cabeza.

Un ſuperior elemento
Deshecha otro de mi,
Pues para eſſo nacì,
Y para eſſo eſtoy diſpueſto.

Tal fuerza tiene eſte cuerpo
Simple, que me hace ſudar,
Y à muchos la ſalud dàr
Mi ſudor ſolia algun tiempo.

Parecido à un animal,
Que el Unicornio es llamado

Soy

Soy yo triſte, y deſdichado
Semejaſſe por mi mal.

Si quereis ſaber mi nombre
Sabeddlo por experiencia,
Que mi nombre ſe compone
Con aqueſtas nueve letras.

Q.B.V.M.A.I.L.E.A.

LIBRO

LA CRYSELIA
DE LIDACELI,
FAMOSA HISTORIA.
LIBRO PRIMERO.

Alianſe por las freſcas riberas del caudaloſo Noya, la Emperatriz Celidaura: y el deſeado Principe Salvanio de Lidaceli: y ſus dos queridas hijas, la Infanta Arima, y la bella Duqueſa Cryſelia, de rara hermoſura, y diſcrecion, y à poco trecho de ſu famoſo Caſtillo, combidados de las arpadas lenguas de los Ruyſeñores, y aun importunados del ardiente calor del

Sol, que yà ſe iva empinando, y hacia las ſombras mas pequeñas. Hicieron armar ſus tiendas, al pie de una pequeña montaña, do una isleta ſe hacia: de tan eſpeſa arboleda, que con la freſcura del ſitio, y la ſuave converſacion de muchos Cavalleros, que en ſu compañia venian: paſſaron gran parte de la ſieſta ſin ſentirla: tratando varios caſos de amor, y armas. Quando oyendo ruydo entre los arboles: vieron ſalir (con gran ſobreſalto de los que lo miraban) una paſtora de hermoſa, y gentil poſtura. Los cabellos que, de muy negros, eran de admirable parecer, le cubrian los tovillos. Traìa veſtido un pellejo de Onza, con mil ojos naturales en èl: unas abarcas en los pies:

piès: un tygre de trailla, que en lo ſangriento de los ojos bien denotaba ſu crueldad, imaginando no ſer viſta de nadie, ſe sètò al pie de un crecido pino, y ſacando de un zurroncillo que traia un pequeño rabel, deſpues de aver ſuſpirado un rato aſsi cantò.

Paſſo en eſte deſierto
Tan ſola, y triſte vida,
Quãto es mi muerte riguroſa, y triſte,
Entre uno, y otro muerto,
Sangriento embravecida,
Y ſolo en eſto mi placer conſiſte:
El Tygre que me aſsiſte,
Por mi fiel compañia,
Renueva la memoria,
De mi cruel hiſtoria,
Y del lado jamàs ſe me deſvia.
Ni el Tygre aſſombra tanto,

Quãto yo cõ mi trage al mũdo eſpãto.
En una gruta obſcura,
Tengo mi habitacion,
No por arte maeſtra fabricada:
Y aunque aſpera, y dura,
Me ſirve de colchon
La ſuperficie de ella, dura, elada.
Rompiendo el alvorada,
Salgo con eſte dardo,
Tras mì mi compañero,
Tan inhumano, y fiero,
A los que yo de ſu crueldad no guardo:
Como manſo, y humano,
A los que le ſeñalo con la mano.
Caſcando el verde erizo,
De la caſtaña verde,
Unas veces al guſto ſatisfago,
Otras por el hechizo
Panal, que alli ſe pierde,

En las ſimples abejas hago eſtrago:
Luego en un hondo lago,
Me arrodillo ſedienta,
Bebo, y mi roſtro miro,
Y en verle tal ſuſpiro,
Y en breve me deſvio,
Huyendo con temor del roſtro mio.
De alli à las ſendas voy,
Que aun eſtàn ſeñaladas
De ſangre humana, yà por mi vertida,
Donde aſſechando eſtoy
De alguno las piſadas,
Que le ſon las poſtreras de la vida:
Mi tygre me combida,
Con los miembros calientes,
Y el combite repite,
Yo no accepto el combitè,
Pero èl entre los dientes,
Luego los deſpedaza,
Mirad ſi me exercito en buena caza.

Apenas avia acabado la paſtora ſalvage ſu lamentable hiſtoria, quando levantada con un ay de lo intimo de ſu corazon, ſe tornò à emboſcar en lo eſpeſo del monte: dexando admirados los Cavalleros, y Damas, ansì de la ſuavidad de ſu muſica, y eſtraña hermoſura: como laſtimados del rigor de ſu vida. Y quien mas ſentimiento moſtraba, era la hermoſa Cryſelia: que en eſtremo ſe le avia aficionado, y diciendo palabras de compaſsion, moſtraba eſtàr con pena, deſeando de conocer, y tratar de cerca, aquella paſtora: y buelta al Cavallero de la Fuente Viva, que diſcreto, y esforzado era por eſtremo, le dixo eſtas palabras. Quan grande agravio hizo la naturaleza à

las

las mugeres, quan flaca es su fortaleza! quan limitado es su poder! quan apasionadas sus honras! quan costosos, y caros sus gustos! quan raro logran sus deseos! Porque lo dice vuestra Alteza? dixo el de la Fuente Viva: Digolo por muchas cosas, dixo ella, pues ay muchas razones para decillo. Y bien lo muestra la aspereza del trage de aquella pastora, bien lo muestran sus lagrimas, y el rigor de su vida. Digolo tambien por un deseo, que de vella, y tratalla se me ha recrecido, que à ser Cavallero como vos yà lo huviera puesto por obra. Riyose el Cavallero, y comenzaba à responder, quando les puso silencio un pastor, que cantando venia con su instrumento, y

à veces ſuſpiraba, llorando tambien à compàs mil lagrimas de ternura. Venia tan embeleſado, que haſta dàr en las tiendas, no ſintiò nadie de los muchos, que por alli ſentados, y tendidos eſtaban: decia pues aſsi.

Mi mal echas en riſa,
Aurelia, ſi del trato,
Pues mirálo mejor bella paſtora,
Que amor en mì te aviſa,
Que vivas con recato:
Ne ſe burle de tì otro algun hora,
Si burlares aora
De un triſte, que à tu cuenta,
El menor mal que ſiente,
Es el deſſeo ardiente:
Con que el amor tyrano le atormenta.
Aſsi vivas mil años,
Que dès un dia termino à mis daños.

Un

Un Mongibel ardiendo
Un Ethna embravecido,
Que el ayre de ſuſpiros le refuerza:
Me và acà conſumiendo
Por horas el ſentido:
Y quãto mas cõſume, mas ſe esfuerza,
Si la razon à fuerza,
Quiere apagar con agua,
El fuego que me abraſa,
Reſiſtele la braſa,
Y empinaſe en los ayres mas la fra-
Voyme que gente ſiènto, (gua:
Y no es para con gente mi tormento.

Yà à eſte tiempo el paſtor avia reconocido la gente, y ſe iva apartando àzia el boſque: quando el tygre de la paſtora cruel, le ſaliò al través, y èl con temor ſe entrò huyendo por la otra parte. Mas el Cavallero de la

Fu en-

Fuente Viva, el Varon de Saronia, y tras ellos el Principe Dalmacio, y Cardonio el Franco, viendo el peligro, en que el pastorcillo iva, subiendo en sus cavallos, fueron en su alcance. Y apenas se avian emboscado dos tiros de ballesta, quando del escondido de la selva: saliò un feròz salvage, relampagueando los ojos, la barba cana, y partida, à la cintura ceñido con ella: cubierto el belloso cuerpo con una piel de cabra montesa, con una herrada maza en la mano: y con passos acelerados se vino al pavellon del Principe Salvanio, que en los brazos de la Duquesa Cryselia estaba, y arrebatandosele se tornò à entrar con èl por la espesura de un valle. No ay

para

para que encarecer el ſentimiento de aquellas Infantas. La Emperatriz daba voces al Cielo: las Damas lloraban: la Duqueſa Cryſelia en los brazos de Enila, ſu fiel amiga, y compañera, quedò amortecida: los Eſcuderos gritando alborotados: los Cavalleros ſiguiendole, unos à pie, y otros à cavallo. Y lo que mas deſconſolaba aquellas ſeñòras era: vèr que faltaban los de que mas confianza pudieran tener, y mas importantes para tal neceſsidad. Al fin el hermano del Varon de Saronia, que aunque viejo de grande esfuerzo era: hizo entrar la Emperatriz, è Infantas, con las demàs Damas en unas andas, y encaminolas à ſu Caſtillo de Lidaceli. Do fueron recebi-

das

das con tales lagrimas, y llantos, que parecia ſer llegado el fin de aquella Ciudad. Y eſto fue pronoſtico de los trabajos, en que deſpues ſe vieron, como dirèmos. Los Cavalleros, que en ſeguimiento de la paſtora del tygre ivan, aconſejados, porque no ſe le fueſſe de las manos, repartidos por el boſque, ſe fueron entrando cada uno por ſu parte. El de la Fuente Viva ſe alexò tanto, que perdiendo el camino, fue à dàr en un Prado de agradable viſta: el qual artificioſamente, à modo de pyramide, ſe iva adelgazando: y la difinicion dèl, era una aguja de fino azero, que le reſpondia con tanta perfeccion, y hermoſura, que olvidado de ſu intento ſe fue llegando à ella,

con

con deſſeo de ſaber que edificio fueſſe, el qual, ſiendo el mas excelente de todo el Imperio, eſtuvieſſe tan eſcondido, y en lugar tan cercano à la cabeza dèl. Llegando, pues cerca viò à un pequeño poſtigo, que en una eſquina eſtaba, un venerable viejo: de tanta edad, que yà mas de raìzes, que de humanos miembros compueſto le parecia. Arrimabaſe à un torcido junco, y ſin decir nada, aſiendole de las riendas del cavallo, le hizo apèar en un ancho, y eſpacioſo patio, do ſe viò recebir de tres hermoſas Damas, que de blanco, verde, y encarnado eſtaban veſtidas. Y ſubiendole por una eſcalera de almendro jaſpe, le entraron en una ſala ricamente entapizada, dandole

un

un eſtrado de tapete, almohadas, dosèl, y cortinas de las coloros yà dichas. Aſſentòſe el Cavallero, y aviendo repoſado algun tanto, luego comenzò la de lo verde à templar una Arpa, que à modo de ancora en las manos traìa. Templada, y con grandiſsima corteſia, aviendo pedido atencion al Cavallero, con ſuave voz cantò lo que ſe ſigue.

Al arma, al arma, que ocaſiõ ſe ofrece.
Do preſto de tu esfuerzo daràs prueva:
Al arma, que un peligro tal recrece,
Que el fuego de Cartago ſe renueva:
Al arma, porque el trance lo merece,
Que à los paſſades, la ventaja lleva,
Pues enturbia la vena, do deriva
El aguà clara de la Fuente Viva.
De ſu cueva ſaldrà el Leon furioſo,

Y haciendo preſa en la ovejuela manſa,
Con los deſpojos bolverà glorioſo,
Dando al mundo de sì alta eſperanza:
Eufrates, Nilo, Ganjes el fructuoſo,
Refrenaràn el curſo en ſu alabanza:
Y de Cryſelia el nombre irà ocupando
Quãto el Sol con ſus rayos và alũbrãdo.

La torre del repoſo deſtruida,
Con tal brio, y valor ſaldrà un ſalvage,
Que enfrenarà la furia embravecida:
Del Leon bramador, y ſu corage,
Pero deſpues en dulce ñudo unida,
De tales dos la cepa por linage,
Hinchendo el mundo de ſublime gloria;
Durarà por mil ſiglos ſu memoria.

Antes que ſe efectue lo que digo,
De tu ſangre veràs bien tinto el prado;
Tambien ſe teñirà el de tu enemigo:
Por tu esforzado brazo derramado:

Re-

Renueva pues en tì el valor antigo,
Y pierde de tus cosas el cuydado:
Que el Sabio Osirio las tomò à su cuenta:
Y èl te sabrà librar de toda afrenta.

Estaba embelesado el Cavallero con el cantar de la ninfa: y pesole acabasse tan presto. porque entonces comenzaba à gustar, dexando algunos pensamientos al escuro lenguaje. Estando en esto viò entrar por la sala al salvaje que arriba diximos, que yà dexaba al Principe Salvanio encomendado, y como sabìa el huesped que tenia, venia à hacelle el debido hospedaje. Fue muy bien recibido el Sabio Osirio, que este era el nombre del Mago, y trayendoles à cenar con aparato sumptuoso: sobre mesa le comenzò à decir de esta manera.

nera. Bien sè que es mas la falta, que hace aora vuestra presencia: valeroso Cavallero: à Lidaceli: y mas el deseo de teneros allà que vos imaginais: y sè quan adversos principios, y comienzos, dàn los tiempos à las cosas de Lidaceli: que yà de veras ha buelto la fortuna las espaldas à su antigua prosperidad. Efecto son del tiempo desabridos, y penosos, para quien los vè tan à costa de su contento, y descanso. Y assi como à lo que està determinado de arriba abaxo no ay reparo: es grandeza de animo llevar de tal suerte las adversidades, que queden brios, para lograr los bienes, que tras ellas pueden suceder. Ocasiones tan de peligro, y trabajo, como las que se ofrecen, animos valerosos, y corazones heroy-

cos requieren. Grandes portentos, grandes caſos ſignifican : grandes caſos, con grandes fatigas ſe conquiſtan. Yo sè que aveis de vèr alguna hora eſta verdad, y ſe os ha de acordar, lo que aqui os digo, con aſsàz congoxa de vueſtro corazon. Enſayadle deſde aora, y prevenidle con certidumbre, que ſeràn mas los aſſombros que el daño: y mayor el peligro que el ſucceſſo : y de ello reſultarà entero contento : Agradeciole, mucho el de la Fuente Viva el aviſo, y hablando ſobre varias coſas, ſaliò una Donzella con una Cytara, y comenzò aſsi.

Repoſa flor de las armas,
Y en repoſando deſpierta,
Que te llama la ocaſion:
Donde la fama te eſpera.

Haſta aqui dichoſo fuiſte,
Deſde aqui dichoſo ſeas,
Que bien has meneſter dicha
Para tan altas empreſas.
Que aunque vales lo que vales,
No requieren menos ellas,
Duerme, que deſpierto haràs
Con qne tu fama no duerma.
Aunque ſeràn mas tus glorias,
Que la fama tiene lenguas,
Y mas ſeràn tus hazañas,
Que los ojos, con que aſecha.
Si Tygres te amenazaren.
Si Leones, ſi Phanteras,
Tygres comete, y Leones,
Todo venceràs, no temas.
Si peñas te reſiſtieren,
Con esfuerzo rompe peñas,
Que mas dañarà el temor,
Que la reſiſtencia dellas.

Como iva cantando la ninfa, ſe iva durmiendo el Cavallero: con tan poca reſiſtencia, que al fin ſe dexò caer en el regazo de la ninfa de lo blanco, junto aquien eſtaba ſentado: y de alli ſin ſentirlo fue pueſto en la cama. Mientras el de la Fuente Viva repoſaba, iva Cardonio el Franco, por la maleza de la ſelva, y à poco trecho oyò un grande eſtallido de honda, y ſoſpechando lo que ſeria, llegò àcia aquella parte: do viò el Tygre, con el paſtor, y paſtora ſalvaje, que le avia echo ſeñas, y halagado, y preſo del collar decia eſtas palabras al paſtor. Baſtete cruel enemigo, el rigor de mis males, baſtete el trage de mis deſventuras: baſtete el eſtraño eſtado à que me has traido: bien caros ſon los favores: bien coſtoſa es la piedad, bien comprada eſtà

con

con ſangre humana, la voluntad à que te inclino. Mira el horrible eſpectaculo de un deſden: mira la imagen de tu rigor: mira el monſtruo de mi porfia: aun eſta fiera olvidada de ſu natural crueldad te averguenza, pues me acompaña, me defiende, y me venga. Si quando mis ojos te tratan de mi daño, y mis cabellos averiguan tus ſin razones: mi frente trae eſcrita tu ingratitud, mi boca pregona tu menoſprecio. Si quando mi corazon, rebentando, condena tu porfia, no oyes, no reſpondes, no acudes, no digo al remedio, pero ni à la compaſsion de tantos males: bien podràs reſiſtir un Tygre, pues mas cruel que èl, aſsi tratas mi corazon. Y con eſtas ultimas palabras, que yà las anſias de la vecina muerte interrumpian, diò conſigo

en el ſuelo amortecida, y el Tygre con doloroſos ahullidos comenzò à celebrar las obſequias de ſu fiel compañera. El paſtor ſe fue por un poco de agua, Cardonio ſe apeò por deſpertalla, laſtimado de tan triſte ſucceſſo, y echandole agua en el roſtro, que el paſtor diligentemente traxo, bolviò en sì mas muerta que viva, y reclinando la cabeza en los brazos del paſtor, ansì comenzò à decir. Queda à Dios Liſeo, y goza de los deſpojos de tu victoria, yo muero ſatisfecha, y la mayor pena, que llevo, es ir en tu deſgracia. No lo eſtàs, replicò el paſtor llorando, y beſandola mil veces, le diò la mano de eſpoſa Ella viendo tal mudanza al fin de ſu canſada vida le dixo abriendo los ojos, que ya la muerte iva cerrando: Dichoſo fin,

que

que mereciò tal corona, queda amigo, que yo voy alegre con la palabra que me has dado, y diciendo esto, espirò en las manos de su Liseo, el qual cayò al otro lado amortecido. Bien pensò Cardoniò que ambos hacian el mismo camino, y tomando de una mano al pastor le despertò: el qual sin decir palabra, levantado en pie atonito, cavò en tierra, y hizo un hoyo, con la punta de su dardo al pie de un oloroso mirto, donde enterrò à su esposa, y en el tronco dèl, con el mismo dardo gravò en rusticas letras este epitafio.

Muriò el estremo de Amor,
Y con èl muriò mi bien:
Ved lo que hace un desden,
Lo que puede un disfavor.
Yo Liseo, la matè,

Y aqui le dì ſepultura:
Yo vengarè ſu hermoſura,
Y mi rigor vengarè.

Eſcritas eſtas palabras, ſe deſnudò el paſtor, y tomando el pellejo de ſu Eliſa, que de ella avia heredado, ſe le viſtiò. El Tygre, ò por el olor del pellejo, ò por ſe moſtrar agradecido al beneficio, que ſu compañera avia recibido, ſe fue tras Liſeo, el qual ſin decir palabra ſe entrò por el boſque ſin dexarſe vèr jamàs de Cardonio, que eſpantado quedò de vèr tales eſtremos de amor. Y ſubiendo en ſu cavallo le diò de eſpuelas; por ſer tarde, acordandoſe del triſte ſucceſſo de la hermoſa Glaupa, tan ſemejante à aquel, q̃ mil lagrimas le hacia derramar, y le recreciò un grande deſeo de ſu linda Angelica, querida prenda de

los

los dos. Yendo en estos pensamientos, le sobrevino la noche en medio de un espeso monte. Estaba fatigado del trabajo del dia, y apeandose quitò el freno à su cavallo para que pacies-se, y èl se arrimò à una vieja Encina; y comenzando à reposar, sintiò poco apartado de sì, dos hombres, que echados al pie de un arbol hablaban entre sì; en la voz conociò al uno, que era Raxadelio el Fuerte, uno de los mas valientes, y animosos cavalleros, que en el Imperio avia, saludoles con contento de hallarlos en tal ocasion, y fue informado de ellos de todo el suceso del Principe Salvanio, del dolor de la Emperatriz, y del gran sentimiento de todos los del Castillo de Lidaceli; y pesandole en estremo, propuso en su animo de bus-

car

car al Principe. Alli repoſaron aquella noche, y venido el dia, ſe deſpidieron, tornando cada uno por ſu parte: y aviendo Cardonio andado mas de tres leguas ſin vèr perſona alguna, diò conſigo en una pobre cabaña, do determinò (porque el calor comenzaba) paſſar la fuerza dèl. Y entrando hallò tres paſtores: los dos contendian por ſaber, qual era mas querido de una hermoſa paſtora, que por aquellos exidos repaſtaba. Alegando cada uno las razones, que le movian à confianza de ſu preferencia: y diſculpandoſe Danteo de la competencia, que con ſu amigo Liſardo traia, (que eſtos eran los nombres de los dos) recibiò èl, y los demàs con mucha corteſia, à Cardonio, que muy alegre eſtaba de aver llegado à tan buena ocaſion.

sion. Rogòles, no dexassen la contienda comanzada; y hecha señal por el tercero que por juez estaba, y avia escogido, comenzò Danteo templando su rabèl à cantar de esta ma nera.

Lisardo tu Danteo
Quexoso de tu musa,
De quien es (sin razon) tan maltratado:
Dichoso en el empleo
Que por ser tal me escusa
Aunque por ser tal, me hagas culpado:
Quanto quiera ultrajado,
Nada menos amigo
De lo que siempre ha sido,
Ante tus pies rendido
No quiere riñas, quiere paz contigo.
Afloxese algun tanto
Tu saña injusta, al menos, mientras canto.
De tu hermosa Alcida,
De Alcida estrella mia

Cuyo

Cuyo nombrê mi alma beatifica:
Por tì fue conocida
De mì la gallardia,
Que nueſtra edad, y tierra hace tã rica:
Per tì le ſacrifica
Mi herido pecho, el hierro
Con que tu haciendo yerro
Me heriſte, y yà muerto
Fuera, ſino dexara eſſe deſierto,
Por vèr en èl poblado
Tu bien, para tu mal tan alabado.
Quiſiſte decir algo,
Pero dixiſte poco,
Para lo mucho que, contemplo en ella,
De mi juicio ſalgo,
Y quedo hecho un loco,
Viendo que eſtoy à do no puedo vella:
O mi luciente eſtrella!
O linda, y clara luna!
De cuya luz ſerena,

Mi vista estuvo lleno,
A par de quien no luce otra ninguna:
Què hombre ay que te vea,
Que libertad, y sesso mas possea?
La culpa es de Lisardo,
Si he deseado verte,
Si te entreguè la libertad, y el alma:
Si en vivas llamas ardo,
Si merecì quererte,
Si su velera nave queda en calma?
Si le quitè la palma,
Si yà no es tan querido,
Si te mueven à risa
Sus males, y me avisa,
Que es mas seguro el bien mas escõdido?
Pero el ladron despierta,
Riqueza mal guardada, ò descubierta.
Miròmè Alcida un dìa,
Y fue creo el primero,
Que en mi alma amaneciò luz tan divina:

Y fuera de la fria
Noche, del fin poſtrero.
Quien pienſa eſcurecerla, deſatina:
Do eſtà la peregrina
Luz, que me alumbrava,
Do como maripoſa
Bovita, y amoroſa,
Mi deſeo las alas le abraſaba:
Do eſta, la que yõ adoro?
Pues todo es plata, ò cobre, y eſta es oro.
En ſer eſto qual digo
Ningun agrauio te hago,
Porque es libre el amor, y la ventura,
Ni las leyes de amigo,
En tal caſo deshago,
Deshacelas amor, que ſon ſu hechura:
Si en una carcel dura
Me entrara de mi grado,
Ningun agravio hiciera
A la amiſtad primera,

Que

Que contigo Lisardo he professado:
Pues por què me condenas?
Por què me tiene Amor en suscadenas?
Dime Lisardo quando
Los ojos me pintabas:
Que à las mas rutilantes dos estrellas
Estàn avergonzando:
Y quando me alababas,
Aquellas arqueadas cejas bellas:
Que basta solo vellas
Para quedar prendado,
Y la frente serena
De cien mil gracias llena
Y aquel cabello de oro crespo ondado:
Del qual mil almas cuelgan,
Y porque cuelgan dèl presas, se huelgan.
Quando esto me tratastè,
Por tan rudo, y grossero
Me tuvistè, que en mi no hiciesse mella?
Bien tu mal procurastè,

Y en ſer ſu pregonero:
Llegaſte à punto de quedar ſin ella:
Por tanto tu querella
Buelve donde ha ſalido,
Tu, el alma por la viſta,
Rendiſte à ſu conquiſta,
Mas yo ſe la rendì por el oido:
Que ſus merecimientos,
Oidos ſolos cauſan mil tormentos.

Bien moſtrò Danteo al nuevo hueſped el metal de ſu contienda, y la cauſa porque tenia quexoſo à ſu amigo Liſardo: aviſando quanto importa la cautela: para eſcuſar los deſabrimientos, que en los caſos de amor ſuelen ſuceder; y apenas huvo acabado, quando ſonriendoſe Liſardo, con grande confianza comenzò à cantar diciendo.

Si tan amigo fuera
De tu infelicidad,
O como tu viviera receloso,
Tu engaño permitiera,
Pero ni mi amistad
Lo consiente ni un pecho venturoso:
Que tan rico, y dichoso
En brazos de su Atcida
Goza alegres despojos,
Y se mira en sus ojos,
Con que el alma, y la vida
A acabar de contento alli combida.
Si te alabè el coral
Fino de aquella boca?
Y el resplandor divino de su frente?
Si el pecho de cristal,
Y el cabello, que apoca
Las madexas mas finas del Oriente?
Si el ayre, y continente,
Si el gallardo passeo?

Que el campo reverdece
Para lo que merece
Tan alto, y rico empleo
No pienſes ſatisfice mi deſeo?
Si alli te engrandecia,
Las mexillas mezcladas,
De azucenas, y purpurèas roſas,
Y luego decendia
A las perlas cercadas
De grana que las buelve mas viſtoſas:
Y las manos gracioſas,
Aun mas que hechas al torno:
Del hablar, del donayre,
Y del reir el ayre,
De toda ſu perſona el bello adorno,
Alababa mis bienes
Y la corona pueſta yà en mis ſienes.
Si dixe que alumbraba?
El alma venturoſa?
Que era mi Norte bello, y clara eſtrella?

Si dixe que dexaba
Atràs el lyrio, y roſa?
Y que era mas que la hermoſurà bella?
Si dixe que por ella
Siglos vivir querria,
Pues para ſu beldad
Ni una eternidad,
Mucho me parecia
Una vez te lo dixe, ymil diria.
No eſtabas tu delante
Quando ella en tu preſencia
Sin mirar el recato que debìa:
Con un triſte ſemblante
De mi cercana auſencia:
Y apenas ſe partia
De mi viſta el luciente
Rayo que me embiaba:
El qual à ella tornaba
No tan viſtoſo pero mas ardient
Y alli reverberando,

Mas encendido fuego iva cauſando.
Puedes à tus recelos
Cantar triſtes endechas
Tus eglogas bolver en Elegia:
Puedes llorar tus duelos,
Y entre miedo, y ſoſpechas,
Depoſitar tu loca fantaſia,
Que ni la lozanìa
Ni el lenguaje fingido
Ni el mirar engañoſo
Ni el pecho codicioſo
A mi Alcida han movido,
Que en todo no aventaje mi partido.

Acabò Liſardo, y pidiendo ſe determinaſſe ſu contienda, el viejo paſtor, por honrar al nuevo hueſped buelto à Cardonio le dixo ansì. Bien has conocido por nueſtro rudo eſtilo, quanto es el ſeñorìo del tyrano amor: pues en hombres de tan toſco lenguaje, ha

pueſ-

puesto tan delicados pensamientos, y à tan pechero trage, ha repartido tan delicados, y nobles cuydados. Yo estaba por juez de este certamen, pero pues tenemos la corte en nuestra chozuela, gozaremos de la sentécia à fuero de corte; y no te desdeñes de hazello, q̃ si los cõtendedores son pastores, la contienda es real: Espantado Cardonio del discreto proponer del pastor, aceptando el cargo dixo ansi. Aunque las disculpas de Danteo hacen mas licita su pretension, la confianza de Lisardo assegura el partido de su preferencia; pues en los casos de amor, primero suelen ser las sospechas, que la causa de ellas, gozad entrambos de vuestros pensamientos, y Alcida darà la sentencia en favor de aquel aquien mas se inclina; porque

en eſte pleyto ſu voluntad es la juſticia del vencedor. Rieronſe los paſtores muy ſatisfechos de la ſentencia, comenzando à aparejar la meſa, por ſer yà hora de comer. Mientras eſto paſſaba Oſirio, que al Principe Salvanio avia robado de los brazos de ſu querida hermana, embarcandoſe en una pequeña nave, que ſin velas en el puerto tenia para eſte efecto, en breve tiempo diò configo en la Corte del Emperador Ceſarino, que en aquella ſazon florecia mas que otra ninguna. Do de todas partes del mundo ſe criaban Principes, y grandes Señores; y entrando por el Palacio, con grande admiracion de todos los que le veian, no parò haſta llegar à la ſala donde el Emperador, y Emperatriz comian, y con ellos el Principe Fortilèo ſu unico Heredero, de la mas

excelente valentia, y gentileza, que hasta aquella sazon en el mundo se avia visto. Comian con ellos otros Principes de valor, y estima. Llegado pues el salvaje, sin hacer mas cortesia, dixo estas palabras. Vès aqui Cesarino la ocasion do puedes cumplir lo que tanto ha prometiste: en premio del servicio que te hice quando con la hermosa Emperatriz Leonida saliste del Palacio de las Ruedas. Esta es mi unica esperanza, este es baculo de mi cansada vejèz: este es mi solo remedio, aqui te lo deposito, y haz cuenta, que mas de ser reliquiario de mi libertad, serà luz, de cuya luz la tendran tus descendientes, y el mundo todo: que ilustrado con sus rayos verà las mayores hazañas, que ayan visto los vivientes. Aqui te lo

dexo mira como le tratas, pues me debes el cuydado, que ſiempre tuve en las coſas de tu ſervicio. Y tù Fortilèo, dexa el repoſo, porque yà ſe te aparejan caſos eſtraños, y ocaſiones donde ſerà meneſter dexalle. Acabo de tus empreſas en premio del valeroſo animo, con que daràs remate à tantas hazañas: gozaràs la mas excelente preſa, que gozò corazon humano. Aviendo dicho eſtas palabras ſe deſapareciò: quedando el Principe Salvanio en medio de la ſala. Sintiò mucho Ceſarino, no poder tratar coſas ſuyas con mas eſpacio con Oſirio, y levantandoſe tomò de la mano al Principe Salvanio, y aſſentandole cabe sì, le dixo eſtas palabras. Perded hijo mio el cuydado, y temor, que aunque no os quitarè el ſentimiento,

que

que de tan dura auſencia, con razon, tendreis, guſtarè mucho que conozcais, que ni el ſabio ſalvaje, ni aquellos que tiernamente os amaban, os perdieron con mayor dolor de lo que es el amor con que aquì ſois recibido. El Principe, aunque de poca edad, con palabras de mucha diſcrecion, y muchas ſignificaciones de agradecimiento, reſpondiò aſsi à lo que el Emperador le decia, como à muchas coſas que la Emperatriz, y aquellos Principes, con èl trataban: y ſe huvo de manera, que en muy pocos dias tenia grangeadas las voluntades de todos, y era de ellos eſtimado, ſobre los que de ſu edad en aquel Palacio, y Corte ſe criaban. Fortilèo, que con grande congoxa avia quedado de las palabras que el ſalvaje le avia dic o,

andu-

anduvo muchos dias buscando medio como salir de la Corte de su Padre sin que fuesse sentida su partida, que bien sabia se lo avia el Emperador de estorvar por el consuelo de Leonida, que en èl como en espejo se miraba. Estando una noche con estos pensamientos sin poder reposar: saliò de la cama, y poniendose al antepecho de un balcon: viò que de lexos se venian àcia aquella parte quatro luces por el ayre, y acercandose mas, divisò que era un carro, guiado de quatro sierpes, y en cada una un enano con su antorcha en la mano. Venia el carro toldado de morado, y en medio un cerrado cofre cubierto con un tapete del mismo color. Venia sentada una donzella con la mano en la mexilla en la una parte, y à la otra un

leon

leon de metal, que en las manos traia un escudo, y en èl las armas de Lidaceli en un quarto, y en el otro las del Principe Fortileo. En la timbre venia un leon coronado con escudo en las manos, y en el este mote.

Harè que mi nombre assombre,
Aquien no viere mi brazo:
Y aquien leyere mi nombre
Quedara corto, y èscassò,
Porque aunque es tan feroz,
Solamente en ser oido,
Lo que ay del cuerpo à la voz,
Avrà del golpe al ruido.

Mucho sentido tenia el mote, y no dexaba Fortileo de sospechar, ser aquella obra del sabio Osirio. Levantose en pie la donzella, que hermosa; aunque triste, venia; y pareciole al Principe la mas estraña ventura,

tura , que nunca huvieſſe , oido ni viſto : porque los enanos venian veſtidos de terciopelo pardo eſcuro , ſus marlotas del miſmo color, liſtadas de leonado : cada qual traia un doblado latigo en la mano : En los quatro pilares avia quatro gigantes de eſpantoſa viſta , cada uno traia un cartel en el eſcudo , y en la mano derecha una maza de fino azero. En el cartel del primero , venia maravilloſamente dibuxada una Ninfa , de eſtraña hermoſura , haſta lo que confina del cuello con el pecho , y de alli haſta la cintura , una ſierpe que con ſus uñas deſpedazaba unas grandes alas que traia , y la letra decia ansì.

Eſta ſierpe , que à porfia
Deſtruye quien la ſuſtenta,
Bien al vivo repreſenta
La pena , y congoxa mia.

Las

Las letras de este eran de oro en campo negro. El segundo gigante traia una Aguila Real, el pecho abierto por un leon coronado que se lo rasgaba, y decia el mote.

Representa estremo tal,
La guerra de mi sentido:
Que vencedor, y vencido
Queda con tormento igual.

Las letras eran de oro en campo encarnado. El tercero gigante traia dibuxada en el escudo una espiga granada, que una mano iva à coger, al tiempo que ella se desviaba, y parecia estar la mano codiciosa de ella: y el mote decia.

No se quien mi bien me impide,
Pues procuro, y nunca acabo,
De llevar mi empresa al cabo.

Las letras de este estaban hechas de pla-

plata en campo pardo. El quarto gigante, moſtraba en ſu eſcudo un ſalvage, que con dos medios corazones en las manos, hacia mueſtra de querer comer la una parte: y deſpues mudando de parecer los juntaba, y decia.

Quando mas deſeſperada
Se viere el alma de bien,
Eſpere, y no mire en quien.

Las letras de eſte, que de plata eran, venian en campo verde. Pueſta pues en pie la donzella, que de agradable hermoſura era, traia los cabellos trenzados con un liſton de nacar: veſtida con una cota Ingleſa acanelada, una banda de un color diſcreto, en ſu mano una carta ſellada con tres ſellos, la qual con corteſia ofreciò al Principe: y abierta por èl, viò que decia

decia ansì. Valeroſo Principe, la fama del Caſtillo de Lidaceli, huviera yà llegado à vueſtra noticia, en el eſtado de ſu felicidad, y privanza: ſi la inclemencia de mi fortuna no lo huviera impedido: quitando en juveniles años la vida al esforzado Francelin; pero pues lo que à ſu fortuna quitò el Cielo: Tan acolmo os diò à vos: ſin duda os tenia reſervado, al tiempo del meneſter, y afliccion ſuya, para conocelle. Yo la Emperatriz Celidaura, que en el deſierto de mis congoxas quedo, tan apique de un vergonzoſo deſtierro, dando à Eniſa mi menſagera toda mi creencia, os quedo eſperando haſta que viniendo con el valor acoſtumbrado, reſcateis nueſtra libertad. Eſto decia la carta, y leida por èl ſin mas repoſar, ſaltò

en

en el carro, que en un buelo le apartò de la viſta de ſus Palacios. Comenzò Eniſa à dàr cuenta del aprieto en que la Emperatriz eſtaba, y del triſte ſuceſſo de la pèrdida del Principe Salvanio, aquien nadie en el Palacio del Emperador Ceſarino conocia ſino por hijo del ſabio Salvaje, proſiguiò diciendo: El Varon de la Roca partida de cruel, y aſpera condicion, viendo auſente al esforzado Cavallero de la Fuente Viva, Cardonio el Franco, y el dichoſo Varon de Saronia, que eran firmes columnas de nueſtro Imperio: pareciendole hacer el empleo, à que ſu inſaciable codicia, tantos años avia, le incitaba: ſubitamente con cincuenta mil de los ſuyos, entrandoſe por el Imperio, talando los campos, arruinando los ſembrados, matan-

tando, los ganados, y llevandose presos los pastores: poniendo fuego à las Villas, y metiendo à saqueo las Ciudades: en solos tres dias ha llegado à poner fuego al famoso Castillo de Lidaceli, y como su arrogáte corazõ no sufre q̃ se le dilaté los despojos, que desea, imaginando que duraria mucho el sitio, sin poner en efecto su pretension, embiò à la Emperatriz mi Señora, requiriendola que dentro de dos dias naturales, diesse un Cavallero, que armado en el campo combatiendo con èl defendiesse su derecho, ò se salieſſe con las Infantas, y las demàs Damas, y dueñas, que en su compañia tiene: donde no, que poniendo fuego al Castillo las haria perecer miserablemente. El estado de nuestras cosas es este, no quieras saber

mas, que ni yo puedo aunque quiera decirtelo. Conviene q̃ armes, porque yà ſe acerca el dia, y noſotros nos acercamos al Caſtillo, y ſerà bueno entres luego al punto para lo que ſucediere. Dicho eſto abriendo el cofre que en medio eſtaba ſacò unas Armas, la gravadura de las quales era de finos diamantes, los cintos de oro, con las puntas de unos rubies de ineſtimable valor: Armado Fortileo, amaneciò al pie de un hermoſo Caſtillo, en una redonda plaza, q̃ la punta de un levantado cerro coronaba, y mirando al rededor de el cerro, vieron infinito exercito de gente, que por no aver aun paſſado el quarto del Alva repoſaba: Echadas las tiendas por entre aquellos arboles, de que el ſitio era fertiliſsimo. Holgòſe mucho

For-

Fortileo con tan hermosa, y agradable vista. En esto calaron del Castillo la puente, que levadiza era, y tomando Enisa al Principe de la mano, le entrò por el patio primero, adonde avia de marmol jaspe, y porfido, anchas, y hermosas claraboyas, grandes, y ardientes columnas de alabastro, y en los cornices, do hacian su difinicion estatuas de bronce, con rarisimo artificio entretalladas. Avia mas adentro una escalera de caracol no muy ancha, obrados los arrimos de ella de obra Mosayca, con mil maxcarones follajes, y monterias, obra famosa del famoso Aglauro. Subieron juntos los dos hasta dàr en una sala, entapizada de un pincèl tan delgado, y vivo, que à la vista engañaria qualquiera Maestro del Arte, don-

de las hazañas de sus antepassados se veìan. Saliò la Emperatriz acompañada de las Infantas, Arima, en quien el Cielo puso el estremo de gracia, y hermosura, con una discrecion, y gravedad digna de Imperio, y la Duquesa Cryselia, en sumo grado hermosa: recibiendo al Principe con grandisimas muestras de contento, aunque los colores de sus ropas mostraban bien la congoxa de sus corazones. Al punto que Fortileo fue à hacer la cortesia à la hermosa Cryselia, salteado de un subito accidente, quedò tan desasido de sì, que diera de ello notable muestra à todos, si la Emperatriz, tomandole de la mano, no le sentàra en el estrado. Donde le dexarèmos por acudir al de la Fuente viva, que despues de haver reposado,

ape-

apenas amaneciò, quando armado de las armas, que las Ninfas del Caſtillo le preſentaron: deſpidiendoſe de el ſabio comenzò à caminar en un ayroſo brioſo, gallardo, y veloz cavallo, y emboſcandoſe por aquellas breñas: al cabo de pocas horas, diò conſigo en un eſpeſo, y hondo valle, y atraveſandolo por una pequeña vereda, viò xna feròz Tygre, que un cervetillo tierno, en los comillos llevaba atraveſado: Diole gana de quitarle la preſa, que aun era viva, y ſiguiendola, ſe calò tràs ella por la boca de una ancha cueba, haſta dàr en un ſombrio valle, que de laureles, y otros arboles de mucha freſcura, eſtaba ſitiado: y en caminando àcia donde la Tygre ſe metia: viòla orillas de un manſo arroyuelo, à los pies

de un Paſtor, que aunque gallardo, de laſtimoſo aſpecto le pareciò: tenia los cabellos crecidos, y erizados, hundidos los ojos, la nariz afilada, los labios cardenos: y todo èl de una color amarilla, que mas moſtraba ſemejanza de muerto, que de vivo: eſtaba recoſtado con la mano en la mexilla, vertiendo lagrimas à porfia: y como la Tygre viò al Cavallero de la Fuente viva, con increìble ferocidad, y mayor lijereza, dande un ſalto, ſe le arremetiò. Bolviò Liſeo ſobre sì (que eſte era el Paſtor) y haciendole ſeñas la amansò, diciendo con voz doloroſa eſtas palabras. Que ſuerte tan eſtraña os ha traìdo por eſte deſierto? No ſon eſtos inhabitables yermos, para que un cavallero, como vos, pueda lograr, exercitar, ni

moſ-

moſtrar ſu valor : no es la ſoledad de eſte lugar , para otro corazon que el mio : Si vueſtro mal no es del metal del que yo padezco (de lo que eſtoy muy cierro) huid del valle de los deſeſperados. Eſpantòſe el Cavallero, y procuraba conſolarle ; pero bien viò que era por demàs , antes conocia darle infinita pena : preguntabale la cauſa de ſu paſsion , ſin poder ſacarle palabra , en reſpueſta de ſus preguntas. Determinò de no tratarle mas de ello , y por ſer yà tarde ſe quedò con èl , aquella noche : y aunque Liſeo ſentia mucho el haver de tener compañia, ſola una hora , con que pudieſſe tener alivio ſu cuydado : con todo (por no parecer inhumano) le diò de cenar , de algunas frutas , que por alli havia : y venida la hora del repoſo , ſe

apartaron el uno del otro, poniendoſe Liſeo al pie de un ciprès, por ſer arbol triſte, y funeſto: y comenzando à ſuſpirar, fue ſentido del Cavallero, que paſſo à paſſo ſe le acercò, para eſcucharle. El ſe embeleſaba de quando en quando, y luego buelto en sì, con profundos ſuſpiros (que del intimo del pecho, y aun del alma, parece que los arrancaba) decia mil laſtimas con tal llanto, que los ſollozos, y lagrimas, interrumpian, y atajaban ſus apaſsionadas razones: eſtaba el Paſtor rebolviendo en ſu memoria, laſtimoſas tragedias de amores, porque à eſto le combidaba el deſaſtrado fin de los ſuyos. Acordabaſe de Pyramo, y Tysbe, de Ifis, y Anaxarete, de Cleopatra, y Marco Antonio; y ſobre todo le laſtimaba mucho el de

Lean-

Leandro, y Hero. Y soltando (despues de enjugarse, y limpiar las lagrimas de su melancolico rostro) la cansada voz al son de un mal polido rabèl, que consigo traìa por compañero de sus lamentaciones, cantò ansi:

Y à aquel fastigio, celso, y empinado,
Cuya sobervia al Cielo amenazaba:
De donde, si la lumbre le llamaba,
No temia Leandro el Mar hinchado.

Desecho pieza à pieza està arrasado,
Y amor, que en èl su culto sublimaba,
Con su fuego, saetas, arco, aljaba,
Nunca se viò despues tan estimado.
Luchando con las olas alteradas,
A quien Hero diò nombre muerta en èllas:
Muriò Leandro, y Hero le acompaña.

Que biẽ puedo esperar? si en las pisadas
Que en ellos diò el amor, y en sus estrellas,
Mi estrella de mi fin me desengaña.

Eran

Eran tantas las lagrimas en eſte paſſo; que parecia que ſu vida huya por momentos, dando atropelladamente en el deſpeñadero de la muerte. Y porque los males de amor ſon de tal calidad, que quando mas atormentan, mas caſado eſtà con ellos el que los padece, y la muſica alivia el ſentimiento, bolviò à templar ſu inſtrumento, y cantò lo ſiguiente.

En una yà ſeca eſpiga,
Una importuna cigarra,
Tres dias ha, que celebra
Obſequias à mi eſperanza.
Llora el fruto que perdiò,
Y la mengua que aora paſſa,
Y diceme que es ſu mal,
Semejante al de mi alma.
Que ſi gozara prudente
Del grano, que en colmo eſtaba,

No

No viniera à padecer
Una afrenta tan estraña.
Diceme que la ocasion,
Fuera del copete, es calva,
Y quien la pierde se pierde,
Que nunca torna si passa.
Diceme, que de mis males,
No es el ciego Amor la causa,
Sino de mi pensamiento,
La importuna confianza.
Que en el tribunal de Amor,
Donde presentò su causa,
Mi mal lograda pastora,
Mi muerte es yà pronunciada.
Pues quando amè mi tormento,
Y mi gloria me buscaba,
Renunciè todo mi bien,
Por el mal que aora me aguarda.
Desventurado Liseo,
Que tras porfia tan larga,

No tuvo tu fuego fin,
Antes ſe esforzò la llama:
Porque quiere de tu culpa
Juſta, y debida venganza:
Dando con la vida tuya,
A la crueldad mas alas.
O ſi la muerte quiſieſſe
Socorrer con mano ayrada,
Con un golpe quitaria,
Tanto enemigo del alma.
El fuego del corazon,
Y de los ojos el agua,
Y el ayre de los ſuſpiros,
Y de Eliſa la mortaja.
Su beldad, del penſamiento
Del ayre ſu ſombra vana,
El deſeo de acabar,
Que paſce en mis entrañas.
Pero no puede tardar,
Aguarda ſuſpiro, aguarda,

Que segun sale furiosa,
Presto te alcanzarà el alma.

Esto decia el Pastor con tan intensos suspiros, que dexando caer de las manos el rabèl, se estendiò en el suelo sin sentido alguno. El de la Fuente viva, por le parecer buen consejo en tales ocasiones, dexar hacer al dolor su oficio, se bolviò à su lugar, lastimado de vèr tanto exceso de sentimiento: y reposando hasta la mañana, yà quando despertò, no viò à Liseo: y subiendo en su cavallo prosiguiò su camino, adonde le dexarèmos por bolver à Celidaura, que con el Principe Fortileo, estaba en una linda, y muy apacible sala.

LA CRISELIA
DE LIDACELI.

LIBRO SEGUNDO.

SEntada dexamos à Celidaura con el Principe Fortileo, la qual anſi le comenzò à decir: Si el valor de los hombres nobles, y cavalleros, nunca eſtà tanto en ſu lugar, quanto en el favor, neceſsidades, y meneſterosas vidas, de las afligidas, y miſerables doncellas: con razon podeis imaginar que nunca lograſtes vueſtro valor, mejor que en la preſente ocaſion; pues el cruèl Varon de la Roca, ſin reſpetar el eſtrecho parenteſco que conmigo tiene: y el que tienen las leyes de Cavallero, con el amparo de las muge-

res:

res: me ha traìdo, y puesto en tal estado, que sola vuestra presencia (supliendo la de tantos, y tan esforzados Cavalleros, como en mi Corte faltan) podrà librarme de èl, y ansi pues Dios ha querido poner en vuestras manos el remedio, y libertar de todo este Imperio, y la de las Infantas, que estàn mereciendo qualquiera beneficio que les sea hecho: aqui teneis ocasion para mostrar los quilates de vuestro valor. Bien atento estaba Fortileo à las razones de la Emperatriz Celidaura; si llamar se puede atento, el que assistiendo con los sentidos, tiene lo mejor de su alma en otra parte; y assi con grande trabajo, pudo responder à proposito à las razones de la Emperatriz; porque tenia depositada el alma en los ojos de Cryselia. Mas como

mo palabras generales suelen sacar de afrentas semejantes, con muchas ofertas, y encarecimientos de su dicha; respondiò el Principe à la Emperatriz: Las Infantas à aquel tiempo pidieron licencia para retraerse, por llegarse yà la hora de el combate, y à la verdad Cryselia, para otro efecto se retiraba; porque entrada en una camara, juntando la una mano con la otra, comenzò à hablar consigo sola estas razones. Ay fiero Varon de la Roca mas cruèl para mì, que la misma crueldad; el Cielo te destruya por el mal, y daño, que me has hecho. Ay Principe Fortileo, nacido en el mundo para dolor, y afrenta mia. Ay Cryselia, donde està tu cordura? Donde tu gravedad? Ay Enisa, cruèl amiga, què huesped ha sido este? Que defensor?

Què

Què tan en mi ofensa has metido, de mis puertas adentro? Ay corazon flaco, y cobarde, que tan presto te rendiste. Mas què es esto? no soy Cryselia? donde està mi essempta libertad? donde? en un bolver de ojos de mi Fortileo. Dichosas las paredes, que habitas, dichoso quien te comunica: dichoso el ayre que te toca: dichosa la tierra q̃ pisas; dichoso quien te sirve; dichosissima la q̃ sirves, si sirves à alguna. Desdichada Cryselia, que todo esto conoce, todo esto embidia: loando aquello q̃ tanto desea gozar. Ay si conocieras mi passion; si te ocupàras en mirar mis ojos; si los entendieras quando los miraste: y en esto estoy cierta que no me amas, pues si es verdad (como lo es) que los amantes se entienden por el mirar; tu mirando-

me, faltò de tu parte la inteligencia, y anſi puedo concluìr, acabar deſeſperada, y no ſuſtentada de amoroſas eſperanzas: Mas què deſatino es eſte mio, què fuerzas, las que las mias tan preſto me han quitado? que facilidad es eſta, ò Cryſelia? Sola una vez has viſto al Principe, y por ventura: èl yà no ſe acuerda ſi te viò. Poſſible es, que yà eſtà preſo de otros amores; y quando no, quien me aſſegura, que ſe doblàra tan facilmente à los mios? Què penſamientos tan diferentes deben ſer los nueſtros: èl pienſa como ha de vencer mis enemigos, y los ſuyos, y yo pienſo en como me ha vencido à mi, y como le vencerè yo. Niño es el amor, y tierno, y entre el rigor de las armas, que Fortileo viſte, y menea; no puede tener,

ni-

ni hallar buen acogimiento, y como juntamente es Ave, pues le pintan con alas, fino le regalan, buela, y se và, ò espantado del estruendo de las armas, no llega con el miedo que tiene. Quanto, y mas, que no tiene Fortileo tan cierta la victoria, que no pueda (no lo quiera Dios) dexar la vida en esta demanda. Razones son estas para tener las riendas à la voluntad; pero yerralo mucho quien busca razones en amor: pues aunque nace de ellas, luego no le sabe seguir en su discurso; quanto, y mas que si no me engañaron sus ojos, bien me dieron à entender, que sentian el fuego de los mios; y si sus obras no desdicen à su nombre, seguramente saldrà vencedor: que aunque sea el enemigo poderoso, sobrado valor tiene

mi fuerte leon para rendirle. Eſtas, y otras razones (que el amor enſeña) decia Cryſelia, (què digo, que enſeña amor? Razones, que aprendia amor, de la diſcreta eſcuela del eſtremo de aviſo, y diſcrecion) quando entrando Eniſa, que à llamarla venia de parte de la Emperatriz, abrazandola le dixo: (porque la Duqueſa en viendola quedò notablemente alterada) Como es poſsible, Infanta, y ſeñora mia, que teniendo vos mal, y dolor, no deis parte à vueſtra Eniſa? Eſſa es toda el amiſtad, que conmigo profeſſais? Decidme, ſeñora, vueſtra pena, que quando no ſea yo buena para el remedio, y quando no valga para el conſuelo: ſervirè (ſi quiera) para haceros compañia en el llanto. Diſsimulòſe Cryſelia por no dàr à enten-

tender los cuydados, que entonces para sì sola queria, y dixole: Còmo, tan de fiesta estamos, que me pides causa de lagrimas? No te parece bastante el peligro de todo este Imperio, para que lo sienta quien tiene tanta parte en los males de el? Dexaos de esso (dixo Enisa) que quien vuestra defensa tomò, darà buena cuenta de ella. Ay, que es feròz el de la Roca, (dixo Cryselia) y esforzado Fortileo, (dixo Enisa) es muy delicado el Principe, y muy robusto el varon (replicò Cryselia (es muy valeroso el Principe (respondiò Enisa) y muy arrogante el varon: el uno defiende la justicia: el otro pugna contra ella; y quando el valor fuera igual, yà teniamos la razon de nuestra parte. Enjugòse las lagrimas Cryselia, y con Enisa

ſe fue al balcon donde la Emperatriz eſtaba, detràs de una celoſia. Al Principe Fortileo le dieron un cavallo alazan, de cabos negros, brioſo, la cabeza pequeña, enroſcado el cuello, peynadas las crines, partido el pecho, el paſſo ayroſo, y grave, el anca acanelada, y redonda, la cola ondeada, y pendiente, el arreo de pidras de ineſtimable valor, un carbunclo (que ſobre la eſtrella blanca de la frente llevaba) era de agradable parecer: y à muchas otras joyas (que en el jaez eſtaban) llevaba ventaja, ſino en valor, en hermoſura. Subiò, pues, con gentil donayre el Principe, que mas compueſto, y gallardo eſta vez parecia, que otra ninguna, aunque èl era de edad apacible, la cabeza rubia, y anhelados los cabellos, la frente ancha,

cha, y ſevera, las cejas negras, eſpeſas, y arqueadas, los ojos grandes, y zarcos, la nariz afilada, y en proporcion, los labrios de un vivo color, los dientes blancos, y menudos, la barba partida, y retorcido el vigote, ancho el pecho, y las eſpaldas, nervoſo el brazo, la mano larga, y blanca, llena la pierna, el pie pequeño, robuſto el cuerpo, y de mayor eſtatura, y por eſtremo agraciado; ſubiò tambien el varon ſu padrino, y pueſtos en el palenque eſperaron al contrario, que yà en eſte tiempo entraba en un ſobervio cavallo morcillo, de cabos blancos, y batiendo la plaza, hacia temblar la tierra, y aun los corazones de los que le miraban: traìa unas plumas azules, con unos rayos à trechos, y en el

eſcudo una roca partida con eſte mote.

Si el deſeo de juntarſe,
Oy no me acaba la vida:
Yà de oy mas podrà llamarſe
Entera, que no partida.

Partieron los Padrinos el Sol, y midiendo las armas ſe apartaron, dando à cada uno lugar à que tomaſſe ſu pueſto, y tocando las trompetas, ſaliò cada qual como un rayo, à encontrar à ſu enemigo. El de la Roca ſeñalò primero, dando al Principe en el penacho de la viſera; de ſuerte, que el golpe derribò algunas de las plumas, que no poca pena diò à Cryſelia; mas durò poco, porque luego viò la reſpueſta del Principe, que dandole el encuentro en el ombro derecho, le torciò del cavallo de ſuerte,

que

que anduvo gran rato descompuesto: y arrojandole lo que le havia quedado del tronco de la lanza, (con verguenza de no haverle derribado en tierra) echò mano à su espada, y le tirò, que yà impaciente se venia para èl con la espada alta. Y juntandose, se dieron tantos, y tan crueles golpes, por espacio de dos horas, que durò la batalla, que cada momento se juzgaba la victoria por qualquiera de los dos, que combatian, salvo, que al fin, el Varon comenzò à desangrarse de suerte, que yà no entendia sino en repararse, y defenderse del furor grande del Principe, que cada vez crecia mas, viendo, que ni el uno, ni el otro, podia verse fuera de tan importuna porfia. El Varon era diestro, y animoso, y tenia puesta su esperanza

en

en la induſtria, pues las fuerzas ſe la negaban, y aſsi eſperando ocaſion de laſtimar, de veras, al Principe à ſu ſalvo, al tiempo que Fortileo levantaba las dos manos, para acabarlo de una vez, èl ſe calò con una eſtocada, de ſuerte, que à no ſer las armas hadadas, fuera el fin, y remate de la contienda: pero rompiendo la eſpada en mil pedazos, al miſmo tiempo recibiò una cuchillada en la cabeza, que partida cayò amortecido en tierra. Bien penſaron todos, que fuera de muerte; y comenzaron à tocar los clarines de una parte, y al arma de la otra; porque los Vaſſallos del Varon, para vengar à ſu ſeñor, ſe puſieron en eſquadron. Hizo el Principe recoger aquellas ſeñoras, acompañandolas con ſeguridad, haſta que de

la

la otra parte de la puente las dexò ; y levantando , como yà eſtaban en ſalvo , con algunos Cavalleros , aunque pocos , que à ſu lado ſe hallaban : Saliò al encnentro à la multitud , que con alaridos ſe acercaba à tomar la cumbre del cerro , y como del Caſtillo no eſtaban al combate prevenidos , fuera muy facil entrar , ſi Fortileo , y Dalmacio , Primo de la Emperatriz , tomando la delantera à los demàs , no hicieran roſtro à los contrarios , que ſin orden venìan. Comenzòſe, pues , una ſangrienta batalla , en la qual bien moſtròFortileo ſer un valeroſo leon ; porque tal eſtrago hacia en ellos , que ninguno ſe le paraba delante , antes los traìa tan deſatinados , que unos ſobre otros (huyendo la muerte) ſe retiraban. En poco eſ-

pa-

pacio fuerõ muertos de los peones mas de ſeis mil, ſin los Cavalleros, q̃ à manos de la Emperatriz morian. A eſte tiẽpo ſe havia pueſto en un balcon la Infanta Cryſelia, cõ Eniſa ſu Secretaria y Amiga, y mirando al raro valor de ſu guerrero, no podia dexar de ir ſiempre con los ojos à aquella parte que iba. Eniſa le decia: no vès, ſeñora, el eſtraño esfuerzo de Fortileo? No vès, que mas parece rayo de el Cielo, que hombre humano? Si mucho dura eſta batalla, tengo por cierto, que no quedarà hombre à vida. Cryſelia, como diſcreta, diſsimulaba, dirvirtiendo la platica, que no dexaba de cauſar alguna ſoſpecha en Eniſa, que ſabia, y diſcreta era, y entendida, que el mucho deſcuydo ſuele ſer, à veces, ſobra de cuydado. Eſ-

tan-

tando en esto, los del Varon, lo mejor que pudieron, le havia yà recogido en unas andas, haviendo buelto en sì, que como supo lo que passaba hizo tocar à retirarse, que fue facil, segun las ganas, que los suyos de librarse de Fortileo tenian. Los Jueces mandaron se jurassen los pactos de parte del Varon, y èl lo hizo ansi: y levantando su Exercito se fue con mucho menos cabo de su valor, à la buelta de la Roca partida, quedando el Imperio vencedor, libre de miedo, y sujecion. El Principe Fortileo, y el Principe Dalmacio, que mozo era, y sin ser armado Cavallero, havia hecho tales pruebas de su persona: aquel dia se recogieron al Castillo, adonde fueron recibidos con alegria, que imaginar se puede. Pero porque ha

mu-

mucho que no hablamos de Cardonio el Franco, razon ſerà que veamos como le và con ſus combidados, en la chozuela do le dexamos; que haviendo comido de lo que la pobreza del lugar les prometia, ſe ſentaron todos para paſſar la fieſta. Y por regocijarle Danteo, templando ſu rabèl, quiſo moſtrar todo ſu caudal en alabanza de ſu Alcida, y deſplegando la dulce voz al freſco viento, dixo anſi.

De una alma que te adroa,
Oye, Paſtora hermoſa,
En cuya planta eſtà glorioſo el ſuelo,
Mas bella, que el aurora,
Mas linda, y mas gracioſa,
Que quando de ſu cara quita el velo,
La Luna halla en ſu cielo,
Moſtrandoſe mas bella,

Y con toda su gala
Poco, ò nada te iguala,
Oye de una alma tuya una querella,
Que todo el mundo diera,
Si todo el mundo verte mereciera.
No vès que donde pisar,
Despiden sus colores
Los Lyrios, Azucenas, y Jazmines,
Pues todo lo matizas,
De tan lozanas flores.
No pisas montero sierra con chapines;
Mas huellas los jardines,
De Chypre mas preciados,
Y à la maestra mano
Del astuto Hortelano,
Quedan tus blancos pies aventajados;
Pues tocandolos ellos
Quedaràn mas hermosos, lindos, bellos.
El Sol, que à los dos soles,
Que hermosean tu cara,
Reconoce ventaja, y mejoria:

Con lindos arreboles
Con luz hermoſa, y clara,
Se và moſtrando al mundo todo el dia;
Y tu, Paſtora mia,
Entre riſcos, y breñas,
Y en tierra tan fragoſa,
La luz clara, y hermoſa,
De los tuyos eſcondes, y entre peñas;
Gloria tan alta encierras,
Porque la gocen, ſolamente, fierras.

Callò Danteo, y embidioſo Liſardo de que ſu Paſtora en ſu preſencia tuvieſſe alabanzas de otro ninguno: al punto tomò ſu acordado rabèl, y con ſuave voz cantò lo que ſe ſigue.

Por dàr riqueza al mundo,
Neptuno deſentraña
Su Reyno, y mueſtra ſus obadas ſienes:
Y de lo mas profundo,
Con induſtrioſa maña

Dexa ſacar ſus perlas: y tu tienes
Con otros cien mil bienes,
Las perlas orientales,
Que encierras en tu boca,
Dichoſo el que la toca,
Guardadas entre ſelvas, y jarales:
Negando eſta riqueza
A quantos vèr no alcanzan tu belleza.
Para que goce de ellos
La viſta nos embian
Las Indias ſus rubines colorados,
Y los corales bellos,
Que en la ancha mar ſe crian:
Por dàr guſto à la viſta ſon peſcados:
Y tus labrios pintados,
Del roſiclèr mas fino,
Que quitan mil enojos,
Los quitas de los ojos
Del mundo, que aunque dellos ſea indigno,
No ſon tus labrios dignos,

De eſtàr entre zarzales, y entre pinos.
Mas do quiera que vivas,
Serà rica la ſuerte,
De la dichoſa tierra que habitares,
Y ſi no teme eſquivas,
Serè dichoſo en verte,
Y mas dichoſo, quando me mirares:
Que gracias à millares,
Eſparcen tus ojuelos;
Y la tierra, que alumbran,
En un punto la encumbran,
De ſuerte, que compite con los Cielos:
Perdona, que concluyo,
No de quererte, amarte, y morir tuyo.
Holgòſe mucho Cardonio de vèr quã bien pintaban los Paſtores ſus paſsiones: y agradeciendoles el buen acogimiento ſe deſpidiò de ellos, y ſubiendo en ſu cavallo tomò una ſenda, que le parecia le llevaria à poblado: y ape-

apenas huvo andado eſpacio de dos tiros de balleſta, quando deſcubriendo (orillas de un ribazo) una cabada peña, oyò que de quando en quando ſe daban unos muy doloros ſuſpiros en el hueco de ella. Tomòle codicia de vèr lo que era: y acercandoſe à la boca de la peña, ſaltò del cavallo, y llegando ſu paſſo à paſſo (por no ſer ſentido) viò que à un lado de la cueba, encima de una piel, eſtaba echada una hermoſa Paſtora, buelto el roſtro à la pared; los cabellos (que finas hebras de oro parecian) eſparcidos, ſin orden, ſobre las eſpaldas, una faya de un toſco ſayàl ſin guarnicion, el pellico cubierto de groſſera tela, ſin peſpunte, ò labor alguna, el brazo de el cobdo à la mano deſnudo; que al tranſparente criſtal excedia en blan-

cura: de los pies deſcubria algo, y aunque poco, tan poderoſo, que facilmente atropellar à libres corazones. Eſtaba Cardonio, como encantado, contemplando la poſtura de la Paſtora, y aunque del roſtro ninguna coſa podia alcanzar, ni deſcubrir: por la mueſtra ſacaba el valor de la pieza. Sacò la Paſtora la voz de lo hondo de el debilitado pecho, y con dolor comenzò anſi. Ay muerte como huyes de quien te buſca? Ay dolor, y quan poco puedes, pues no me acabas. Ay vida, que importuna eres, pues no me dexas. Dichoſa Lucelia, ſi huviera para ti fin, que rematàra tus males. Ay dulce, y fiel compañero, como ſe acabaron aquellos ratos de dulzura, que los dos tuvimos en eſta cueba: quando bebiendo yo el ayre de tu boca,

ca, te esforzaba, en medio de las razones, el aliento de la mia: Mausèolo es tu Lucelia de las cenizas, que buelven ardiente fuego mi memoria. Quã en agràz cogiò la muerte mis esperanzas: quan temprano atajò los passos à mis bienes; yo me acuerdo; mas por què me acuerdo? Sepultese la memoria de mi tesoro con èl, y muera como èl à manos de mis desventuras: pues mi tesoro fue como de Duende, y de Trazgo mis riquezas. Ay bello, y regalado Argentino? Esta es la zampoña, que con tus manos me ordenaste: dulce, y agradable prenda, quando los hados lo permitian: Trofeos ricos, aunque lastimosos, despojos bienaventurados, yà no servis sino de ocasion de lagrimas, y instrumento de dolores. Estas, y otras pa-

labras decia la Paſtora, quando derritiendo el granizo de aljofar, con los ardientes ſuſpiros que daba, deſpedazando entre los dientes mil laſtimoſas palabras, aſiò de un pequeño rabèl; que cabe sì tenia, y tocandole, comenzò à cantar, diciendo de eſta manera.

Dichoſa Fenix; que en la llama mia
Sus alas ſacudiendo, tu memoria
Se và eternizando cada dia,
Y haciendo nueva mueſtra de ſu gloria
El oro fino, que el Arabia cria,
Delante de tus ojos me era eſcoria:
Ojos que vi ſin luz, ſin vida frios,
Quedandolo tambien los triſtes mios.
Jamàs me canſarè de llorar tanto,
Que huya de pagar lo que te debo:
Que es acabar la vida en pena, y llanto,
Y aſsi quando amanece le renuevo:

Quan-

Quando la noche con su negro manto
Ocupa el mundo, mis cabritos llevo
Cansados yà del pasto à la majada,
Y buelvo al llanto del llanto no cansada.
Acabe yà la muerte de acabarme,
Porque la vida mia yà se cansa;
Acabe ya la luz de importunarme,
Que en las tinieblas mi dolor descansa,
El mundo no pretenda consolarme,
Pues la muerte acabò con mi esperanza,
Que quien pena entre tãtos desconciertos,
Mejor se puede hallar entre los muertos.
De espinas estàn llenas, y de abrojos
Las selvas yà; los montes, y los prados:
Crecidos con el agua de mis ojos,
De que continuamente son regados;
Mis corderos se vàn tras sus antojos,
Pasciendo los agenos, y vedados:
Yo triste en mi Argentino el pensamiento,
Con sola su memoria me sustento.

Mas no quiero quexar, que es deſatino,
Quexarme yo de tan dichoſo eſtado,
Si mi Paſtor es muerto, aſsi convino,
Para vivir deſpues mas deſcanſado:
En mi memoria vive mi Argentino,
En mi alma le tengo retratado,
Adonde el vario tiempo, y la fortuna,
Sobre èl jamàs tendràn fuerza ninguna.
Aqui os tendrè ſegura de recelos,
Aqui ſereis ſeñor del alma mia,
Ni vueſtra poſſeſsion turbaràn celos,
Ni nubes de temor mi claro dia,
Mi pecho, y corazon, ſean vueſtros cielos,
Mientras no ſe tornaren tierra fria,
Y aſsi podreis tener, y darme gloria
En quanto en mi durare eſta memoria.
Tengo lo que deſea el que bien quiere,
Que es eſtàr ſiempre cerca de quien ama,
Que no muere el amor quando ſe muere,
Mas truecaſe, y mejoraſe ſu llama:

Yà la flecha de amor no es quien me hiere,
Ni el fuego del amor es quien me inflama,
Que viviendo en mi pecho de continuo,
De flecha, y fuego sirve mi Argentino.
Agora le amarè con nuevos brios,
Y el alma, que le vè estaràcontenta:
Pero no lo estaràn los ojos mios,
De quien èl cada dia mas se ausenta:
Cada dia mas largos van sus rios.
Aguà, con que mi fuego se atormenta:
Que contra amor no tiene el llanto fuerza,
Y su fuego con el mas se refuerza.
Quien viò jamàs contrarios tan unidos
O tan flaco sugeto sufrir tanto?
Llena el alma de gustos tan crecidos,
Y los ojos de tan crecido llanto?
Con agua al suelo, al ayre con gemidos,
Con alegria al Cielo causo espanto,
Yà mi me admira vèr durar mi vida,
Que solo es buena yà para perdida.

Mas

Mas mientras viva eſtoy, mi deſventura
Lamente la ovejuela zuzurrando:
El Ruyſeñor cantando en la eſpeſura:
La oveja, que en el prado và balando;
Y el arroyuelo manſo, que murmura
Entre las pedrecillas deslizando,
Que pueſto do à mi llanto me combida,
Todo à dolor combide vèr mi vida.

Eſto decia Lucelia, con tan eſtraño ſentimiento, que moviò à Cardonio à llorar ſus males, como ſi gran parte de ellos le cupiera. Acabando la Paſtora de cantar entrò Cardonio por conſolarla: y apenas fue viſto de ella, quando levantada con grande prieſa ſaliò de la cueba, ſin decirle palabra, y ſe fue emboſcando, y tràs ella Cardonio, rogandole no uſaſſe con èl tal eſtremo de aſpereza, y miraſſe lo que debia à las leyes de corteſia. Ella ſin

reſ-

reſponder ſeguia ſu camino, porque havia dado en aquel eſtremo, de ſuerte, que por aquellos exidos le llamaba la Paſtora muda; porque nadie le havia oìdo (ſolamente) una palabra deſde la muerte de ſu eſpoſo Argentino. En eſte tiempo daban los Pricipes, yà victorioſos, buelta àcia ſu Caſtillo, llevando los ojos de los ſuyos tràs sì, haſta ſubir (con eſtremada alegria al ſon de mil chirimias, cornetas, y ſacabuches) al corredor, donde la Emperatriz los aguardaba. Y Quitandoſe el Principe Fortileo la viſera, quedò ayroſo por eſtremo, y con el canſancio, y ſangre de ſu contrario (de que traìa las armas eſmaltadas) eſtaba tal, que todo el mundo ſe admiraba, le bendecia, y embidiaba. Enclinandoſe, pues, à la Emperatriz, y beſan-

sandole las manos, le dixo assi: Si en mi esfuerzo (altissima señora) huviera quilates, que respondieran à mi voluntad, yo quedàra satisfecho de este pequeño servicio, que oy os he hecho: mas lo que en essa parte me negò el Cielo, me dà en el conocimiento de lo que à tanta Magestad se debe. Abrazòle la Emperatriz, y tomandole ambas manos assi respondiò: Ay hijo, y Principe mio, ay valeroso, y fuerte leon, adonde hallè la dulzura de mi libertad! Quando pagarè yo lo mucho que os debo? Esta vida, este estado, y honra que oy me restituis, vuestro queda, homenage os hago de èl, por lo mucho que agradezco tan alto beneficio. Con estas, y otras razones, y palabras llegaron à la sala, donde desarmandole le truxeron una

ropa

ropa de levantar, quedando la gentileza, y postura de su cuerpo mas descubierta, dando de sì el ayre, que las armas eucnbrian. Passò hasta cenar poco tiempo, y por festejar la Emperatriz mas al Principe, hizo sentar las Infantas à la mesa, que no poco sobresalto fue para Cryselia. Comia tambien con ellos el Principe Dalmacio, à quien prometiò Fortileo aquel dia armar Cavallero: satisfecho de las valentias que le vido hacer. Estaba Fortileo bien lexos de hallar gusto en otra comida, fuera de la que por los ojos daba al alma: y porque yà no se sustentaba menos Cryselia, fue (sin duda) entendida de todos la passion, que los dos no acababan aun de conocer, porque lo que mas se desea suele creerse menos. Pero el discreto

en

en amar, como valeroſo en Armas Fortileo: ſupo, de tal manera entablar ſus razones, que dando mueſtras de la cauſa de ſu enagenamiento à la que lo cauſaba; ninguno de los otros la entendieſſe. Preguntandole, pues, la Emperatriz de què comeria mejor, pues de lo que en la meſa havia comia tan poco? Reſpondiò encaminando la reſpueſta à Cryſelia, que enfrente de èl eſtaba ſentada. Es la comida que tengo delante tan de mi guſto, que ninguna otra lo pudiera ſer tanto; y ſiendo ella tal, muy eſtragado lo havia de tener para no comerla: Bien entendiò Cryſelia, q̃ aquellas palabras iban à ella, y por aſſegurarſe mas le reſpondiò: Todavia la variedad ſuele traer mas contento en qualquiera coſa, y ſi le puſieſſen à vueſtra Alteza de-

delante otro manjar: por ventura le abriria mas el apetito; ſolamente para la viſta, reſpondiò Fortileo, ſuele ſer apacible la variedad, y es la razon clara, porque tienen los ojos tal calidad, que eſtando yà ocupados, y llenos de la ſemejanza de una coſa, pueden ſin perderla recibirla de muchas otras, y conſervallas todas, ſin que unas con otras tengan contienda; pero como las coſas, que para nueſtro ſuſtento ſuelen ſervir, traen (por la mayor parte) pleyto entre sì, por ſer de diferentes calidades: no es de maravillar, ſi una perſona eſtà contenta con ſolo un manjar, principalmente ſiendo tan guſtoſo, y tan al pedir de ſu deſeo. Muy ſatisfecha quedò Cryſelia, de vèr que eſtaba Fortileo tan rendido à ſus amores, que ningun pen-

penſamiento antiguo, ò nuevo, pudieſſe contraſtar al que ella le cauſaba; pues ſiendo eſta la comida de que Fortileo hablaba, venia tan de molde à ſu voluntad, que no ſe podia permitir otra en ſu compañia: Y la Emperatriz alabando el aviſo de ſu reſpueſta le dixo: Ninguna coſa os ha negado el Cielo, de quantas pueden hacer un Principe amable, y digno de Imperio. Teneis, Fortileo, en obras aun mas animo, y valentia, de la que vueſtro nombre promete? pues ninguno ſino vos pudiera llevar al cabo, tan preſto, y tan à ſu lado, tan dificultoſa empreſſa: ſobre eſto os diò tan eſtremada gentileza, que aſsi rendis corazones con la viſta, como enemigos con el brazo; y lo que mas es, que vueſtro aviſo à los muy entendi-

didos ; dexa atràs confuſos , y admirados. Rióſe Fortileo de vèr la afabilidad , con que la Emperatriz le trataba : y agradeciendole mucho los favores , que le havia hecho , le dixo: verdad es ſeñora , que quando eſſo (que por honrarme decis) fuera aſsi, mucha obligacion tuviera yo al Cielo por eſſa parte ; pero en mayor deuda le eſtoy que todo eſſo , por haverme dado otro cielo acà en la tierra, que es la mayor franqueza , que conmigo pudo uſar. Y què Cielo es eſſe, dixo la Emperatriz ? No eſtà muy lexos , reſpondiò Fortileo, y haviendole hallado yo por vueſtras manos, mucho es que pregunteis donde eſtà. Algo confuſa quedò la Emperatriz , y los demàs ſuſpenſos , y Cryſelia tan contenta , que fuera facil entender

todos en ſu roſtro, lo que Fortileo havia dicho, ſer por ella: ſi ſu aviſada diſsimulacion no lo eſtorvara: Y tomando la mano le ſuplicò que deſcubrieſſe el Cielo, que decia para que todos pudieſſen gozar de èl. Fortileo para reſponder à la voluntad de la Infanta, y à la pregunta, dixo: Siempre yo tuve por Cielo donde ſe goza de gloria; y como la mayor, que para mi puede haver en el mundo, es eſte pequeño ſervicio, entregandome todo al vueſtro: por eſſo llamo Cielo à eſta tierra, dõde acertè à ſer tan venturoſo. Eſtas, y otras muchas mueſtras de amor, huvo entre Cryſelia, y Fortileo, porque la viſta de la Infanta iba robando por momentos la libertad del Principe, de ſuerte, que ſi no ſabia, yendoſe tràs ſu blando mirar. Alzadas

zadas las mesas, entraron por la sala seis mascaras al uso de aquella tierra, à combidar para el sarao de el dia siguiente, à los Principes, y Infantas, y aceptando todos, por haver sido el dia de tanto trabajo: se recogieron las Infantas, y la Emperatriz; y el Camarero de la Emperatriz con dos pages, aposentaron al Principe en una sala, entapizada de rica tela de azul, y plata; un dosèl de lo mismo; un bufete de nacar, con sobremesa de brocado; veinte y quatro sillas de terciopelo encarnado, cubiertas de rica bordadura: los espaldares de las doce eran una Aguila Imperial, y de las otras doce un Leon coronado. En el bufete dos candeleros de oro con sus candelas, fuera un blandon de bronce con mucho follage de oro, que

alumbraba todo el corredor. Mas adentro havia un retrete, adornado de ricas eſtatuas, y medallas, y en èl un eſcritorio de tranſparente criſtal; cuyas quatro difiniciones eran quatro zafiros de precio ineſtimable. Ocho gavetas de oro finiſsimo, las aldavillas de las quales eran unas eſmeraldas piramidales; las paredes eran de jaſpe, y à trechos algunas empreſſas. En la primera eſtaba un Aguila caudal, con nn marco de oro, y en èl eſta letra.

Aqueſtas coſas eſtàn
Dedicadas al ſervicio,
Del que en el Marcio exercicio,
Seràn mas que Belforàn.
Y annque lo que ſe le ofrece,
Es de valor ſin ſegundo,
Quando fuera todo el mundo

No

No fuera lo que meresce,
Avia mas abaxo un poco, un grifo de plata, cõ las uñas de jacintos, y en ellas este mote sobre una corona de oro.

El hijo de la Leona;
Que agora comienza, y brama:
A los nueve de la fama.
Les robarà esta corona:
Y serà sin valor tal,
Que podrà decir temprano,
Victorioso, aunque no ufano,
Que no tiene el mundo igual.

Otros motes havia; pero las palabras, y sentido de este, no le dexaron leer mas, conociendo yà, que su mal profetizaban, viendose tan en manos de el tormento, en que la hermosura de Cryselia le havia puesto: despidiò los Pages, y echando el aldaba, se echò de pechos en una baxa ventana, que

ſobre un jardin daba, determinado paſſearſe en èl; viò, que la cubierta de ſu eſcritorio era una harpa de maravilloſa invencion. Holgòſe Fortileo en eſtremo, y tomandola del encage, ſe ſaliò al jardin; y ſentado acaſo debaxo de vn balcon de Cryſelia, comenzò à templarla, y apenas havia comenzado, quando Cryſelia, que yà con Eniſa eſtaba comunicando ſu mal, con los cabellos ſueltos, y en faldellin, ſe aſſomò ſin ruido à la ventana. Cantaba, pues, Fortileo de eſta manera, tocando maravilloſamente ſu harpa.

Celeſte trono, que tienes
El Angel de mi defenſa,
Imperio do eſtà mi gloria,
Mil veces beſo tu cerca.
Cryſelia, ſi de tus ojos,

No

No me ha engañado la mueſtra,
Bien conoces mi paſsion,
Bien claro entiendes mi pena.
Mas ay, que tu diſcrecion,
No sè ſi es toda aſpereza,
Si es tu aviſo crueldad.
O ſi es amor tu modeſtia.
Quien me truxo à vueſtros muros,
Palacios de tanta Alteza,
Para tantos daños mios,
Sin eſperanza de enmienda.
Quitaiſme mi libertad
Por bolveros vueſtra hacienda,
El alma me ſujetais,
Yo os liberto vueſtra tierra.
Mal ſe pagan tales obras
Con tales correſpondencias,
Mal beneficios ſe pagan
Con ſinrazones, y ofenſas.
Eniſa, que me ſacaſte

De mi ſoſsiego, y mi tierra,
Para que en tierras eſtrañas,
Murieſſe en dura cadena.
Si quiſieras remediarme,
O conſolarme ſiquiera:
Hicierate de mis males,
Secretaria con Cryſelia.
Dixerasle como muero,
Y que no es juſto que muera,
Que nunca pude, ni quiſe
Deſguſtalla, ni ofendella.
Mas ay, que en vano me quexo,
Que en valde ſon mis querellas,
Yo me mato, y ella duerme,
Mateme yo, y ella duerma,
Eſtaba Cryſelia de tal manera eleva-da, que con la fuerza de la paſsion, ſin poder mas, diò un inadvertido ſuſpiro, con el qual ſalteado Fortileo alzò la cabeza, y con la poca cla-

ridad de la Luna, divisò la mucha de su Cryselia, y dando à entender que no havia sentido nada, comenzò à cantar de esta manera, porque la vido en cabello.

Ondados hilos de oro, do ènlazado
En dulce ñudos và mi pensamiento,
Que quanto mas os suelta el libre viento,
Tanto mas preso queda mi cuydado.
Sobervio chapitel, donde encumbrado
Se vè el amor seguro, libre, essento,
Theatro, que publica mi tormento,
Frente, que afrenta el porfido estimado.
Milagro, que embeleza mi memoria,
Alto don de los Cielos soberanos,
Dichose, y rico engaste de mi alma:
Quien en el mũdo avrà de tanta gloria,
Que jamàs llegar pueda à q̃ en sus manos
De amor, y voluntad pongas la palma?

Entendiò Cryselia, que era sentida por

por Fortileo, y recogiendoſe de la ventana, le dixo Eniſa: Què te parece, ſeñora, de la voz de Fortileo? Que ſi tanto poder tiene en los demàs, como en mì ha tenido (reſpondiò Cryſelia) à poca coſta ſuya, y con menos peligro, puede robar las fuerzas del contrario bando, y ſin aumentar las ſuyas gozar de la victoria. En viendole nacieron con la certinidad de mi cautiverio, alegres eſperanzas de nueſtra libertad, la qual ſin duda veremos preſto, ſi ſu brazo es tan poderoſo como ſu aſpecto. No es poſsible ſer menos (dixo Eniſa) porque tanto aviſo, y gentileza; no la hizo el Cielo para menor gloria. que la que de eſta empreſſa le ha de reſultar: y agora en prendas de ella le dà tu voluntad, que ſi èl lo ſupieſſe, mucho

mas

mas seguro seria su partido, y el nuestro; pues essa nueva obligacion le daria nuevo esfuerzo: y es muy ordinario, los que bien quieren ser (aunque no lo sean de suyo) valientes à vista de sus damas, si son favorecidos de ellas. Que discreta eres Enisa (le respondiò la Infanta) y què facil si fuera nuestro remedio, por essa parte, si mi desventura no fuera mayor, que tu discrecion? Quanta razon tenemos las mugeres, y yo mas que todas, de quexarnos de nuestra suerte; pues abriendonos los corazones nos cierra las bocas: Si mi honestidad permitiera lo que fuerza mi passion, por ventura el remedio tan facil como el daño, pues el tormento que se puede comunicar con quien lo causa, pocas veces mata. Mas guardeos Dios de un pen-

penſamiento, que ſe os ha de ahogar dentro del pecho; pues por mas que le deis lugar, agotando el miſmo pecho por los ojos, que ſon ſus arcaduces, à la poſtre venis à morir à ſus manos. En ninguna duda eſtoy à la voluntad de Fortileo, pues ſabes, con quanta ventaja ſe la eſtoy pagando: antes oyendole pregonar ſujecion, quedò embidioſa de ſu libertad, pues la tiene para hacer que yo ſepa ſu tormento. Ay Eniſa mia, que ſi no fuera la ſecretaria de mis penſamientos, huviera yà dado cabo de mi la fuerza de ellos. Què mayor deſventura puede ſer la mia, que llegar à eſtado, que me dè moleſtia, y me peſe de mi nobleza, y hermoſura: ſiendo eſto, lo que ha cautivado à Fortileo? Mi hermoſura me tiene pueſta en tan eſtre-

cha

cha carcel, que si no es con mucho riesgo, y peligro (aun para hablarle una palabra) no puedo alcanzar tiempo; y quando esto no lo estorvàra, estaba mi nobleza de por medio, à quien yo no guardàra el debido respeto, si faltàra en algo à las leyes de honestidad, à que me obliga. Assi que à do quiera que me buelva, hallo tan cerrados los passos à mi esperanza, como abiertos à mi deseo, à quien yà no puedo tener las riendas, desde que soltè la de los ojos. Mientras Cryselia decia estas palabras, se le caìan algunas lagrimas de el mucho sentimiento que tenia, en vèr que era tan imposible dexar de querer à Fortileo, como poderle dàr parte de su passion. Enisa para alegrarla le respondiò con disimulacion. Ningun a

cosa

coſa mejor ſuceſſo me promete en tus amores, que vèr los recelos, y pena con que los comienzas. Porque es muy ordinario hacerſe tragedias de amores, que comenzaron con mayor contento de lo que la ocaſion permitia. En el eſtado de los amadores, (mas que en otro ninguno) ſuele haver altos, y baxos, y pocas veces vienen à acabarſe como comenzaron. Sufre un poco, que preſto te alegraràs. Yà para luego es tarde (dixo la Infanta) temprano comienzas à quexarte. (replicò Eniſa) Siempre oì decir (dixo Cryſelia) que ni el bien parece largo, ni el mal corto: à eſte propoſito (reſpondiò Eniſa) ſeñora, he oìdo cantar una vez eſtos quatro verſos hechos de un buen ingenio.

El mal no puede durar,
Que como es en sì tan malo,
Y nadie le hace regalo,
Siempre se quiere mudar.

Gracioſa concluſion (dixo Cryſelia) pero yà ſabes tu, Eniſa mia, que como las eſperanzas del bien que ha de venir, ſon enemigas del mal, que eſtà preſente, no pueden eſtàr juntos en un corazon; pues adonde la una es fuerte, la eſperanza es muerta, el cautiverio cierto, la libertad impoſsible: aunque todo eſto ſea de ſola una hora, te parece à tì, que puede haver quexas tempranas? Quan propio es de corazones libres tener en poco la paſsion agena. Por lo que te quiero, deſeo que no llegues à la infelicidad en que me veo, y temolo, porque es muy proprio del amor dàr à eſtos ta-

les

les à ſentir, poco deſpues, de lo q̃ no; mucho antes ſe reìan. A eſto reſpõdiò Eniſa con algun deſabrimiento, diciendo: Muy grande agravio haces à mi voluntad, en llamarla libre, no ſiendolo la tuya; pero preſto me vengarè de ello. Còmo? dixo Cryſelia: Harè que no te aflijas mas, replicò Eniſa, dando à entender à Fortileo, ſin pèrdida de tu decoro, tu voluntad. El Principe ha de armar à Dalmacio cavallero al tercer dia, para entonces èl ſerà dichoſo, y tu ſatisfecha. Replicabale Cryſelia, encareciendole el peſo del negocio, y rogandole tal coſa no inventaſſe, por lo que à las dos convenia. El Principe ſe havia recogido en ſu Pavellon mucho mas preſto que antes, (porque en las ocaſiones crecen los dolores) y veſtido ſe

echò

echò encima de la cama, y con laſtimas, y ſuſpiros paſsò lo que faltaba de la noche haſta la mañana, que levantandoſe con el acompañamiento, que convenia, ſe fue al Templo, adonde hallò yà à la Emperatriz, con las Infantas, y Damas, por ſer el primer dia de la vela del Principe Dalmacio. Eniſa procurò hablar à Fortileo, y à pocas palabras conociò el deſeo, que èl tenia de declararle ſu penſamiento, y acercandoſele con diſcretas razones le dixo anſi. Coſtumbre es de los afligidos, buſcar ſu remedio entre aquellas perſonas, que tratadas por ellos les dieron alguna hora mueſtras de nobleza, y piedad, y tambien es coſtumbre de los poderoſos apiadarſe de ellos, mayormente ſi la razon les dicta, que eſtàn en aquel eſtado por

ſu ocaſion. Si Eniſa me entendieſſe no peligraria yo tanto, ni mi mal ſeria tan deſeſperado: Por què lo decis? (dixo Eniſa) que yà ſabeis, que lo que os debe eſte Palacio, yo lo conozco mejor que nadie, y voluntad en ſerviros la tengo ſobre todos los del mundo. Agradeciòle eſta reſpueſta el Principe, y dixo: Sabràs, Eniſa, que dende, que en eſte Caſtillo entrè, y à la Infanta Cryſelia vi, quedè tan ſin libertad para mas que ſervirla, que aun apenas la tengo, para declarar la fuerza de eſta paſsion, que me ocupa el alma. Por dichoſo me tengo, por ſer mi tormento tal; pero sè que tengo de morir à ſus manos, ſi de las tuyas no me viene el remedio. Y porque le venian al roſtro mil colores, de la congoxa de ſus pen-

ſa-

ſamientos, callò. Prometiòle Eniſa, que haria de ſu parte, quanto le fueſſe poſsible, y ſe atreveria à caer en deſgracia de la Infanta Cryſelia, ſolamente por ſervirle, y que miraſſe que tenia buenos principios; pues el quarto ſuyo venia baxo de la Infanta. Con grande contento, y temor, anduvo aquel dia Fortileo, haſta ſaber reſpueſta de ſu vida, ò la ſentencia de ſu muerte: y llegada la noche ſaliò al miſmo pueſto con el harpa, y à cabo de muchos ſuſpiros, que aviſos eran de la muſica, comenzò de eſta manera, al punto que Cryſelia, acaſo ſe aſſomaba à la ventana eſperando à Eniſa, que aun no havia venido.

Plantas, jazmines, ciruelos, frutales,
Platanos verdes, alamos ſombrios,
Myrtos, cipreſes, nardos, y roſales,

Fuentes, arroyos manſos, claros rios;
Pues os hago teſtigos de mis males,
Ayudad à llorar los daños mios,
Y tened compaſsion de Fortileo,
Que à morir viene à manos de un deſeo.
Diana bella, ſi algun tiempo fuyſte
Tocada de la flecha venenoſa,
Si amor por algun tiempo conociſte,
Mira mis males manſa, y piadoſa:
Parece que te mueve el llanto triſte,
Segun ſales eſcura, y tenebroſa,
Y tu Cryſelia ablanda el pecho, en quanto
De tu hermoſura la aſpereza canto.
Un raro aſpecto, que en mirar cautiva,
De cuya luz el Cielo eſtà ſereno,
Un claro reſplandor, y llama viva,
Que el fuego cauſa donde muero, y peno,
Condicion amoroſa, cruda, eſquiva,
Lucero de beldad, y rigor lleno:
Eſtrella, que mi alma mueve, y gnia,

Y puede hacer en mi noche claro dia.
Ambar, perlas, rubìes, lazos de oro,
Do el alma ſe enriquece, y ſe recrea:
Mina de Amor, y de beldad teſoro,
Duro, y hermoſo pecho de Medea:
Si no pueden las lagrimas que lloro,
Al alma dàr lo mucho que deſea,
Denle ſiquiera en tu mirar blandura,
Y juzgarè dichoſa mi ventura.
Sale la Aurora de ſu fertil manto,
Rompe la nuve oſcura, y tenebroſa,
Los truenos, y relampagos de eſpanto
Quedan vencidos de ſu luz gracioſa:
Entonces ſerà riſa, y dulce canto,
Mi pena triſte, dulce, y laſtimoſa,
Quando ſaliendo mi divina eſtrella,
Me mueſtre que ſe acuerda, y duele de ella.
Pero ſi ſe me eſconde, y ſe me niega
El divino ſemblante unico, y raro,
Si mi deſdicha à tanto eſtremo llega,

Que quien el mal causò no dè el reparo:
Si como Amor es la fortuna ciega,
Y de tu luz me quita el rayo claro,
Tendrà Amor, y fortuna entre la gente,
Quien con publica mueſtra los afrente.

Yà havia gran rato, que Eniſa era venida, y acabando el Principe de cantar, ſupo ella tambien negociar con Cryſelia, que le diò licencia para que con un pequeño ruìdo, que en la ventana hizo, ſe atrevieſſe el Principe, y llegado, dixo aſsi: Si como es vivo mi ſentimiento fuera diſcreta mi lengua, ni el temor de mi atrevimiento la impidiera, ni yo quedàra tan atràs de mi deſeo: pero ſi quanto es un dolor mas grave, mas dificultoſamente ſe declara, por la cortedad de mis palabras podreis (Cryſelia mia) conocer la gravedad de mi pena. Mucho

de-

deseo tuve de esta ocasion: Determinado estaba de moveros à compassion de mi mal; con pintaroslo como lo siento: pero es tan poderòsa vuestra presencia, que puesto en ella solo sè deciros, que os ama mi corazon, y confio, que quien esto me ha hecho sentir os lo ha de hacer creer. Yo me he venido à entregar à vuestras manos, y lo estoy tanto en las de mi tormento, que yà ni deseo libertad, ni la pretendo: mis males son tan dulces, y tan alhagueños mis dolores, que se han metido por casa tan de proposito, que solo ellos tienen el govierno de esta alma, que os adora. Callò el Principe, y fue tan grande la congoxa, que le vino, que si no se arrimàra à la muralla del jardin, diera consigo en tierra. La In-

fanta disimulando, con fingida gravedad el contento, que le causaba la pena de Fortileo, por ser mal, cuyo remedio ella tan en su mano tenia: le respondiò: Quisiera en esta ocasion ser tan facil, que no huviera en mi repugnancia para creer (Principe) lo que me decis; pero no soy tan dura, que todo lò tenga por engaño, aunque pudiera sin haceros agravio, pues aunque sois vos el que lo decis, es esta la vez primera, que lo oygo: y tambien porque es mucho de maravillar, que en tan breve tiempo, os diesse amor à sentir tanto, que podais decir esso con razon. No quiero hacer tanto agravio à vuestros merecimientos, que estime vuestra voluntad en menos de lo que debo, ni à mi gusto que dexe de confessar haverme-

le

le dado muy grande vueſtra muſica; pues ſola por la ſuavidad de ella, tuviera por bien paſſado aqui otro rato. En eſte medio ſerà bien tratemos del de la Fuente viva, que deſpues de haver repoſado, junto con el Paſtor Liſeo, deſpertando por la mañana, y no le hallando, ſubiò en ſu brioſo cavallo, proſiguiendo ſu camino. Al cabo de pocas horas, deſpues de haver paſſado un grande boſque, diò conſigo en el valle deſeſperado, al entrar de el qual eſtaba un padron, que decia aſsi:

Cavallero deſcuydado,
Si quieres mejorar tu ſuerte,
Huye como de la muerte
Del valle deſeſperado.

Acabò de leer el Cavallero, y en acabando viò, que ſe borraron las letras,

y

y pendia del padron una pluma de acero; luego imaginò el efecto para que estaba, y tomandola de la mano, en la misma parte escriviò assi:

Antes en aquestas palmas,
Sustentarè como Alcides,
El Cielo, y sus santas Almas,
Que cumplir lo que me pides.

Bolviòse el padron à sumir de suerte, que no viendo cosa el Cavallero, siguiò su camino, y en medio de èl viò, que dos Tygres acometian à una hermosa doncella, que en todo su juicio se persuadia ser la Infanta Arima. Saliò el Cavallero (casi) de su sentido, viendo su gloria en trance tan peligroso, y dando de espuelas al cavallo con la lanza, que en la mano llevaba: acometiò à los Tygres valerosamente; pero apenas huvo llegado,

quan-

quando la Dama buelta un feròz Gigante, con un ancho cuchillo en la mano le esperò; espantado el Cavallero buelve en sì, y aderezandose enristra su lanza para derribarle, y con mucho esfuerzo le diò un terrible encuentro. El Gigante le reparò en el Escudo, y descargandole de man doble le diò tal golpe sobre la visera, que le hizo vèr las estrellas (como se suele decir) y andando descompuesto un poco, bolviò en sì, y con la espada à dos manos, le diò otro tal en la cabeza, que partiendosela en dos partes, le pareciò, que la Infanta Arima caìa à sus pies, con aquel golpe de muerte. Viendo esto el de la Fuente viva, se apeò de su cavallo para certificarse de ello, con el sobresalto, que imaginar puede, quien por sus manos vic-

viese en tal estado, à quien mas, que à sì amaba. Pero apenas se huvo apeado, quando ni viò Gigante, ni Dama; antes le fue menester bolver à su cavallo, que con los dos Tygres, à coces andaba: y llegando el Cavallero por librarle, con temor de perderle en tal sazon, los Tygres se le bolvieron con grande ferocidad, tanto, que juzgaba nunca salir de aquella batalla, porque aunque les daba terribles golpes, ninguna mella en ellos hacia: y ellos le traìan tan acosado, que ni respirar le dexaban: Al fin determinado de acabar la porfiada batalla, ò morir de una vez, saltò con grande ligereza, encima de su cavallo, esperando al que mas se le acercaba, y le diò una tal estocada, que comenzando à brotar sangre en

es-

eſtraña abundancia, ſe hizo de èl un mar tan caudaloſo, y con tanto impetu, y furia de olas, que cubria el cavallo, y llegaba à los pechos de el Cavallero, que fuera de sì, y eſpantado de las coſas que via: comenzò à dàr de eſpuellas à ſu cavallo, que de dentro de el rio, ò mar nadando (deſpues de mucho trabajo, y no menos peligro) le ſacò à una placeta de agradable viſta, donde ſe viò cercado por todas partes de una altiſsima muralla, de fino, y terſo acero; y à la una eſquina de el patio havia un padron levantado, y en èl eſte letrero eſcrito.

A Marinero tan cierto,
Que de tal Mar eſcapò,
Eſte Puerto guardo yo,
Eſcape agora del Puerto.

Ape-

Apenas huvo leìdo el cartel, quando borrandoſe las letras, tomò la pluma, que de una cadenilla colgaba, y eſcriviò aſsi.

A no temerte me enſeñas,
Por demàs es, que me aſſombres,
Vengan Tygres, vengan Hombres,
Vengan Rios, vengan Peñas.

Y eſcritas eſtas palabras oyò una gran riſada, y levantando la cabeza viò, que en lo mas alto de la muralla, en una pequeña rexa, eſtaba nna vieja de fea, y eſpantoſa catadura: la qual dando muchas gargantadas de riſa, abria una boca, igual à la rexa adonde eſtaba aſſomada, deſcubriendo una dentadura, que un gran palmo de la boca le ſalia, y de eſta manera le comenzò à ultrajar. Al fin loco haveis parado en la jaula, aì os podeis eſtàr,

eſtàr, que no faltarà quien os viſite de quando en quando, como mereceis: El Cavallero no le daba tanta pena, el hablar de la importuna vieja, como vèr quan poco remedio tenia para ſalir de alli: y eſtando con eſte cuydado advirtiò, que à un rincon del patio havia una redoma, y liſa piedra, que avnque muy pareja eſtaba con las demàs; la forma de ella era diferente de todas. Diòle en el corazon, que no carecia de miſterio: y llegado el cavallo diò una gran patada ſobre ella. Y apenas lo hizo, quando con un ruìdo eſtraño, que parecia venirſe el mundo abaxo: deſapareciendo el edificio ſe hallò en el tercero padron, que dice aſsi.

Fue-

Fueron peligros pintados,
Los que venciste hasta aqui,
Guarda, no passes de aì,
Que te amenazan tus hados.

Estaba la pluma colgada como en los demàs padrones, y tomandola assi escriviò.

Tà de cuydadoso sobras,
En mirar por mi salud,
Aquessa solicitud,
No la merecen mis obras.

Haviendo estas palabras escrito passò al padron: y saliole al encuentro un enano de espantosa catadura, con un libro en la mano izquierda, y un azote, ò latigo en la derecha: y llegandose à èl comenzò à herir con el latigo tan fuertemente el cavallo, que con bufidos, y relinchos, tirando coces, comenzò à saltar de aqui para alli sin

que

que tuvieſſe remedio de defendelle, ò detenelle. Viendoſe tal el Cavallero ſe echò de èl en tierra: y preſto echando mano à ſu eſpada ſe fue al enano, que ſe emboſcò haſta dàr en una profunda laguna. que un paſſadizo tenia de ſola una viga, grueſſa, y ancha à los eſtremos, y delgadiſsima al medio, y de tanto peligro, que era impoſsible, ſobre ella ſoſtenerſe un lijero paxaro. Comenzò el Enano à correr por ella con gran velocidad, y en un punto ſe viò de la otra parte. Eſtaba el Cavallero enmedio de la laguna con tanta certezá de caer en ella, que bien penſò havia acabado con la vida. Pero haciendo de la flaqueza esfuerzo, comenzò à andar, ſoſteniendoſe con la eſpada: y à los ſiete paſſos que diò, ſe hallò junto de

el quarto padron, que de eſta ſuerte decia.

Carcel, tiniebla, y peſar,
Dolor, tormento, y triſteza,
Hambre, priſion, y aſpereza,
Hallaràs ſi quieres entrar.

Tomando la pluma, que colgaba, eſcriviò lo que ſe ſigue.

Eſſo, y quanto mas me digas
Ataja è con mi eſpada:
Pues yo no reparo en nada;
Por què en vano te fatigas?

No havia bien acabado de eſcrivir eſtas palabras, quando ſe le apareciò el ſabio ſalvage, que agradeciendole lo que havia hecho haſta alli, dixo aſſi: Baſte, valeroſo, y esforzado Cavallero, los trabajos, que haſta aqui (por mi reſpecto) haveis paſſado, y padecido; mas haveis hecho de lo

que

que penſais; porque haveis de ſaber, que entre Seglanio el perfido, y los de ſu vando de una parte, y los mios de otra, ha muchos años ſe frequentan crueles, y porfiados vandos, ſobre que yo deſeaba, como la vida, hacer venganza en aquella fea, y cruel vieja, que fue inſtrumento de la muerte de mi amada Atalanta(acuſandola, de adulterio) con falſedad, è incitandome dieſſe injuſta muerte à quien mas amaba, que mi corazon: y como yo hicieſſe todo lo del mundo, para havella à mis manos, eſte mago con engaños, y encantos de ſiete años à eſta parte la ha guardado de manera, que ha ſido impoſsible el havella haſta el dia de oy, que vos con el esfuerzo de vueſtro corazon (venciendo la ſombra de ſus encan-

tos) me la haveis pueſta en las manos: yo la tengo à buen recaudo, y ella pagarà, lo que ſu maldad merece. Por agora lo que queda os es negado à vos à caballo: y ſe guarda para el Cavallero del Salvage à quien eſtas, y otras mayores empreſſas eſtàn preſervadas, por cuyo brazo pienſo triunfar de eſte engañoſo enemigo. Y diciendo eſto, ſe viò el Cavallero de la Fuente viva en el caſtillo del repoſo, donde havia ſalido. Y regalandole con fieſtas, banquetes, y ſaraos, por eſpacio de tres dias; al cabo de los quales, le diò el Salvage un yelmo, cubierto con un velo, diciendole: Tomad hijo eſta pieza, y ſervios de ella, que ſu virtud entonces la ſabreis, quado mas os importe, que yo sè que el deciroslo aora fuera cauſa de perder

der el provecho grande, que à su tiempo os harà. Y despidiendose de èl el Cavallero, tomò su camino con intento de no bolver à Lidaceli sin el Principe Salvanio, que bien sabia quan penada estaba la Emperatriz con su pèrdida. Y haviendo andado tres leguas sin hallar poblado, haviendose yà el Sol empinado, quiso descansar hasta que pasasse la fuerza del calor. Viò, que à la sombra de una robusta encina, un claro arroyuelo cruzaba por el prado mil sierpes de cristal, y combidado de la frescura del sitio, apeandose se puso à reposar. Mas de ay à poco rato despertò con un ruìdo, que levantado por vèr lo que era, viò un Cavallero, armado, y à pie, que tràs una bella Pastora corria. Ella iba los cabellos suel-

tos, que mas acrecentaban ſu hermoſura, y con eſtraña ligereza daba tanto que hacer al que la ſeguia, quanto èl moſtraba deſeo de alcanzalla. Pareciòle al Cavallero de la Fuente viva, que alguna fuerza tenia la Paſtora por darle ſocorro, acelerando el paſſo àcia ellos, alzò la voz diciendo: No es juſto, que contra las leyes que profeſſais, y contra los hidalgos, y libertados fueros de Amor, os querais apoderar en los canceles de villanìa, y querais de la Paſtora, lo que ſu condicion no permite concederos: teneos Cavallero, porque de otra ſuerte ſerà muy forzoſo deteneros yo. Cardonio el Franco, (que eſte era el Cavallero, que ſeguia la Paſtora muda) no conociendo al de la Fuente viva le dixo: que aunque el ſe havia enga-

gañado, presumiendo tal baxeza de el; y aunque su intencion no era mas de conocer, y saber quien era aquella: no dexaria de seguilla, sino solamente por vèr si èl era tan esforzado en los hechos, como atrevido en las palabras: y en el juzgaz temerario; y pues ambos à dos estabã à pie igualmente armados, no havia cosa que los impidiesse de poner en efecto su daño, pèrdida, ò ganancia de gloria, que es la que deben siempre, procurar los generosos Cavalleros. El de la Fuente viva aceptò el desafio, y echando mano à sus espadas, comenzaron à encender un fuego, tal, que à bueltas de mucha sangre, vivas centellas, hacian saltar de las espadas. Era yà el medio dia, y sin ventaja de ninguna parte: cada qual tuviera por

bien de dexar la batalla en menoſcae bo ſuyo ; pero procuraba dexarla, con rendir à ſu contrario , pues que, à partido , à ninguno le eſtaba bien. Eſtando en eſto vieron , que un pobre Paſtor , con ſu zurron , y cayado ſe les puſo en medio ; y con ſu venerable aſpecto (porque yà era muy viejo) interponiendo muchos, y diſcretos ruegos acabò con ellos , que dexaſſen la contienda , y que dexando à parte enemiſtades , ſe alvergaſſen con èl aquella tarde. Ellos movidos de el diſcreto razonar de el viejo Paſtor , ſe fueron à ſu choza, que de alli poco diſtante eſtaba. Adõde deſarmados para curarſe de algunas pequeñas heridas , apenas ſe vieron , quando (conociendoſe) fueron cada qual à abrazarſe , diſculpandoſe

de

de su yerro, contandose los sucessos, que (en tan larga ausencia) havian passado: comieron con mucho contento, y el Pastor se mostraba muy alegre de tan buen sucesso, confiriendo entre los tres cosas de mucho gusto, y vinieron à dàr en los provechos de la amistad, rogandole los Cavalleros, que yà por sabio le reputaban al Pastor, les dixesse algo con que passar lo que del dia les quedaba: comenzò el Pastor, al son de un mal polido salterio, que en la choza tenia, por dàr gusto à los huespedes, à cantar lo siguiente.

En la cumbre del Caucaso lloraba,
Viendo caer Prometheo las ruìnas
Del mundo, que el mundo sepultaba:
No las boyas mosaycas peregrinas,
Ni las torres, que havian provocado

Con-

Con ſus ſobervias cumbres, las divinas:
No el gran Amphitheatro ſuſtentado
Por el Egypcio dieſtro: en jaſpe ardiente
Con trabajos immenſos acabado.
No el gran Coloſo, maquina excelente
Los piramides, y arcos triunfales
Hechos para vivir eternamente.
No mauſeolos ricos funerales,
Ni las ſobervias puentes, que refrenan
El enojado Nilo en ſus caudales.
No los Caſtillos, que cayendo truenan,
No coſtoſos Palacios, que perecen
Al timido Prometheo entonces penan.
Que ſolo le congoxan, y entriſtecen,
Los hombres con ſu miſmo lamento,
Y el dolor, que muriendo ſe padecen.
Eſtà el viejo en el monte ſiempre atẽto,
Y en la mas alta cumbre de èl ſe empina,
A la inclemencia, de la lluvia eſſento.
Vèque en ſu Ciſne Caſiope camina,

Aun

Aun no olvidada del Amor primèro,
Pàlida de temor la faz divina,
Mira el ceruleo Protheo ganadero,
De las marinas focas fatigado
Contra su padre, què le rinde fiero.
Và Protheo sin aliento siempre à nado,
Y à veces de las ondas yà vencido
De ellas, sorberse dexa de cansado.
Thetis discurre el agua sin sentido,
Nadando vàn Cimodoce, y Climene,
El cabello sin orden esparcido.
En otra parte mira como viene
En una Navecilla Pan huyendo,
Que apenas en las ondas se sostiene.
En ella le acompaña un son horrendo
De Satyros capripedes Silvanos
De Faunos, que vocean con estruendo.
Las Driadas, los rostros soberanos
Perdida la color, y la hermosura,
Acusaban los Cielos de inhumanos.

Llà-

Llama Prometheo triſte ſu ventura,
Y el retorcido yunco do ſe arrima
Aprieta con triſteza aſpera, y dura.
Vè alguno ahogarſe, y no le anima,
Ni le capea el puerto; mas què puerto,
Pues cubre el agua la mas alta cima.
Eſtà el que nada de morir bien cierto,
Y el que no muere aun conoce claro,
Que no ay diſtãcia alli del vivo al muerto,
Prometheo ſolo queda por reparo
Del humano linage, que caì:
(Gran juicio de Dios unico, y rayo.)
Viendoſe ſolo de la tierra fria:
Forma pocas eſtatuas inſtruìdo
Por Palas, que le enſeña, adieſtra, y guia.
Deſtas pocas es cierto que ha venido
A las de Deucalion muy diferentes,
Los pocos ſabios, que en el mundo han ſido.
Y à las mudas eſtatuàs eminentes
Al Maeſtro pareſce eſtàr pidiendo

Eſ-

Bſpiritus vitales excelentes.
El, y Palas al Cielo iban ſubiendo,
Y del fuego celeſte arrebataron,
El de deſeo, que nos ſube ardiendo.
A las frias eſtatuas le aplicaron,
Y con los penſamientos, que ſe empinan
En eſſa quarta esfera, do baxaron.
De aqui aquellos reſpectos, que ſe afinan
Sobre el vulgo comun ineſtimables,
De aqui nos vienen, y de aqui declinan.
De aqui las leyes de amiſtad loables,
Como ſolo de un fuego tienen vida,
Quedan acà entre nos comunicables.
Del vulgo es la amiſtad no conoſcida:
Es una luz del alma, que recrea,
La muerte mas penoſa, y afligida.
El corazon, que de amiſtad ſe arrea
Donde vive la fe, que nos conforma,
No tiene de lo humano una corchea.
Maxima es de Deydad por do ſe forma

La

La ſuave armonia, que organiza
Dos cuerpos, ſiendo de ambos una forma:
Es Fenix, que no muere en la ceniza,
Mas que con preſtas alas hace el fuego,
Que el amoroſo ſoplo ſiempre atiza.
Eſte es amor con ojos, no Amor ciego
Do las almas ſe miran, y contemplan,
Do no caben ſoſpechas, miedo, y ruego.
Ellas ſu fuego encienden, y le templan
Regulando por èl ſus ſentimientos,
Y à mas ſe deſavienen, ò deſtemplan.
Porq̃ à mas de mil guſtos, y contentos,
Mil provechos, q̃ engendrã un trato bueno
Que no ſon los primeros fundamentos.
Lo que mas ennoblece un pecho ageno
De algun util reſpecto, es la armonìa,
Que reſponde de un ſeno al otro ſeno:
Pero remate yà la muſa mia,
Que de veros en dulce lazo unidos
No cabe de contento, y alegria.

Y si mis versos toscos, mal pulidos
La origen de amistad no declararon,
Como piden ingenios tan subidos,
Si atràs del olvido se quedaron,
Perdonareis mi rustica minerva,
Que otros bienes con ella se acabaron,
Y ella para otras lenguas se reserva.

Holgaronse en estremo los Cavalleros de oìr al anciano Pastor, que haviendo acabado los combidò à dormir en un espeso, y florido bosque, que cerca de la chozuela estaba, y saliendo todos, tomò cada uno el puesto, que mas le agradaba, y comenzaron à dàr reposo à sus fatigados cuerpos: mas à poco rato oyò el de la Fuente viva un grande estruendo como de dos, que combatian. Acudiò por vèr lo que era, y viòlos, que, cruelmente, se procuraban, uno al

otro

otro dàr la muerte. Metiòſe enmedio para apaciguarles. Do le dexarèmos por bolver à Fortileo, que deſpues de ſe haver deſpedido, con buenas palabras de la Infanta, : por hacer publico el dichoſo punto à que ſu fortuna le havia traìdo, en amaneciendo el dia ſiguiente hizo llamar un dieſtro Pintor, mandandole retrataſſe al vivo la Infanta Cryſelia, y en la orla de el retrato hizo poner eſta letra:

Nadie conociò, ni viò
Igual, ni mayor belleza,
Porque la naturaleza
Luego la eſtampa rompiò.
Si ay quien lo contrario diga
Venga, que en campo le eſpero,
T harè, ſi en campo no muero,
Que en el campo ſe deſdiga.

Hecho que fue el retrato, hizo levan-

tar

tar un padron en medio de la Plaza, con publicos pregones, haciendo publicar torneos de aquel en quarenta dias; las leyes del torneo eran eſtas.

Que qualquiera Cavallero, que ſe quiſieſſe probar con Fortileo, havia de traer en ſu eſcudo retratado al vivo la Dama que ſervia, y ſiendo vencido, havia de quedar colgado ſu eſcudo debaxo del retrato de la Infanta Cryſelia, y por el contrario, ſi Fortileo quedaſſe vencido.

Publicaronſe los torneos, y aquel dia, deſpues que el Principe Dalmacio velò ſus armas, al punto que queria recibir la orden de cavalleria: entrò por la ſala una Doncella con dos Gigantes que la acompañaban, de eſpantoſa viſta, con un enano, que en una funda, unas armas de ineſtima-

ble valor traìa, con ſu eſpada, y puñal, que à todos pareciò coſa admirable. Pueſta delante de los Principes la Doncella, dixo anſi: El ſabio Salvage, que à ſu cuenta tiene vueſtras coſas, porque al Principe Dalmacio en tal ocaſion no le faltaſſe; un ſervicio tiene deſeo de hacerle muchos, le embia proſperidad, y eſtas armas, que aunque el valor de ellas no igualle con la calidad de el nuevo Cavallero: ſu ſeguridad, y fineza promete proſpero ſuceſſo en la defenſa de ſu perſona. La Emperatriz, y Principes agradecieron mucho el preſente: y armando à Dalmacio, Fortileo le ciñò la eſpada, la Emperatriz le puſo el yelmo, dandole un beſo en el roſtro, la Infanta Arima le calzò la eſpuela, y la Infanta Cryſelia le puſo el guante.

Ce-

Celebrando la fiesta con mucha armonia, de menestriles, cornetas, chirimias, clarines, sacabuches: sentaronse (despues de acabada esta ceremonia) à la mesa, y despues de haver comido, yendo, y viniendo Amor, con gran traveſura de los ojos de Fortileo à su Cryselia, y de los de Cryſela à su Fortileo. Levantadas las mesas comenzaron à hablar del padron, y retrato, que havia aparecido en la Plaza, con gran contento de la Emperatriz, y de la Infanta Arima: que luego dieron à Cryselia el parabien de su nuevo servidor. Ella con mil encendidos colores, que son librea de la honestidad, decia no saber donde le havia venido empressa tan impensada al Principer Fortileo. En este medio comenzaron à entrar las mas-

caras, para dàr principio al ſarao, y los Principes ſe recogieron cada uno en ſu retrete, para disfrazarſe, al fuero, y coſtumbre de la tierra. Entrò primero el viejo varon de la Roſana, veſtido de blanco, una maſcara de niño, y una media Luna por Diadema; dando ſu mote à la Emperatriz, que decia:

Soy mas viejo que la Luna,
Y por imitalla en todo,
Me renuevo de eſte modo.

Tràs èl entrò luego el de Caſtro viejo, que galàn, y bien compueſto venia, veſtido de una botarga de damaſco verde claro, la maſcara muy hermoſa, y dos cuernos en la frente, y dando el mote à Eniſa abierto, aſsi decia:

Viſ-

Viſtome de verde claro,
Porque eſpero que he de vèr
Eſtas plantas florecer.

El tercero fue el Principe Dalmacio ricamente veſtido, y ſobre el oloroſo colete, un capuz de antigo portuguès, con botas de baqueta calzadas, y dando el mote à la hermoſa Arima, decia de eſta ſuerte:

Vou com botas, è de preſſa,
Que minha dama me chama,
E quero vèr minha dama.

Tràs èl entraron otros muchos, con diverſos motes, que ſeria prolixo contarlos por menudo. El poſtrero fue el Principe Fortileo, veſtido de morado, con cortes de tela à trechos; en el pecho una Salamandra, como repoſando entre las llamas, y diò à ſu querida Cryſelia el mote, que decia:

Ved, que peregrina suerte,
Que solo à mi me sustenta,
Lo que à todos atormenta.

Fueron muy celebrados los motes, y muy reìdo el de Dalmacio, por el donayre del Portuguès. Y haviendo sacado los Cavalleros à las Damas, y los Principes à las Infantas, cupo Enisa al de Castro viejo, que muy avisado, y valiente, Cavallero era: y conocida por èl la rara discrecion, y hermosura de Enisa, por la qual mas que à sì la queria, y tomandola de la mano, à una buelta, le dixo: Què os parece, señora, de la fruta de mi disfraz? Que es sobrada confianza. (respondiò ella) De estos dixo èl, vengan muchos. Essos, ni buenos para juguetes, replicò ella: y riendose entrambos muy mucho, passaron su dan-

danza. Cupo la Infanta Cryſelia à Fortileo, la qual diſsimuladamẽte aſsi le dixo: Poco ſufrido ſois, ſeñor. Por què lo decis, ſeñora? Dixo èl. El padron lo diga, reſpondiò ella: Por demàs es, (dixo èl) que diſsimulen los ojos, y calle la lengua, lo que grita el corazon. Dexad, ſeñor, à que el mundo, ſepa mi dicha, que no es inconveniente para nueſtra ſeguridad; pues de nueſtra parte eſtà el recato. Riòſe Cryſelia de ver al Principe tan ufano. Acabado el ſarao cenaron todos, y ſe recogieron, por ſer tarde. Pero Fortileo, y Cryſelia, que no eſtaban libres de cuydado, ſolo repoſaban, contemplando en ſus amores. Saliò Fortileo al pueſto acoſtumbrado, y hallando yà à Cryſelia con Eniſa en la ventana, tuvieron un rato de

converſacion; y el remate fue, rogar Cryſelia al Principe que cantaſſe algo, porque le daba ſumo contento el oìrle, y èl comenzò de eſta manera, tañendo ſu harpa:

Eſſos tus claros ojos,
Mas bellos, que zafiras,
Eſcondelos por Dios, bella homicida,
Que llevas por deſpojos
Sola una vez, que miras
Libertad, corazon, el alma, y vida:
Y ſegun me combida
El Amor con tu viſta,
Un dia (ay debaneo)
Las riendas al deſeo
Dexarè: que no ay fuerza que reſiſta,
Pues es la fuerza de ellos,
Mas que de piedra imàn, ſegun ſon bellos.
Por ellos la celada
No cubre mi cabeza,

Ni

Ni lanza empuño, ni embarazo escudo:
Y en agreste manada
Por la montaña espesa,
El javali cerdoso, y colmilludo,
De mi venablo agudo
Seguro, và siguiendo
La presa, que le huye,
Y mi descanso arguye
El velòz ciervo, y gamo, que paciendo
Con su descanso apoca
De mis alanos, la sangrienta boca.
Y à la Leona fiera,
Que de su vientre hinchado
A luz sacò la carga generosa,
Y escondida espera,
Para su hijo amado,
La manja oveja poco cautelosa:
No buelve presurosa
En busca de su cueba;
Porque yà de mi lanza

(De poco acà muy manſa)
Los aceros en ella no hacen prueba:
No ſiente el orgulloſo
Relincho de mi potro un tiempo hermoſo.
El Gerifalte oſſado,
Que en Aguilas caudales
De ſu valor hacia rico empleo,
Y el Nebli remontado,
Que las Garzas Reales
No dexaba volar à ſu deſeo:
Cubiertos del arreo,
Que la viſta les quita,
Y les impide el buelo
Dexan poblar el Cielo
De multitud de Aves infinitas,
Que mi antiguo exercicio
Yà le trocò Cryſelia en otro oficio.
En caza noche, y dia
El monte fatigando
Del oſſo colmenero triunfaba:

Y el ciervo que me huya
La barba levantando,
Con la segunda flecha atravesaba
Hasta que de su aljaba
La saeta preciada,
Con que al Dios de la caza
Hizo correr sin tassa,
El hijo de la Diosa bien lograda,
Sacando me la embia,
Haciendo mejor presa que la mia.
Yà no quiero mas monte,
No quiero mas victoria,
No quiero otro triunfo, ni despojos,
No quiero otro Orizonte,
Ni quiero yà otra gloria,
Que aquella, que me viene de tus ojos:
Sigan tràs sus antojos
Otros, que yo no pido
Mas que à Cryselia mia,
Cryselia noche, y dia

Nombre la lengua, y suene en el oìdo:
Cryselia diga el prado,
Cryselia diga el yermo, y el poblado.
Acabado de cantar à ruegos de Enisa, que fielmente hacia las partes de Fortileo: saliò al jardin Cryselia por un postigo de su quarto, que fue para Fortileo el contento, que puede imaginar quien se ha visto en semejantes ocasiones. Acompañabale Enisa, y el Principe con un respecto, como à tal señora se debia, tratando dulce, y sabrosamente dixo assi: Quando los trabajos, y tormentos; quando los temores, y sospechas, que Amor nos dà ordinariamente, no fueran remunerados con otro premio, que con la esperanza de estos bienes dichoso es el que los sufre: Haviendo en la tierra gloria de tantos quilates, no sè co-

mo

mo tardè tanto en conocerla. Que cierto os asseguro, que quando mis tormentos huvieran llegado al colmo de exceſſo, con ſolo eſte contento los tuviera por bien pagados. Haced ſeñora à vueſtro guſto del guſto de Fortileo, que quien tiene ſus eſperanzas libradas tan à ſu ſalvo, no ay para que cure de ellas. Solo os acordad, que ni tengo mas bien, que vueſtro favor; ni temo mas mal, que vueſtra deſgracia. En lo uno eſtà mi vida; y del otro pende mi muerte. Cryſelia le reſpondiò, que eſtuvieſſe ſeguro de ſu Amor, y no quiſieſſe mas prenda, que ſu palabra; porque por entonces, ni el tiempo daba mas lugar, ni el honor ſuyo permitia otra ſignificacion; y que entendieſſe, que la correſpondencia de ſu parte igualaba à ſu vo-

lun-

luntad. Hablaron sobre el desafio del torneo, y la viveza de el retrato de Cryselia: y por ser tarde se despidieron, alcanzando, Fortileo, por grande favor, tocarle una mano; lo qual èl agradeciò mucho à Enisa, por ser ella, quien estos favores le procuraba. Aquellos dias se aparejò la Plaza, y se comenzaron à juntar los Cavalleros para el torneo, divulgados los pregones por todo el Imperio, y muy lexos de èl, de suerte que venian muchos aventureros à la prueba del retrato, y al espectaculo tan admirable. Entre otros, que de la Real Ciudad de Barloneza vinieron, fue uno, el gallardo, y valiente Floricio, de cuyo esfuerzo adelante se hablarà. En Lidaceli todo era hacer fiestas, las noches se passaban en saraos: gozando

For-

Fortileo de los favores de su señora muy à menudo; de tal suerte, que aunque no baxaba; mas por el recato, y peligro, à que se ofrecia, de la ventana le favorecia quanto su muy grande honestidad le permitia. Los dias se passaban en salidas muy vistosas, haviendo de ordinario en la Plaza del Principe, carreras, y caracoles, con que se exercitaban los Cavalleros para las fiestas, y torneos, q̃ esperaban.

LIBRO TERCERO.

DE CRTSELIA.

LLegaron las nuevas del cartel, y desafio à la Corte del Emperador

dor Cesarino, al tiempo que Salvanio (con grande satisfaccion de todos aquellos Principes, particularmente de la Emperatriz, y de la muy hermosa Infanta Clavela) crecia en todas las partes, que para un Principe se requieren, siendo amable por sus costumbres à los que le trataban, y admirable por fama à los que nunca le havian visto. Era hermoso, y de gentil disposicion; de suerte, que ni la gentileza le negaba lo que tenia de robusto, y fuerte, ni la fortaleza, lo que tenia de dispuesto, y galan. En los dias, que en casa del Emperador se criò, era tenido por hijo del sabio Salvage; lo que no poca pena causaba à Clavela, que muy aficionada le era: obligada del estremo de Amor, con que Salvanio miraba sus cosas;

mas

mas considerando por otra parte, ser hijo de un hombre de suerte no conocida, y escura; no dàba lugar à todos los pensamientos, que en su favor se le ofrecian. Salvanio, que la calidad de su persona bien sabia, y bien imaginaba quanto daño le debia de hacer, aquella falsa opinion, para con su señora: deseoso de servilla, y mostrarse embidioso à la fama de Fortileo. è incitado por los rumores de los nuevos torneos, aunque su edad (por ser poca) no havia dado lugar, para que de èl le tuviessen tan altas esperanzas: determinò de no perder tal ocasion, y salirse dissimuladamente. Y para efectuarlo hizo pintar en su escudo el retraio de la Princesa Clavela. Hecho esto se saliò una noche del Palacio, sin de ninguno ser

ſentido, tomando el camino de Lidaceli, y llevando en ſu compañia à ſu Enano Penicelo, à quien diò el eſcudo, embuelto en un velo muy ſutil, de color de Cielo, diciendole ſu intento. Proſiguiendo ſu camino, à pocas leguas dieron en un boſque, donde le comenzò à amanecer, y como iban algo fatigados de la noche, porque toda ella havian caminado, emboſcandoſe en lo mas eſpeſo, ſe apeò Salvanio: y dando ſu cavallo à Penicelo, ſe puſo à repoſar al pie de un hermoſo laurèl, y mirando el arbol, le vino à la memoria el caſo de Daphne, y Apolo, y con el profundo imaginar en ſu Clavela, rompiò el ſilencio, diciendo: Si no fueras, tyrano amor, tan abſoluto en el rigor de tus leyes, y tan igual en tus deſafue-

ros:

ros: Si no fueras tan entero, y sin excepcion, en dàr muertes, y quitar libertades: Si atormentàras los pequeños, perdonando à los grandes: Si hirieras à los grandes, respetando à los Reyes: Si aprisionàras à los Reyes; temiendo à los Dioses, pudiera yo con razon quexarme de la sinrazon que conmigo usas. Mas si los techos de las casas de los grandes señores; si los techos de los Palacios; si los rincones de los Templos; si las selvas, y bosques estàn llenos de tus despojos: ocupados de tus victorias, y las reliquias de tus milagros tienen señalado el Cielo; còmo me queda lugar à mi de quexas? Còmo podrè formar agravio de tu crueldad? Sea la pena de mi descuydo, pues es la culpa el rigor de Clavela; quexeme

yo de mi fortuna, y de ſus aſperezas; del deſaſtre de mis penſamientos, y del azar de mis ſuertes, de la libertad de mis ojos; y finalmente de la blandura de mi voluntad. Ay Oſyrio tan cruèl, como ſabio! Mucho me cueſtas, ſi intereſſes mios ſon los que te movieron à ponerme en las manos de Clavela, y en el rigor de ſus ojos, bien comprados ſeràn, pues con tantos tormentos, y afàn mio, havia de grangearlos, y ſi ſon tuyos! Mucho me debes, pues tanto me cueſtan. Eſtas, y otras laſtimas decia Salvanio, quando viò venir un Cavallero en un hermoſo cavallo, y detràs de èl un Eſcudero, que el Eſcudo le traìa, do venia dibujado un bello roſtro: dexòle paſſar ſin decirle ninguna coſa. Bolviò à ſus querellas; pero

à

à poco rato le hizo parar el ruìdo de unas andas, que el boſque atraveſſaban, y con ellas venia un ſolo Cavallero yà muy cano, dos Eſcuderos ſolos. Diòle à Salviano grandiſsimo deſeo de ſaber, quien dentro iba, y enlazandoſe el yelmo ſin decir nada à ſu enano, (penſando luego bolverſe) fue tràs las andas: Y preguntando al Cavallero, que de quien eran, y adonde iban? no le reſpondiò mas, ſino que llegaſſe èl, y lo miraſſe. El lo hizo anſi, y viò, que en medio de ellas iba tendido un cuerpo armado, y coronada la cabeza; y mirandole al roſtro le viò ſin menearſe, los ojos abiertos, el aſpecto hermoſo, y grave: Sentado junto à ſus pies eſtaba un Cavallero armado con todas armas, ſalvo la cabeza; tenia pueſta la

mano en la mexilla, y recoſtado ſobre el cobdo, el qual eſtaba tambien ſin menearſe. Y en la cabecera del coronado en letras doradas venian eſcritos eſtos verſos.

Quien eſta eſpada pudiere
Sacar de aqui donde eſtà,
Y à quien ſe la pedirà
Con esfuerzo defendiere.
Ultra, de no ſer vencido,
Tendràla eſpada mejor,
Y armas de mayor valor,
Que mortal ha conocido.

Holgòſe en eſtremo Salvanio del letrero, y ſin decir mas, echò mano à la eſpada del que tendido eſtaba, de quien hablaban los verſos, y ſacandoſela de la bayna ſe levantò el que ſentado eſtaba, y apeandoſe de las andas, que en aquel punto pararon;

ſe

se fue derecho al Principe, despues de haver desembaynado, con grande furia, su espada: el qual con grande animo, y no menos esfuerzo, lo aguardò. Y juntandose los dos, fue tan braba la batalla, y tan cruèl, que despues de muchas horas, el Cavallero, que de las andas havia salido: yà de cansado, y mal herido, cayò muerto en tierra. Luego con mucha priessa, y lijereza, saliò el que tendido estaba dentro de ellas, y con los brazos abiertos se fue al Principe Salvanio, y abrazandole con mucha humildad, caricias, y muestras de extraordinario amor, le dixo assi: Para vos estaba guardada esta empressa, y para vos estaba reservada mi libertad, de essos valerosos, è invencibles brazos, me havia de venir tanto bien.

Bienaventurado yo: que la fin de mis trabajos, y la restituicion de mi perdido sèr, me ha venido por vos: las armas, que haveis ganado, aqui las teneis; y tales, que dudo se hallen mejores en el mundo. El Principe correspondiendo à sus agradecimientos, despues de haver usado el termino debido, aceptò las armas, y rogò al Cavallero, coronado, le contasse aquel encanto, que tal lo juzgaba, y la causa de èl, y cuyas eran aquellas armas. El Cavallero por complacerle, y darle gusto, comenzò de esta manera: Sabràs, Cavallero invicto, que yo soy el perseguido Seleuco, Rey de Dalmacia: y como mi ventura quisiesse, que Norandina, Emperatriz de Gargania, presa de mis amores, no pudiesse alcanzar de mì lo

que,

que tanto deseaba, procurando por muchos modos efectuar su deseo; determinò de vestirse en habito de hombre: y salida de su tierra, assentò como page en mi corte, y casa; y como era discreta, vino à grangear con su oficio mi voluntad; de suerte, que yo no fiaba de ninguno lo que de ella: y como yo tratasse amores, y sirviesse à la hermosissima Camila, Duquesa de Alvania: Norandina me llevaba los recados, y villetes, y en lugar de solicitar mi gusto, tal maña se daba, que descomponia mis cosas quanto podia, hasta que una noche ordenò, con sutilissima invencion, que yo durmiesse con ella, dexandome el mas ufano de el mundo, por pensar, que era mi amada Camila. Pero no pudo esto estàr mucho encubier-

bierto, que yo no vinieſſe à ſaberlo: y ſoſpechando quien el Page fueſſe, por vengar el engaño, que me havia hecho; fingiendo no ſaber nada, le dixe, que me ſolicitaſſe para otra noche à la Duqueſa; ella me lo prometiò, holgandoſe mucho, con penſamiento de poder gozar de mi compañia ſegunda vez; yo, que tenia el ojo à la venganza, eſperè, que aquella noche ſe acoſtaſſe Norandina en mi cama, y à un Eſclavo Ethiope, de feìſsima, y torpe catadura, hice acoſtar con ella en mi lugar: porque como el apoſento eſtaba ſin luz, à pedimento de la miſma Norandina, con la miſma facilidad, que ella me havia engañado la primera noche, fue engañada de mì eſta, y otras muchas noches, haſta que me tuve por ſatisfe-

fecho, y vengado. Y una noche entrando con una hacha encendida, y dos de los mas principales Cavalleros de mi Corte, y Reyno, en el aposento, à lo mejor que ellos estaban durmiendo, le mostrè à Norandina, que no con un Rey, sino con un feìssimo negro dormia. Y haviendole dicho algunas injurias, y burlandome de ella la hice salir fuera del aposento, y vestida en sus proprio trages, la embiè à su Señorìo. Ella viendose deshonrada, con tanto escarnio; por vengarse hablò cõ un famoso Encantador, que llaman el Perfido Saglanio; el qual con sus artes, y encantos, me truxo al punto en que me hallaste en esta litera, y oy hace siete años, que perdido mi sèr, y sentido, como si fuera una estatua de marmol, quedè,

y

y estuve sin moverme de aquel lugar donde me viste ; y porque le parecia imposible, que fuerzas humanas venciessen esse Cavallero, que tu acabas de derribar, que, no humano, ni natural es, sino artificial, compuesto por el mismo Mago en tales conjunciones, y figuras del Cielo, que no por otro, sino por quien en mayores aspectos de Planetas, y con mas favor de los Cielos naciesse, podia ser vencido. Forjò tambien estas armas, que por secreta virtud, è influencia, son de tal compostura, que es imposible ser vencido quien de ellas usare ; y vistiomelas à mi, para que fuessen premio, del que deshiciesse este encantamiento. Muy seguro de que nadie las podria alcanzar. Esto es lo que passa, y lo que pretendias saber

de

de mì. Eſpantòſe el Principe Salvanio de aquel eſtraño caſo, y holgòſe grandemente fueſſe aquel Seleuco, Rey de Dalmacia, porque determinaba pedirle le dieſſe el orden de Cavallero, que era lo que mas pena, y cuydado le daba; la qual coſa aceptada, y otorgada de Seleuco, por ſer tan juſta demanda, y hecha con tantos ruegos de Salvanio, pues de èl havia recibido nueva vida, y hechos muchos ofrecimientos de una, y otra parte. Seleuco reconociò el lugar donde eſtaba, y acordòſele, que muy poco diſtante de alli havia una Hermita, que ſe llamaba la Hermita de los Eſpejos; encaminaronſe àcia allà. Adonde ſerà bien que les dexemos por bolver à Lidaceli, que en eſte tiempo ſe hundia en trages, y coſtoſos

sos aparatos para los torneos. Mientras esto passaba sucediò una estraña cosa, y fue, que todos los siete dias mas cercanos al torneo, al despuntar el Alva, se veìa por el ayre gran multitud de Aves trabar entre sì gran batalla; de suerte, que muchas de ellas caìan en el suelo muertas, y al cabo se juntaban todas; y como con treguas, y paz sentadas en el techo del quadro de Cryselia, comenzaban à cantar, haciendo una dulce harmonìa. Enisa dandole al corazon, que algun mysterioso suceso, significaba portento tan desacostumbrado. Y tomando para su compañia un Escudero, se fue camino de la torre del sabio Osyrio, y à pocas horas de camino, al tiempo, que el Alva rompia, hallò enmedio de un Valle quatro Cavalleros,

que

que por el mismo camino venian. Y reconociendolos viò, que eran de la Fuente viva, y Cardonio el Franco, y los otros dos eran Adamanto el Feròz, y el hermano del Varon de la Roca, que despues de haver tenido cruèl batalla, entre sì hechas treguas, hasta vèr el sucesso de Lidaceli, se venian acercando, por hallarse alli el dia de los torneos, por las nuevas que havian tenido de la publicacion, y vando del cartel, que en el padron estaba. Enisa les contò la ocasion de su camino, y determinando todos de acompañarla, en breve tiempo dieron consigo en la Torre del Salvage. Fueron recibidos en ella con mucho contento. Dieronles una Real comida, y dèspues de haver comido, el sabio Osyrio pidiò una harpa, la qual

su-

ſubitamente le fue dada, y tomándola en las manos, tocandola graciosamente, comenzò à cantar de esta suerte.

Antes que goce Cryſelia
El fruto de ſu eſperanza,
Verà del Cielo enemigo
Mil veces turbia la cara.
Antes que en dulce repoſo
Eche à ſus males la raya,
Peregrina, y ſin contento,
Piſarà tierras eſtrañas.
Primero, que en paz ſegura
Alcance el triunfo, y palma.
Padecerà mil encuentros
De la fortuna boltaria.
Antes que à ſu Fortileo
Se vea ajuntar el alma,
Que agora eſtà repartida,
Harà el tiempo mil mudanzas.

Ay,

Ay, que de ſangre, que veo
Por el monte, y vega llana,
Los Palacios bueltos, Chozas,
Y Palacios las Cabañas.
Què de ſuſpiros, y llantos,
Què de trayciones, y tramas,
Què de victorias famoſas,
Què de probezas, y hazañas.
Pero à peſar de fortuna
cruèl, inconſtante, avàra,
Tendrà la virtud corona,
Porque al fin ſiempre la alcanzà.
Que aunque el impetuoſo rio
Inclina, dobla, y contraſta
con ſus importunas olas,
No rompe las eſpadañas.
Libre yà de tantos daños,
Y de fortuna tan brava,
Llegarà Cryſelia al Puerto
Con tranquila, y mar bonanza.

Acabando el ſabio de cantar, ſe bolviò à Eniſa, y anſi le dixo: No daràs à tu Cryſelia otra reſpueſta, ſino la que me has oìdo; y dile de mi parte, que aunque padecerà trabajos en el diſcurſo de ſus amores, ſerà el fin tan glorioſo, que los darà por muy bien empleados; que yo le prometo tanta diligencia en lo que à mi toca, quanta por la obra verà al tiempo del meneſter. Dicho eſto, Eniſa, que mucho ſentia en tal tiempo eſtàr auſente de Cryſelia, ſe deſpidiò de el Sabio Salvage, agradeciendole todos lo que por ellos hacia: y partidos de alli, tomaron el camino de Lidaceli. Entre tanto Salvanio, y Seleuco llegaron à la Hermita de los Eſpejos, que dos muy pequeñas leguas eſtaba de Lidaceli, donde ſiendo recibidos de el

Her-

Hermitaño, que muy afable era. Tres dias, con tres noches velò Salvanio las armas. Eſtaban yà en la Corte el de la Fuente viva, Cardonio, el Cavallero de la Muerte, Adamanto, y los dos hermanos del Varon de la Roca: y el gallardo Floricio, que el Cavallero del Perrillo ſe llamaba, porque le traìa dibujado en el pecto de ſus armas, queriendo ſignificar por èl la lealtad, que tenia en amar à ſu Dama. Otros muchos Cavalleros havia, que de diverſas partes havian venido, y eſtaban aguardando el dia ſeñalado del torneo. Los poſtreros, que entraron, fueron Seleuco, y el Principe Salvanio; los quales no ſe queriendo apoſentar dentro en la Ciudad, hacian ſus noches en la Hermita de los Eſpejos. Llegado, pues, el dia ſeñalado,

como amaneciò, ſe ocuparon los balcones, y andamios de la Plaza, con tanta multitud de gente, que maravilloſa coſa era de vèr. Saliòle el mantenedor, con la empreſſa yà dicha, tan agradable à la viſta de los que le miraban, que cada qual en ſu corazon le deſeaba la victoria. Entrò el primer aventurero, el Principe Vinceslao de Trinacria, pintada en el Eſcudo la Princeſa Lucinda, con quien eſtaba recien deſpoſado; y porque las Leyes del torneo no daban lugar al vencido por la lanza, para combatir eſpada à eſpada, durò poco la batalla primera, porque al primer encuentro cayò Vincislao en tierra: tocaron con tanta alegria las chirimias, con quanto eſtruèdo havian antes tocado los Tambores: y ſacando los

Jue-

Jueces al vencido del palenque, entregò ſu Eſcudo, y fue colgado de el padron debaxo del de Cryſelia. Entrò tràs eſte el penſativo Marturiano, con la Duqueſa Flora, pintada otroſi en ſu eſcudo, que vencido, èl fue pueſto junto al otro. Entrò Adamanto con la Varoneſa Cyntia, que dexò en la pareja de los que havian ſido derribados del primer golpe. Vino poco rato deſpues el Cavallero de las Cadenas, y traìa en ſu Eſcudo pintada una hermoſa Dama, que muchas Cadenas, con las manos, deſpedazaba, y en el Eſcudo eſte mote, que à los pies de la pintura eſtaba.

Libertad, mas que hermoſura,
Cautivò mi corazon,
Que en la dura ſujecion
No ſe puede hallar dulzura,

Dudaban mucho los Jueces de admitirle al torneo, por ir contra las Leyes de èl. El daba ſus razones, diciendo, que feſtejaba la libertad, y la ſervia, como qualquiera ſirve à ſu Dama. Al fin, por los ruegos de Fortileo fue admitido. Entraron en la eſtacada, y hecha ſeñal ſe encontraron con tal pujanza, que las lanzas hechas mil aſtillas, volaron en en alto. Y echando mano à ſus eſpadas, porque ninguno de los dos quedò vencido de eſte encuentro, ſe comenzò una trabada, y cruel batalla. Eſtaban todos eſpantados de el valor de el Cavallero de las Cadenas, que por eſte nombre ſolo era conocido, y havia dos horas, que daba mucho que hacer à Fortileo, el qual viendoſe afrentado por un ſolo

Ca-

Cavallero, cerrando con èl, le diò tal cuchillada en la viſera, que rompiendole las cintas de la enlazadura le ſaltò el yelmo de la cabeza, quedando con el roſtro deſcubierto, que bien conocido fue de todos, pues era el Principe Dalmacio, al qual como viò Fortileo no quiſo paſſar adelante con la batalla, aunque Dalmacio le rogaba. Quedaron los Jueces, ſobre eſte caſo muy dudoſos. Pero Dalmacio por quitarles de aquella contienda, ſe fue al padron, y poniendo el retrato de las cadenas ſobre los de los tres vencidos, diciendo eſtas palabras. La libertad es bella, y ſabroſa coſa; pero la tyranìa de Cryſelia es mas poderoſa, y aſsi yo defenderè, que eſte es el lugar debido à mi ſeñora. Los Jueces juzgaron, que en eſ-

fuerzo haſta alli era el ſegundo, y anſi le era debido aquel lugar. Tràs eſte entrò Pinadarte, que era el primero hermano de la Roca partida: Traìa dibujada en ſu eſcudo à Octavia ſu ſeñora; pero al primer encuentro vino à tierra, y tràs èl ſu hermano Lucidoro, y pueſtos ſus eſcudos en el padron: entrò Seleuco, Rey de Dalmacia, con ſu hermoſa Camila, y repartido el campo por los Jueces, como à todos hacian, primero que vinieſſen à las eſpadas, quebraron tres lanzas, ſin que Fortileo huvieſſe algun deſayre, ſalvo que Seleuco le havia dado en el penacho de el yelmo: y acordandoſe Fortileo haver recibido el miſmo golpe del Varon de la Roca: lo ſintiò mucho, temiendo no pronoſticaſſe alguna caìda de ſus penſa-

ſamientos tan altivos, y Seleucio al ſegundo encuentro havia andado muy à pique de caer, ſi à las crines de ſu cavallo no ſe huviera tenido. Echãdo, pues, mano à las eſpadas, ſe comenzaron à golpear con tantos brios, que hacian relampaguear el ayre con las centellas, que de las armas ſaltaban. Durò la batalla mas tiempo de lo que nadie penſaba. Seleuco andaba yà mal herido, y Fortileo con tanta congoxa, y canſancio, que les fue meneſter deſcanſar dos veces para tomar aliento. Al fin Fortileo, como eſtaba ſano, rogaba à Seleuco muy encarecidamente, que ſe rindieſſe, pues bien veìa el eſtado, en que le tenia ſu fortuna: La reſpueſta, que en èl hallaba, era una eſpeſa lluvia de golpes, con que le daba à conocer,

quan-

quanto menos preciaba hallar en èl ofertas, que tan en ſu deshonra redundaban, y anſi para concluìr de una vez, con el eſtremo de el furor, que la congoxa le daba, diò tal golpe à Fortileo, tomando la eſpada à dos manos, que le abriò la viſera, y le hizo una pequeña herida en la cabeza, al tiempo que Fortileo le diò una eſtocada por la juntura de las armas en el lado izquierdo, que le atravesò de parte à parte, echandole muerto en tierra, con mucho ſentimiento de los que lo miraban, principalmente de Salvanio, que ardiendo en rabia por la muerte de ſu amigo el Rey, determinò en ſu corazon dè vengarla, y no tener contento haſta quitarle la vida à Fortileo: y entrando con ſu enano en la eſtacada le hizo atraveſar en ſu ca-

cavallo, ſacandolo del campo, y llevandolo àcia la Hermita de los eſpejos; y pudolo muy bien hacer mientras los Jueces havian ido à poner ſu eſcudo en el padron, ſobre el de la libertad, que mejor juzgaron merecer aquel lugar, que no el otro, aſsi que la libertad quedò en el tercero lugar, y Camila en el ſegundo. El Principe Fortileo diſsimulò ſu herida, y por ſer hora de comer ſe recogieron à Palacio, haſta deſpues que el Principe llamando à Eniſa le dixo como eſtaba herido, y ella con yervas de virtud maravilloſa le curò de manera, que parecia no haver ſido herido: Aviſola no dixeſſe nada à Cryſelia, que bien ſabia que le havia de cauſar grande ſobreſalto. Los Jueces no permitieron, que aquel dia no huvieſſe

mas

mas batalla, juzgando eſtaria Fortileo canſado, y con razon, pues aquel dia havia vencido ſiete Cavalleros, y algunos de ellos de valor, y ſingular esfuerzo. Toda la Corte deſeaba ſaber quien fueſſe Seleuco, que tan valeroſamente, y con tanto esfuerzo havia combatido haſta morir. La Emperatriz le embiò à buſcar, para conociendole, hacerle enterrar conforme à ſu merecimiento: pero no huvo en Lidaceli quien de èl ſupieſſe coſa alguna. Llegada la noche, dixo Cryſelia à ſu Eniſa, que queria ver à Fortileo: Eniſa ſe lo avisò, y en ſoſegandoſe la gente de Palacio, ſaliò èl al jardin, y la Infanta ſe aſſomò à la ventana, y alli deſpues de preguntarle Cryſelia, còmo havia quedado del trabajo de aquel dia? Muy bien,

reſ-

reſpondiò èl, pues quando os miro, por flaco que mi corazon eſtè, buelve mas animoſo, y esforzado, de lo que ſu natural es: y no ay furioſo, y hambriento Leon, que ſe me pare delante, acordandome de vueſtro nombre, y extraordinaria hermoſura. Sabe Dios (dixo Cryſelia) quanto me aflige veros en tanto rieſgo, por coſa mas de guſto, que de neceſsidad, y no os puedo ſignificar, ni declarar con palabras, los ſobreſaltos q̃ me aveis dado en los encuentros de oy. Quiſiera poder daros certidumbre de la victoria, en todas vueſtras peleas; pero pues no puedo tanto, tomad eſſa vanda, que por lo menos el color de ella os la darà de mi voluntad. Aunque mas quiero que ſea recuerdo de mi memoria para con vos; que ſeguro

de

de mi voluntad, que eſſa prenda de el alma la teneis. Quedò Fortileo muy ſobervio, y encumbrado con aquel favor, y beſando la vanda mil veces, que de el color que ſignifica firmeza era, ſe la echò al cuello, y templando ſu uſado inſtrumento para regocijar à ſu Cryſelia, anſi cantò.

Dulce, y dichoſo premio concedido,
De aquella liberal, y blanca mano,
Que enriquece mi alma, y buelve ufano,
Solo en vella, y tocalla mi ſentido,
Alto excelente donde eſclarecido,
Precio digno de eſfuerzo ſoberano,
Que baſta à endioſar un pecho humano:
De oy mas haràs ſeguro mi partido.
Con eſta vanda Amor tapò los ojos,
Quando te viò Cryſelia por no verte.
Y rendido entregarſe à tu hermoſura.
Y à mi me la dà agora por deſpojos,

Que

Que assi levanta mi dichosa suerte,
Que temo yà de verme en tanta altura.

Holgò mucho Chryselia de oìr cantar à su Fortileo, y despues de otro rato de una dulce conversacion; por ser tarde se recogieron. Mientras, pues, el Principe reposa, serà razon acompañemos à Salvanio à la Hermita de los espejos, donde en llegando fue recibido con gran sentimiento de el Hermitaño: y haciendo el Enano una cueba al pie de un levantado Ciprès le enterrò. Colgò dèl las armas de Seleuco, coronando la visera con una guirnalda de Laurèl, y con la punta de su daga, escriviò esta letra en el tronco del Cyprès.

Aqui descansa glorioso
Seleuco, Rey de Dalmaciano,
Que con la espada en la mano,

Se

Se hizo al mundo tan famoso.
Quien le diò segunda vida,
Le dà agora sepultura,
Y aqui le promete, y jura,
La venganza merecida.
Escritas estas palabras, cercado de la tristeza de su amigo por una parte, por la otra fatigado de el rigor de el pensamiento, en que le tenia la memoria de Clavela, pidiendo el escudo à Penicelo, se apartò en un lugar, donde la Luna mas daba su claridad, y quitandole el velo, comenzò assi à hablar con èl. Hermosa, y severa estais señora! Hermosa, severa, y sorda à mis querellas, que bien al vivo representa esta bella, y dura tabla, la belleza de vuestra cara, con la dureza de vuestro corazon: tan sorda, que basta à enmudecer mis razones:

nes: y tan muda, que yà mas alegra mis oìdos: viva ſois mi muerte, y pintada me eſtais diciendo la deſeſperacion de mis males, con el rigor de vueſtros ojos. Aſpera es mi ſuerte, dichoſo Fortileo, que pues tan à ſu ſalvo triunfa, no puede perſuadirme ſino que Cryſelia le favorece: pues què eſpero? Con què fuerzas podrè yo quebrantar las de un poderoſo enemigo? Si la memoria de vueſtra tyranìa me lás quita aun para vivir? Eſtas, y otras palabras, y laſtimas decia Salvanio, hablando con el retrato de ſu Clavela, mientras Liſeo, con ſu Tygre, emboſcandoſe por la maleza de aquellos deſiertos; deſpues de haver andado muchos dias, flaco, y fatigado de la hambre, vino à dàr à una choza no conocida por èl,

adonde hallò dos Paſtoras de agradable, y gracioſa viſta, que platicando eſtaban ambas à dos ſobre ſus amores. Al punto que fue viſto de ellas, tan deſmejado, y afligido, le conſolaron, y dieron del ſuſtento, que para sì tenian, rogandole les contaſſe ſu mal; èl ſe eſcuſaba, pero al fin, por complacerlas, tomando ſu zampoña comenzò anſi à cantar.

Tres años ha que ſali
Paſtoras, de Luſitania,
La cauſa de mi ſalida,
Fuelo una bella Serrana.
Hija de un gran Rabadàn,
Señor de veinte mil Cabras,
Y ella de todos los ojos,
Que con los ſuyos à todos prendaba.
Un Paſtor me compitiò,
Que guardaba grueſſas Bacas,

Y requeſtaba à mi Aurelia,
con obras, y con palabras:
Supliendo con ſu porfia,
De ſu perſona las faltas,
Haſta que fue de mis manos,
Vencido en igual batalla.
Eſtremos hice por ella,
Y en ellos ſe via el alma
De Liſeo, imaginando
Con recelo mil deſgracias.
Al fin ſali con mi empreſſa,
Porque una noche cerrada.
Me vine con ella ufano,
Rompiendo una puerta falſa.
Al cabo de gran camino
Por ſendas inhabitadas,
Vine à dar en una choza,
Do depoſitè mi alma.
Durôme poco eſte bien,
Porque luego de caſada,

De querer bien à Liſeo,
Que el querer bien, luego canſa.
Y de ofendida de mi,
Comenzò à enturbiar ſu cara,
Y para mi corazon,
Mas triſte, que ufano eſtaba.
Dos años, como un eſclavo,
Servi à mi Paſtora ingrata,
Haciendole ſacrificio,
De ojos, corazon, y entrañas.
Eliſa me queria bien,
Otra Paſtora gallarda,
Y como ſupo mi auſencia,
Auſentoſe de ſu patria.
Què Amor, no mira reſpetos,
Ni en los peligros repara,
Truxo Eliſa tràs nos otros,
A eſtas Sierras, y montañas.
Ella me dixo mil veces,
Su pena, y congoxa braba,

Yo le tuve compaſsion,
Mas no pude remediarla.
Que tenia ageno dueño,
De mi corazon la palma,
Y del mal que ella ſufria,
Tomaba Aurelia venganza.
Al fin para no canſaros:
De aqui ſolas tres jornadas,
En mis brazos dexò Eliſa,
La vida à mi vida cara.
Muriendo Eliſa, en mi pecho
Muriò de Aurelia la llama,
Y es mi memoria el ſeplucro,
Dò ſola Eliſa deſcanſa.

Cantaba eſto Liſeo con tantas lagrimas, que de compaſsion las Paſtoras le ayudaban tambien à llorar ſus bienes perdidos; pues ninguno ay mayor que una firme, y leal fè. Eſtando en eſto vieron venir un tropèl de Ca-

valleros àcia la choza, y reparando un poco Liseo, conociò quienes eran, que no poca pena fue para èl; pero conviene bolver à Salvanio, que en amaneciendo, tomò el camino de Lidaceli, ardiendo en deseo de la venganza de Seleuco: y à la hora que llegò, vido que entraban en la Plaza Fortileo por una parte, y por la otra Cardonio el Franco, con el retrato de Glaupa, y en la orla estas palabras:

Porque vive en mi memoria.

No durò mucho la batalla entre los dos, porque aunque de el primer, y segundo encuentro ninguna ventaja se avia conocido, que no fue poco indicio de el raro esfuerzo de Cardonio, quiso la suerte, que tropezando su cavallo cayò en tierra, cogiendole una pierna debaxo en el estrivo;

de

de ſuerte, que para ſalir fue meneſter el ayuda de Fortileo: y como las Leyes no permitian echar mano à la eſpada, al que huvieſſe tocado en tierra, puſo Cardonio el eſcudo en el tercero lugar, porque juzgaron los Jueces à deſgracia ſu caìda. Apenas le havian pueſto, quando ſe preſentò en la eſtacada un robuſto, y gallardo Cavallero, q̃ ſu Dama en un palafren conſigo traìa. Venia en ſillon de oro, con un brial de brocado, y en èl mil puntas de precio ineſtimable, en el eſcudo no traìa retrato el Cavallero: y pidiendo campo, le dixeron, que ſegun las leyes del torneo, èl no podia combatir. El replicò, que no quebrantaba las leyes, pues en lugar del retrato, traìa el exemplar, y que ſi vencido quedaſſe dexaria todas ſus ar-

mas, y entregaria su Dama, y señora en poder de Cryselia. Aprobaron los Jueces su razon à peticion de Fortileo; y dandole campo, èl puso à su Dama enmedio de la Plaza, que de su palafren miraba la batalla, y era mirada de todas las Damas, que por las ventanas estaban, con gran deseo de verle el rostro, que cubierto traìa con un listado volante: encontraronse, pues, los Cavalleros, y rotas las primeras lanzas, el Estrangero echò mano à la espada, mostrando las ganas, que de combatir tenia, que recibido de Fortileo con grandes golpes, se comenzaron à desangrar con algunas heridas. Era tanto el temor de Cryselia, que en cada gota de sangre, que de su Fortileo salia, se anegaba mil veces su corazon: El otro, aunque

que peor herido andaba, no se veìa en èl tener punto de menoscabo en el esfuerzo, y vigor, con que afligia al Principe; pero la Dama atemorizada, viendo que yà la victoria se iba inclinando à la parte de Fortileo, puesta enmedio de ellos, dixo ansi: No passe adelante, Cavalleros, el corage de vuestros corazones, que no quiero aventurar lo que de qualquiera suerte que suceda, puede llegarme al alma; yo cumplirè mi deseo en ponerme en las manos de Cryselia, à quien por la fama de su beldad, deseo tratar ha mucho tiempo; y assi sin victoria quedarà Fortileo vencedor, y mi Raxadelio (que assi se llamaba el Cavallero) no vencido. No pudieron los combatientes resistir tan poderoso precepto. Fortileo, que con Raxa-

delio

delio se havia criado, se fue luego para èl, y abrazandole le dixo, que se espantaba de èl, que se huviesse puesto en tal contienda, con quien mas que à sì le queria, y assi llevandole à Palacio, acompañaron à la hermosa Armelina, la qual, con mucho contento fue recibida de Cryselia, y las demàs Damas, que juzgaron ser de de las mas hermosas, que visto huviessen. Bolviò Fortileo à la estacada, dexando à Raxadelio en el lecho, para ser curado de las heridas, que muy flaco le tenian, entrando, pues el Principe por la estacada, hallò, que yà le esperaba un Cavallero armado de armas negras, y en el escudo una muerte, y por orla este mote.

El original muriò;
Pero en sola su memoria,

Està

Està cierta mi victoria.

Fue admitido al combate: al cabo de algunos dares, y tomares, y quebradas las primeras lanzas, comenzò una batalla, que à poco mas que duràra, se huviera de reservar para el otro dia; pero corrido Fortileo, al tiempo que el Cavallero de la Muerte le iba dãdo una estocada por entre las faldas del cosolete: tomando la espada con entrambas manos, le diò tal golpe en el ombro izquierdo, que le hizo venir à perder los estrivos, desatinado con tan disforme cuchillada. El por no haver tenido efecto su golpe, haviendosele quebrado la espada por medio, con animo invencible, se asiò de Fortileo tan tenàzmente, que le hizo perder tambien los estrives, viniendo ambos à tierra. Fortileo, que

viò

viò pueſto ſu partido en condicion, dexando caer la eſpada, echò mano à un puñal que en la cinta traìa, y al enemigo ſe le eſcondiò tres veces, levantando la falda del coſolete por las eſpaldas, con que le dexò muerto à ſus pies. No fuera conocido el muerto, por ſer de tierras muy remotas, ſi no ſe le acordàra à Cardonio, viendole el roſtro, que aquel era Liſeo el de el Tygre, el qual, aunque andaba en trage de Paſtor, era Principe de Luſitania, y aquel eſtruendo de Cavalleros, con quien antes le dexamos eran, de los ſuyos, los quales le dieron nuevas como ſu padre era muerto, y le venian à buſcar, porque el Reyno le eſperaba, como à ſeñor, y unico heredero. La Dama, que èl havia ſacado, era Reyna de los Algarves, y la muer-

muerta Elisa, Duquesa de Visea. Hizole, pues, Cardonio enterrar con grande fausto; y porque solo quedaban dos Cavalleros, que el Principe Salvanio, y el gallardo Floricio eran; se fueron todos à comer. Apenas huvieron comido, quando armado Fortileo saliò à la estacada, hallando yà al valiente, y gallardo Floricio, que le esperaba; el qual el Cavallero del Perrillo de todos era llamado. Traiale el Escudero su escudo, en el qual venia dibujado el rostro de la bella Noemi, sacado tan al natural, y al vivo, que mas parecia original, que traslado, segun en sì contenia la beldad de aquel soberano rostro; traìa en la orla del retrato este mote:

No temo à la fortuna,
Que mi Noemi me assegura.

Co-

Comenzòse, pues, la prueba, y encontraronse con tanta furia, que de solo el primero golpe se hallaron los dos en tierra: no ay para que decir, lo que sintiria Cryselia, viendo al Principe en tierra: que esto, solo quien se ha hallado interessado en tales trances, lo puede sentir. Puestos de frente à frente, despues de levantados en pie: echaron mano à las espadas, y se comenzò la mas cruèl batalla, que jamàs alli se havia visto, dandose los dos tan terribles golpes, que al cabo de cinco horas (tanto, que yà cerraba la noche, despues de haverse derramado mucha sangre de una, y otra parte) no se conociò mejoria. Viendo los Jueces, que ni uno, ni otro quedaba vencedor, ni vencido, determinaron de llamarles, la qual de-

ter-

terminacion e xecutada, deſpues que los tuvieron delante, les hicieron eſte razonamiento. Aveis ostan valeroſamente, Cavalleros esforzados, en vueſtra pelea, y haveis quedado tan iguales en el esfuerzo, quanto lo ſon vueſtras Damas en hermoſura, y aſsi noſotros no tenemos que decir mas, ſino que la Infanta Cryſelia ſe contente de llevar la palma, à todas las demàs, dexando à la bella Noemi, pues en hermoſura, y diſcrecion no le debe nada. No quedò Floricio del todo contento; pero viendo, que anſi lo determinaban los Jueces, callò, bolviendoſe à Barloneza à gozar de los acoſtumbrados favores, que ſu bella, y hermoſa Noemi le hacia. El Principe Salvanio, viendo quan mal le havia ſalido el eſperar de ſer el poſtre-

ro,

ro, pues yà no havia lugar para èl, ſe allegò à Fortileo, y con mucha cortesìa le dixo aſsi: Mucho tiempo ha, Principe, que tengo deſeo de probar mis fuerzas con las vueſtras; y pues yà dentro la Ciudad no tengo lugar, ſi os parece, querria que ſalieſſemos fuera. Aceptò Fortileo la demanda, y dixole, que guiaſſe adonde quiſieſſe, que èl le ſeguiria. Tomò Fortileo ſu cavallo de las riendas, y con mucho brio, y donayre ſaltò en la ſilla, y ſin admitir otra compañia, guiando Salvanio à la Hermita de los eſpejos, ſe fueron los dos, adonde llegaron muy de noche, hablando ſobre varias coſas; y deſpues de haver Fortileo mirado algunas curioſidades, que en la Hermita havia, dando una buelta, deſcubriò, colgadas del Cyprès, las

Ar-

Armas de Seleuco, Rey de Dalmacia, y leyò la letra, que havia escrito Salvanio en el mismo Cyprès, prometiendo vengar la muerte de su Amigo; entendiòla Fortileo, y con grande cordura disimulò. Al fin cenaron, de lo que el Enano les truxo, y salieronse à dormir cada uno con su cuydado, en un espeso bosque. Salviano estaba con su escudo, y Fortileo con su vanda. En este tiempo la Infanta Cryselia estaba en su retrete, con su Amiga Enisa, llorando la ausencia de Fortileo, y decia de esta manera: Yà comienza Enisa mia, à cumplirse lo que el sabio Salvage te profetizò; yà comienzan los primeros trabajos de Cryselia. Quien serà aquel enemigo, que tan presto me robò los ojos con que veìa? y el espejo en que me mi-

raba? Ay perturbador de mi sosiego! ay fiero enemigo! que assi partes una alma, y procuras deshacer un ñudo tan fuerte, y tan estrecho! el Cielo te persiga, enemego de mi gusto. Y con estas lastimosas razones derramaba tantas lagrimas, con tantos gemidos, y sollozos, que Enisa tenia gran pena, porque no la podia consolar. Estando en esto, oyeron un grande ruido en Palacio, de voces, y grande estruendo de armas: y fue tanto el miedo, y turbacion de las dos, que sin osar salir del aposento, estuvieron en èl hasta que vieron la Emperatriz, la Infanta Arima, y cabe ellas Clarisea de Alexandria, la Infanta Leonora, y otras Damas, y Señoras de Real estado, que venian huyendo, con llantos, y gritos al apo-

aposento de Cryselia, y entradas, no sabian dàr razon del mal, ni sabian todas mas que llorar con grandes alaridos, hasta que entrando en el aposento un Gigante de feròz aspecto, y estatura, con la espada ensangrentada en la mano, quedando todas amortecidas; y à otros diez de los suyos hizo baxarlas en brazos al patio, y ponerlas en sus literas. Hecho esto, dexando muertos muchos Cavalleros, de los que el Palacio defendian. Entre los quales, Cardonio, por defender la parte del Palacio donde se hallò: despues de haver muerto algunos Gigantes, con muchos otros peones, cayò con infinitas heridas, tenido yà de todos por muerto; aunque à la verdad no lo estaba. El gran Raxadelio no havia podido levantarse, por es-

tàr muy mal herido, haſta que ſupo como Armelina era robada con las demàs Princeſas: Divulgòſe por todo el Caſtillo, y Arrabàl el caſo, y armados el Principe Dalmacio, el de la Fuente viva, y Cardonio, que con una bebida, que le dieron de aguas deſtiladas, de virtud maravilloſa, y eſtraña, quedò como ſi mal ninguno huviera tenido. Con ellos el de Saronia, que alli ſe hallaba, y otros Cavalleros, que acudiendo à Palacio, yà no hallaron ninguna de aquellas ſeñoras, ſino muchos muertos, y heridos. Salieron de la Ciudad, cada qual por ſu parte, por donde la fortuna les guiaba: yendo con la congoxa, y dolor, que ſemejante caſo requeria, y aun la prieſſa, que les daba el honor, y Amor, quedando Lida-

celi

celi con tanta soledad, que no faltaba sino la maquina del engañoso cavallo, para parecerse otra segunda Troya. Serà bien bolvamos à la Hermita, que haviendo el Hermitaño hecho sus acostumbradas oraciones, y dando algunos consejos, de provecho, à los Cavalleros, que en amaneciendo bolvieron à despedirse, y despues de darles algun refresco, se recogiò de nuevo à orar por ellos, y ellos se salieron al campo comenzando su batalla, con tanto esfuerzo, que mas parecian dos ferocisimos Leones que no humanos hõbres. Bien le pareciò à Fortileo, que si mucho duraba la batalla, tenia su partido en balanza: y assi iba con grande cuydado en el reparo de los terribles golpes, que el Principe Salvanio (ansiosisi-

mo por la victoria) le tiraba ; cuya lijereza , y esfuerzo ponian en tanto estrecho à Fortileo , que bien havia menester su invencible corazon , para repararse , y resistirle : Salvanio tambien sabia , que con tan valeroso combatiente , no le convenia descuydarse un punto , porque si Fortileo andaba mal herido , Salvanio traìa cuchilladas , de que le corria gran copia de sangre. Havia yà tres horas que combatian , quando poniendoseles en medio un Cavallero, que bien conocido era de los dos , les dixo ansi : No es tiempo , Cavalleros , de perder la vida con tan poca ocasion. Si quereis hacer vuestros nombres glorioso̅s , ofrecidose os ha otra , que es la mejor , que se puede hallar en el mundo. Haveis de saber , que el

Cas-

Caſtillo de Lidaceli, y ſu Palacio queda deſtruìdo, y robadas quantas Damas, y Señoras en èl havia. Eſpantado Fortileo de tan deſaſtrado ſuceſſo, fue el primero, que dixo à Salvanio: Dilateſe, Cavallero, nueſtra batalla, haſta acudir à daño tan grande. Dilateſe, dixo Salvanio, que yo harè por mi parte lo que debo à mi obligacion. Informados por Cardonio el Franco (que eſte era el Cavallero de los Gigantes, que en Lidaceli tal eſtrago havian hecho: tomò cada uno por donde mas preſto dieſſen con ellos. Cardonio quiſo ir en compañia de Fortileo. Salvanio ſe fue ſolo con ſu Penicelo; y haviendo andado caſi ſeis leguas, diò en un prado de mucha freſcura, y por repoſar del trabajo de la batalla: puſoſe al pie de

un arbol à atar las heridas, y comiò algunas coſas, que Pinicelo le traìa. Eſtando deſcanſando, y platicando con èl, de el eſtremado esfuerzo de Fortileo. viò venir dos Paſtoras cantando, que una à otra ſe reſpondian, y llevaban ſus ganados delante, que abreballos venian, en una fuente cercana de aquel lugar, y cantaban lo ſiguiente:

Cyntia.

Di, Sylvia, porque quieres à tu Alcido,
Moſtrarte tan cruél, y riguroſa,
Flaqueza es moſtrar fuerzas à un rendido.

Sylvia.

Eſſa pregunta, Cyntia, es muy donoſa,
Para que quieres tu, que humille el cuello,
Eſtando libre, à carga tan penoſa.

Cyntia.

Eſconde Sylvia, pues, el roſtro bello,

Eſ-

Esconde la suave, y dulce risa,
Esconde el oro fino del cabello.

Sylvia.

Burlas, Cyntia, de mi burlate à prisa,
Nada mata mirando, solo muere
Quien de su fuego assi la llama atiza.

Cyntia.

Amor tyrano al mas essempto hiere,
Y al mas sobervio humilla sin respeto,
Si quiere hacerlo oy, puede lo que quiere.

Sylvia.

Quien libertad quisiere, yo prometo,
No le sujete Amor, que Amor tyrano
De voluntad, no es causa, sino efecto.

Cyntia. (no

Guarda, q̃ querer bien: no està en la ma-
De quien es conducido por su suerte,
Y pensar resistir consejo es vano.

Sylvia.

Libre quiero vivir hasta la muerte,

Que

Que à mi de Amor me libra mi destino,
Y me aconseja Cyntia à no creerte,
Y assi el creerte fuera desatino.

Riòse mucho de las simples razones de las dos Pastoras, el Principe Salvanio, y viniendole à la memoria la tyranìa de Clavela, comenzò à pensar quanto se iba apartando de su vista, y quan lexos estaba de aquel familiar trato, de que algun dia gozaba con tanta libertad, y felicidad, si su animo con ella solo se huviera satisfecho. Acordabasele el dia, que el Sabio Osyrio allà le havia llevado: y aun como entre sueños, por algunas señas del Castillo de Lidaceli, y de las Infantas. Estaba muy cierto de el parentesco, que con Celidaura la Emperatriz, è Infantas tenia. Dabale este

te cuydado mucha prieſſa, para ſocorrerlas en aquel aprieto en que eſtaban, conſiderando, que aquella ocaſion era la de mas importancia, que à Principe ninguno ofrecer ſe podia, para hacerſe famoſo, y conocido en todo el mundo. Con eſte penſamiento ſe levantò, diciendo à Penicelo, que medio dormido eſtaba: Deſpierta, amigo, que es tiempo, que ayudemos à eſtas ſeñoras, pues en tanto trabajo eſtàn; y ſubiendo en ſus cavallos tomaron el camino, que Cardonio les havia dicho. Iban las Princeſas, Infantas, y Emperatriz, acompañadas, ò por mejor decir, preſas, en poder de cinquenta Gigantes, que gran prieſſa ſe daban, haſta llegar à un Caſtillo, que fuerte, y de inmenſa alteza era, aunque entre aſperos

montes ſituado. Llamabaſe el Caſtillo de los Cuervos: era lobrego, eſcuro, y triſte, de malezas, y deſiertos, que bien parecia carcel mas que lugar de refrigerio. Apearonſe los Gigantes de ſus Dromedarios, y Elefantes, y ſaliendo la muger de Corverino el fuerte, que era el Señor de aquel Caſtillo, y el mas valiente, y bravo Gigante de todos los que por aquella tierra ſe hallaban: y recibidas de Marteſia, que aſsi ſe llamaba, moſtrandoles mas Amor de lo que eſperaban; y admirada de vèr tanta hermoſura en ſu Caſtillo: deſpues que à una ſala las llevò, hizo que les truxeſſen de comer, y fueſſen ſervidas con mucho cuydado. Ellas no pudiendo comer bocado, le agradecieron mucho la corteſìa. Marteſia

(vien-

(viendo quan congoxadas, y afligidas eſtaban) les dixo anſi: En eſtremo me peſa, hermoſas Damas, de vueſtro trabajo: lo que yo puedo hacer, es, en quanto en eſte Caſtillo eſtuvieredes, en mi compañia (que creo no ſerà poco tiempo) hacer todo lo que en mi fuere, por cumplir con algo, de lo mucho que ſe os debe. Lo demàs dexadlo à la fortuna, que ſuyos ſon eſtos deſconciertos, y ella, que os quitò el bien, os puede bolver à la perdida felicidad. Conſolabanſe las Infantas, y Damas con las razones de Marteſia; principalmente con Tarpeya, que muchas caricias les hacia, que era hija unica del Gigante, y hermoſa (aunque de cuerpo Giganteo) y proporcionada, y agradable en todas ſus partes, y con

en-

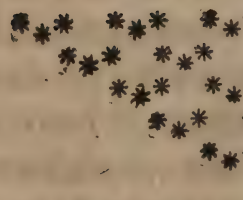
entrañas amoroſiſsimas acariciaba Cryſelia, que junto à sì èſtaba, y ella tambien ſe le aficionaba ſobre manera. Tarpeya alcanzò de ſu padre, que ningun Gigante entraſſe en la ſala donde las Infantas eſtaban, porque ſu viſta, y preſencia las amedrantaba mucho. Paſſaban los dias entre ſollozos, y lagrimas, conſolandoſe à ratos unas con otras, eſtando todas tan neceſsitadas de conſuelo, quanto ſe puede imaginar. Quiſo ſaber Eniſa de Tarpeya, que grandes amigas eran, como havia ſu padre ido à Lidaceli en aquella ocaſion? y ella le contò, que como la fama de los torneos havia llegado haſta aquel yermo, el Gigante havia hecho retratar à ſu Madre Marteſia, y ſaliò con intencion de combatir con Fortileo; y

co-

como llegò tarde, y supo que estaba ausente, havia intentado aquel hecho por industria del perfido Saglanio, que ha mucho tiempo, que con èl tiene estrecha amistad; quedò Enisa maravillada de saber tal cosa, y propuso luego en su animo de ir à buscar à Fortileo con ayuda de Tarpeya, que mas esforzada, que hermosa era; la qual no solo le prometiò franca salida, sino tambien su compañia. Dieron parte à sola Cryselia de ello; y armandose una noche Tarpeya, tomò dos cavallos, y dando el uno à Enisa subiò en el otro, y sin ser sentidas de nadie, se salieron por un postigo falso à la mitad de la noche, quedando aquellas señoras con grande cuydado por Enisa: y Martesia con mucho sentimiento,

por

por la auſencia de ſu hija. Conſolabala la Emperatriz quanto podia : Cryſelia no daba otro alivio à ſu dolor , ſino llorar , y ſuſpirar. Ayudabanle à eſto todas las demàs Damas , que no ſentian menos que ella el verſe cautivas. Do las dexarèmos bolviendo à Fortileo , à quien no cabia poca parte de la pena , que ſu Cryſèlia padecia.



LIBRO QUARTO.

DE CRYSELIA.

IBa Fortileo con tanta congoxa, por no hallar raſtro de lo que buſcaba, que ni palabra hablaba à Cardonio, que con el iba; ni reſpondia à propoſito à coſa que ſe le dixeſſe. Llegaron al caer del Sol à una puente, y al paſſar de ella (que junto à un Caſtillo eſtaba) hallaron dos Cavalleros, que valeroſamente combatian uno con otro, con admirable valor. El uno tenia pintada en ſu eſcudo una Fenix: el otro una Dama, rompiendo unos pedazos de cadena, que en las manos tenia: que luego conocieron ſer Dalmacio. Guſtò mucho Fortileo de vèr como lo hacia el Principe,

y se espantaba de vèr el estraño valor del Cavallero de la Fenix. Al cabo de gran rato, que mirando estuvieron el combate, Dalmaciò diò una tan gran cuchillada al Cavallero de la Fenix, que le rompiò el escudo, y visera, desarmandole (casi) la cabeza, que del mismo golpe quedò mal herido. Como los del Castillo vieron tan mal parado su defensor, por vengarle, salieron muchos peones à prender, y matar à Dalmacio, y con ellos diez Cavalleros bien armados. Dixo luego Cardonio à Fortileo, no conviene dexar passar adelante tanta villania, como los de este Castillo usan. Esperad, dixo Fortileo, veamos como se desembuelve Dalmacio, què gran gusto es para mi, verle menear las armas. En esto le havian cercado

al

al Principe los diez Cavalleros, y peones; de fuerte, que grande prieſſa le daban; pero en el poco tiempo tendiò tres Cavalleros en tierra, y de los peones ninguno ſe le llegaba, que no recibieſſe golpe. Andaba Dalmacio tan bravo, y deſembuelto, que los tenia atemorizados à todos. En eſto ſalieron otros muchos de refreſco dando voces, muera, muera: y fuerale impoſsible eſcapar con la vida de entre tantos; mas no pudiendo Fortileo, y Cardonio ſufrir tanta ſopercheria: ſalieron comenzando à hacer en ellos tal eſtrago, que bien conociò Dalmacio luego en los golpes, y ſu deſtreza, ſer Fortileo quien ſu partido tambien aſſeguraba. Tambien conociò à Cardonio en el brio, y armas, y cobrando animo bolviò

en sì de manera, que en breve eſpacio, de toda aquella chuſma, la mayor parte eſtaba en tierra, y los demàs huyendo en el Caſtillo: que figuiendo entrarõ todos de rondon en un patio, donde ſin ninguna reſiſtencia ſubiendo arriba, fueron recibidos de una vieja, que les ſaliò al encuentro, aplacandolos con grandes ruegos, y caricias, y huvo meneſter poco para que ellos aceptaſſen el ſervicio, que ſe les ofrecia, por la neceſſidad, que de deſcanſar tenian. Cenaron con mueſtra de regocijo de los del Caſtillo: y queriendo ſaber Fortileo la coſtumbre del de los Cavalleros; ningana osò decir palabra, porque eſtaban juramentados. Bien conociò Fortileo, que no de volutad, ſino forzados hacian aquella guarda.

Pre-

Preguntò el Principe Dalmacio, que el Cavallero de las cadenas se hacia llamar por el de la Fenix, y dixeronle, que mal herido estaba en la cama. Quisieronle vèr los Cavalleros en haviendo cenado, y yendole à visitar hallaron una hermosa Dama en el lecho, los cabellos esparcidos como finas hebras de oro; unos ojos garzos, y grandes, blanca como el cristal; en fin de tantas, y tan pefectas partes de hermosura, que el Principe Dalmacio, mirandola, estaba casi fuera de juicio. Acrescentabale la hormosura la enfermedad de la herida, y la gallardia, compostura, y honestidad del lecho. Tenia bestido un jubon de telilla de oro encarnado, y la cama guarnecida, con cubierta de damasco blanco, con pabe-

llon de lo miſmo, que todo era tan agradable à la viſta, que no ſe pudiera deſear coſa mas guſtoſa. Dalmacio llegandoſe à la cabecera de la cama le dixo anſi: Bien sè que no ay pena para manos tan facineroſas como las mias, ſi el dolor de mi alma no lo fuere: no ay juſto caſtigo para mi yerro, ſi el yerro no me diſculpa. Quitaràdes os, ſeñora, la viſera, que yo rindiera las armas, y me entregàra envueſtras manos, y no huvierades ſido cauſa de eſta deſgracia mia: Pero pues ſana no quiſiſtes de una viſta rendirme, enferma podeis matarme. La bella Fenicia, que en hermoſura, ſobervia, y eſſencion lo era, y havia tomado la Fenix por empreſſa: moſtrandoſe una en beldad, y esfuerzo, de eſta ſuerte reſpondiò: No entiendo

do, señor, vuestro lenguage: como Cavallero combatiste conmigo; y si mi suerte no fuera tan corta, vierades, que como Cavallero os resistiera hasta la muerte. Del pesar, que teneis de mis heridas, no os doy el agradecimiento; porque à la ley de Cavallero, obligado estais à no querer mas del rendido, que la afrenta del vencimiento: y à vos mas bien, que la gloria de el vencer. En toda suerte de guerra es es el vencimiento glorioso (respondiò Dalmacio) pero para estimar yo en mas mis fuerzas, quisiera haveros vencido en otra guerra. Siempre (dixo Fenicia) el que pelea le mueven esperanzas de quedar vencedor, y en essa guerra que decis, siempre huì las ocasiones de aventurarme, porque nunca pude tener es-

peranzas de vencer. Si eſſa batalla (dixo el Principe) es de el metal que la pintan: mucha razon teneis, porque ſuelen decir, que el que vence mejora el vencido: y vos eſtais tan lexos de ſerlo, como yo de venceros. Antes bien (replicò Fenicia) ſi eſſo es aſsi, venceis de todas maneras; pues por una parte quedaſte ſeñor del campo, y por otra os eſtais aora moſtrando tan ſujeto. No es (dixo Dalmacio) toda ſujecion de Amor victoria, ſino la de el que ſe rinde à quien la acepta, y por eſſo quan lexos eſtais vos de aceptar mi ſujecion: tan lexos eſtoy yo de ſujetaros. Preguntaronle los Cavalleros la cauſa de ſu eſtada alli. Eſſo no puedo decir (reſpondiò Fenicia) porque obligada eſtoy con juramento. Pero mi nombre

bre es Fenicia, soy Reyna de Candia, y como mi intento fuesse vivir en perpetua libertad, no casandome jamàs, y mis Vassallos me quisiessen compellir à ello, yo me he salido aventurera por el mundo, hasta que vine à dàr en este Castillo, avrà dos meses, y no sè si saldrè, segun la poca esperanza, que tengo de ello. En esto vinieron los del Castillo à avisar à aquellos Cavalleros, que era yà hora de reposar: y ellos se despidieron, y fueron llevados cada uno à su aposento. Fortileo se acostò con grandes imaginaciones, partiendosele el corazon de dolor, viendo quan poco rastro tenia de su señora, y lo poco que hacia, en semejante ocasion, en su servicio. Estando en este pensamiento, el trabajo del dia pudo tanto con èl, que con

gran-

grande canſancio vino à dormirſe. Dalmacio eſtaba embeleſado en la viſta de ſu Fenicia, que aunque auſente, tan preſente la tenia como quando hablaba con ella. Al fin ſin deſnudarſe ſe echò encima de la cama, do conſigo iba, y venia con el penſamiento, contemplando las partes (perficionadas de la naturaleza) de Fenicia; unas veces conſideraba los cabellos, que de rubios excedian à los rayos de el quarto Planeta: otras miraba, penſando tenerla delante, la eſpacioſa frente, en la qual le parecia, que Amor andaba jugando, y de ſu juego quedaban ligados los que le deſcubrian: De quando en quando reparaba en los ojos, dando tan vehementes ſuſpiros, que del alma le ſalian; y conſiderando en ſu reſplandor,

dor, y claridad, venia à concluìr, que en qualquiera eclypſe de Apolo (viviendo Fenicia) el mundo no quedaria ſin luz; pues en lugar de uno, ſus ojos ſervirian de dos lucientes ſoles. Ay Fenicia (decia) quan vivo es el tormento de tu beldad: quan raro el valor de tu hermoſura! quan exquiſito es tu esfuerzo! quan peregrina tu libertad! quan ſobervia tu altivèz! quan ſolo ſoy en morir como muero! y quan ſingular en ſer exemplo al mundo de deſventuras: las cadenas de mi empreſſa (que rotas eſtàn) bien las ha ſoldado tu viſta, y que enteras eſtàn en manos de la libertad; pues tu la tienes tanta para mi ſujecion, como yo pensè tenerla en los caſos de mi amor. Eſto decia Dalmacio, quando en la Camara de Cardonio, que junto

à

à la ſuya eſtaba, oyò una voz, que decia: Con tal traycion cobardes fementidos, quereis obligarme à condiciones tan villanas? y luego oyò otro gran ruìdo en el apoſento de Fortileo, Saltò Dalmacio (que veſtido eſtaba) en tierra, y tomando la eſpada, y eſcudo, que conſigo ſiempre tenia, abriò la puerta al punto, que por de fuera la querian abrir mas de veinte armados, para tambien prenderle. Dalmacio los cogiò de ſobreſalto, haciendo en ellos tal riza, que ninguno ſe atreviò à eſperarle. Antes bueltas las eſpaldas, ſe retiraron, los que aun no havian caydo à ſus pies, àcia un corredor, do viò à Fortileo, que atado, y en camiſa le tenian muchos Cavalleros en guarda. Y viendo eſta traycion, fuera de sì, como un

bra-

bravo Leon, diò sobre ellos sin esperanza de vida, y se rebolviò entre ellos de manera, que los traìa todos desatinados. Pareciòle à Fortileo que no era tiempo de estàr assi, y llegando à uno, que herido en tierra estaba, con las manos atadas atràs, le puso el pie en la garganta fuertemente, diciendole, que le acabaria de ahogar, si no le desataba, ò cortaba los lazos con la espada, que junto à sì tenia, el herido con miedo de la muerte se los cortò; y viendose el Principe suelto, asiendo la espada, comenzò à golpear de manera con los que con Dalmacio combatian, y mal herido le tenian, que en poco tiempo no huvo quien les resistiesse, y ansi determinado de destruìr el Castillo à la luz de algunos blandones, que por

las

las salas ardian, fueron matando quantos del Castillo havia, y fue facil cosa, porque muchos Cavalleros, que estaban alli presos con homenage: les dieron noticia de los rincones, y escondrijos de èl, hasta que amaneciendo hallaron à Cardonio, qne en toda la noche no havia tenido menos que hacer que ellos: antes por ser solo, mucho mas. Havia mucho que Enisa con Tarpeya, siguiendo sus jornadas, iban en busca de Fortileo: Un dia, pues, antes de salir el Sol, llegaron à vista de una hermosa Ciudad, que de un alto dende, poco mas de dos millas se descubria: Tarpeya, enamorada de vèr tanta belleza, dixo à Enisa: Has visto, amiga, en tu vida cosa de mas magestad? Yà he (respondiò ella) estado muchas veces en ella.

ella. Esta es Barloneza, aquella famosa Ciudad, que Hercules fundò, en las faldas del celebrado Monte de Jupiter, que es aquel, que vès à mano izquierda, en el qual la Torre, que se divisa en medio, dà noticia à la tierra de las velas, que el mar atraviessan, y porque si entro me avria de detener algunos dias, passarèmos de largo, pues la priessa que llevamos no nos dà lugar para hacer otra cosa, y para que nos detengamos mas, que en las otras Ciudadrs? Preguutò Tarpeya. Para què? para visitar à la bella Noemi: respondiò Enisa. Y por què mas à ella que à otra? (dixo Tarpeya) no dixeras mejor, que para enseñarme los Edificios, y Templos curiosos, si algunos ay? Muchos ay (dixo Enisa) y aunque maravillosos, de

tan

tan buenos avràs viſto en las demàs Ciudades, que havemos paſſado. Pero tan rara hermoſura como la de Noemi: no la avràs viſto en ninguna parte, ni la veràs, porque no la ay en la tierra: Yo te prometo, que ſi en tiempo de la gentilidad huviera nacido, que no le huviera faltado Templo como à la Dioſa, deſpues de ſu muerte: y no digo que quitaràn à Venus el blaſon de hermoſa Dioſa, porque à ella eſtuviera muy mejor. Por cierto, que me haces ir abobada, eſperando en què ha de parar tanta exageracion (dixo Tarpeya) porque ſi me lo dixera algun hombre pensàra que eſtaba prendado de eſſa Dama, y que para èl no huvieſſe otro Dios, pues los que aman de veras, todo ſu bien, ſu alegria, ſu regocijo, ſu con-

ten-

tento, su placer, y aun su gloria, y Dios, es la cosa amada. Assi que si me lo dixera amador no me espantàra; pero que tu me lo digas, quedo espantada, pues forzosamente tengo de creer ser verdad, no tanto por ser tu quien lo dice, como que me lo diga una muger, que en esta materia pocas son las que conocen la verdad, à lo menos yà que la conozcan no la confiessan. Mas abobada, y aun agraviada me tienes tu con tus razones, (respondiò Enisa) pues muestras en ellas en quan poco estimas las mias, que parece las quieres notar de lisonjeras; pues à fe que las puedes creer, y que no son exageraciones, como tu dices, sino verdades puras, pues las afirmo: y mas te digo, que he dicho poco, segun en ella ay que decir.

Porque à mas de ſer hermoſa, es por eſtremo diſcreta, prudente, ſabia, afable, honeſta; y ſobre todo virtuoſa: pues mira ſi es digna de alabanza, muger de tanta perfeccion. Por cierto, que me has hecho agravio (dixo Tarpeya) en dexar de entrar en eſſa Ciudad, que tan rica joya ha producido, y tiene, gozando de lo que merece ſer comunicado à todo el mundo. Calle (reſpondiò Eniſa) que ſi Dios dà buen ſuceſſo à nueſtro viage, bolverèmos à verla, que ni agora nos daba lugar el tiempo, ni la congoxa de nueſtros corazones (ſi es que ſientes lo que ſiento) ſufre tomar aora contento. Con eſtas, y otras razones, proſeguian Tarpeya, y Eniſa ſu camino. En eſte medio iba Dalmacio muy ufano, por haver ſacado del

Caſ-

Caſtillo (deſpues de tanta ruìna) à Fenicia , ſin otra compañia , que aquella de ſu Eſcudero , penſando eſtàr muy ſeguro de ſu Amor , y por eſte medio gozar los deſpojos de la batalla ; pero ella deſpues de algunas razones le hablò de eſta manera : Si quieres , Dalmacio , por premio del Amor que me tienes , una voluntad , que no te debe ninguna coſa en igualdad , ſi te contentas amando con ſer amado : creerè , que yà tienes todo lo que tu deſeo puede pretender? mas ſi eſperas mas que la pureza de ella, ofendesla , y pones à rieſgo perderme para toda tu vida. Agradeciòle Dalmacio la voluntad , que decia tenerle ; pero como èl tenia yà el deſengaño de lo que pudiera pretender : aunque ſe moſtraba alegre en publico,

tenia dentro un interno dolor, que las entrañas le raſgaba. Llegaron à un prado, que algunos arboles tenia, y como era noche, y havian caminado à prieſſa, el canſancio les hizo que apeandoſe, ſe apartaron algun tanto, de la ſenda por donde alli havian venido, y ſe puſieron à repoſar: y eſtando Fenicia repoſando ſintiò un grande tropèl de cavallos; armòſe, y ſubiendo en el ſuyo, fue à aquella parte por vèr lo que ſeria: y tal fue la ida, que nunca mas bolviò. Deſpertò el Principe al ſalir del Sol, deſpaborido con el ſueño, que le parecia, que ſu Fenicia, buelta en el Ave, que llaman Fenix, comenzaba à batir las alas, y apartandoſe de èl ſe iba por los ayres encumbrando. Deſpertò, pues, Dalmacio con eſte ſobreſalto, y vien-

viendose sin su Fenicia comenzò (maldiciendo su suerte) à buscar su cavallo, que pasciendo andaba, y dando prisa à su Escudero, comenzò su camino con mucha congoxa, por alcanzar à Fenicia, que muy lexos, y por exquisitos caminos se havia apartado: Iba consigo blasfemando de las mugeres Dalmacio, diciendoles cien mil agravios, llamandolas ingratas, inconstantes, falsas, fingidas, importunas, pesadas, maliciosas, crueles, faciles, livianas, dobladas; buenas para el mal; malas para el bien inclinadas, à destruir, perezosas à favorecer, lijeras al yerro, tardias à la enmienda. O muger (decia) instrumento de males, casa de pecado, fuente de desgracias, escuela de maldad, jardin de desdenes, mar de tristezas, vaso

de inclemencia, puerto tempeſtuoſo, eſcala de malicias, corona de tormentos, milagro de deſconciertos; y finalmente muerte verdadera, y infierno perfecto. Su Eſcudero le reſpondiò, porque en general decia mal de las mugeres, à lo que reſpondiò Dalmacio: perdonneme las buenas; pero tù prueba què coſa es deſdèn, y deſpues me oconſejaràs. En efecto, con tanta colera iba, de la cantonada, que Fenicia le havia dado, que no havia muger para el de valor, que no culpaſſe por entonces. Con eſtos penſamientos llegò al medio dia, ſin penſar, à la Torre de acero, que por otro nombre llaman el Caſtillo del Repoſo, habitacion deleytoſa de el ſabio Salvage; viendoſe cerca, maravillado de la hechura de èl, y que ſin

puer-

puerta, ni ventana eſtaba, ſe parò à mirarle muy eſpantado de vèr coſa tan hermoſa. Y eſtando aſsi ſe abriò por medio, y èl, y ſu Eſcudero ſe hallaron dentro, ſiendo recibidos de el ſabio Oſyrio con mucho contento. Luego hizo que comieſſen, y al fin de la comida comenzò el ſabio à levantar propoſito, de el mal, que en el mundo hacian las mugeres: con intencion de que el Principe (con la colera que tenia) dixeſſe de ellas, lo que èl ſabìa havia dicho por el camino. Fue meneſter poco para incitar à Dalmacio, que comenzò à decir muy peores coſas, de las que dicho havia, quando hallò menos à Fenicia. Sonreìaſe el ſabio, y por darle contento, hizo, que dos bellas ninfas (forzadas de èl, aunque mugeres) con ſen-

dos laudes cantaſſen lo ſiguiente:

Marcilia.

Peſte en la tierra deſtruicion primera,
Mugeres para nueſtro mal nacidas,
Rabia inſaciable, ponzoñoſa, y fiera.

Letula.

Salud del mundo, gloria de las vidas,
Alivio del trabajo, al amor repoſo,
Por nueſtro bien al mundo producidas.

Marcilia.

Vaſo de maldicion, y ponzoñoſo,
Sujeto de mudanza, deteſtables:
Potro del alma, duro, y congoxoſo,

Letula.

Corona de los hechos memorables,
Heroyco, y dulce premio en las hazañas,
Por mil razones caras, y agradables.

Marcilia.

Crueles, y de perfidas entrañas,
Inconſtantes, cobardes, impacientes,

De

De mil ſinieſtros, fraudes, y marañas.

Letula.

Daphne, Camila, Porcia, que excelentes,
Se moſtraron, y otras mil con ellas,
Lucrecia eternizada entre las gentes.

Marcilia.

Medea, Progne, y Anaxarte bellas,
Y las crueles hermanas, que mataron
Sus eſpoſos: tambien iràn con ellas.

Letula.

Sophonisba, Canſandra, y Lelia honrarõ
Sus patrias, y ſus nombres, q̃ aun oy dura,
Y al mundo con ſus hechos aſſombraron.

Marcilia.

Una fiera Theſalia aſpera, y dura,
Semiramis cruèl, libidinoſa,
Bien infame dexaron ſu hermoſura.

Letula.

Ay eſtremo de mal en toda coſa
Como de bien, y aſsi por no canſarme,

No

No te quièro eſcuchar tan riguroſa,
Que al fin eres muger, y has de acabarme.
Guſtò mucho Dalmacio de oìr el contraſte de las Ninfas, y haviendo acabado ſu canto, èl ſe deſpidiò de el ſabio, el qual le diò muy firmes eſperanzas, de que ſu mal tendria remedio. Deſpidiòſe, pues, Dalmacio, y hallandoſe fuera del Caſtillo, tomando ſu camino guiado de la ventura. Le dexarèmos, por acudir à Raxadelio, que deſpues de haver ſanado de ſus heridas, con mucho cuydado de la hermoſa Niobe, ſe armò, y partiò, con intencion de gaſtar ſu vida en ſola aquella empreſſa. Truxole ſu ſuerte à un lugar deſpoblado, por el qual deſpues que huvo andado un buen rato, viò en un ameno prado quatro hermoſas Damas, que con otra mu-

cha gente de ſervicio, y con diez Cavalleros de guarda eſtaban. Las Damas aun no le havian bien viſto, quando hicieron ſalir un Cavallero al encuentro, pueſto à punto para pelear: el qual como à èl llegò, anſi le dixo: Peſame, Cavallero, de juzgar en vueſtro roſtro, menos fuerzas, y corazon, que la preſente ocaſion os pedia: haveis de ſaber, que eſtas quatro Damas ſon del Principado de Saltiberia, las mas hermoſas, y principales: La una ſe llama la Infanta Adelinda: La otra, la Duqueſa Pacidia: La tercera, la Condeſa Clariſa: La quarta, la Varoneſa Claridonia. Eſta es la mas hermoſa, y aviſada de todas. El Principe Fisberto de Salidonia las ſirve, y ama igualmente à todas quatro, y por hacerles algun

gun servicio, ha dos meses, que las tiene en este passo, à pedimento de todas quatro, esperando los Cavalleros aventureros; los quales, ò por fuerza, ò de grado hace que queden en la defensa de estas señoras: y en este espacio de tiempo ha vencido nueve: y si acaso èl fuere vencido, el vencedor ha de tomar su defension à cargo, llevandolas por donde ellas quisieren ir, hasta que se cumpla el plazo de un año. Riòse mucho Raxadelio de la empressa de Fisberto, y dixo, que si escusarse podia la batalla, holgaria mucho por la priessa que llevaba en cosas, que mucho le convenian. No podeis escusarla (dixo el Cavallero) sino dexando las armas, y cavallo, y no me pareceria mal consejo, segun os veo flaco, y descolorido.

Peor

Peor es el que me dais (reſpondiò Raxadelio) que no puedo ir à pie, ni quiero ir ſin armas, y diciendo eſto pidiò el yelmo à ſu Eſcudero, y armado ſe puſo à eſperar el Cavallero, que yà havia tomado de el campo lo que le baſtaba para el encuentro: y apenas ſe huvieron encontrado, quando del primer golpe cayò en tierra, quedando Raxadelio como ſi ninguna coſa huviera hecho. Otros quatro derribò, ſin quebrar mas de una lanza, que arrojando los pedazos le fue proveìda otra con grande admiracion de los que le veìan, con cara de tanta flaqueza, hacer coſas de tanto esfuerzo. El quinto, lo poco que durò en la ſilla fue aun de mas admiracion, por ſer tenido por muy esforzado entre aqueſſas ſeñoras; las qua-

les

las quales ſe iban aficionando en eſtremo à Raxadelio, admiradas de tanto valor, le alababan, diciendo, no haver viſto mayor esfuerzo de Cavallero. No pudo ſufrir Fisberto tantas alabanzas de el eſtrangero en ſu preſencia: y armandoſe ſaliò al encuentro à Raxadelio: Deſpues de haver quebrado tres lanzas, echaron mano à las eſpadas, dandoſe terribles golpes; pero en breve eſpacio, cerrando Raxadelio con Fisberto, le ſacò de la ſilla, aſiendole de el eſcudo, y diò con èl en tierra: Saltando luego del cavallo, le puſo la eſpada en los ojos, para que ſe rindieſſe. El lo hizo, y ſubiendo en ſu cavallo, ſe fue ſin hablar palabra, como hombre deſeſperado. Quedò Raxadelio con las Damas, que mucho ſe holgaron, y prin-

principalmente Claridonia, la qual llegandose à èl assi le dixo: Tenemos, señor, en mucha dicha, qne haviendo perdido tal defensor como Fisberto, os cobramos à vos, cuyo valor bien se ha mostrado en las hazañas de oy, y confiamos mucho, que si èl, como noble Cavallero, guardaba su promessa, vos como valeroso, cumplireis las leyes de la batalla, y las que pide la cortesìa, que todo Cavallero debe à las Damas de vuestras prendas: Lo que agora conviene, es, que os desarmeis para tomar el refresco, y reposo, que tanto vuestra salud, y el trabajo de oy ha menester. Agradeciòles mucho Raxadelio la fiesta que le hacian, y ofreciendo su persona al servicio de todas: se desarmò en una tienda, que para Fisberto estaba apa-

rejada, y deſarmado ſaliò à tomar el refreſco, con el qual las Damas le eſtaban eſperando. Pero dexemosle deſcanſar, y hablemos de Fortileo, que yà parece nos deſcuydabamos. Partido del Caſtillo Fortileo con Cardonio, no podia repoſar en parte ninguna, viendo que no podia hallar raſtro de lo que buſcaba. Andando, pues anſi, por un montañoſo deſierto, vinieron à dàr à la boca de una obſcura cueba, donde ſintiendo muſica ſe llegaron, y oyeron, que aſsi cantaba.

Muero en obſcuridad, y el alma mia
No quiere vèr la luz, que la aboreſce:
Aqui paſſo la noche, y paſſo el dia,
Y nunca Amor de mi ſe compadeſce:
Yà no quiero, ni deſeo alegria,
Ni el alma ſiente yà lo que padeſce;

Y si de estàr assi el mal gustàra,
Yo por ser gusto suyo me alejàra.
No ay para mi descanso, ni reposo,
No ay alivio del mal, que me atormenta,
Y solo por no hallarle receloso,
Nunca del pensamiento el mal se ausenta,
Lijero à qualquier mal, y perezoso
Al bien, que tanto yà se me presenta:
Tengo tan estragado el gusto, y pecho,
Que temo mas que el daño su provecho.
Oy resucito, oy dexo de ser hombre,
Oy muero, oy vivo, oy caygo, oy me levanto:
Quien avra, que de verme no se assombre,
Pues yo mismo de verme tengo espanto?
Yà remato con obras, y con nombre,
El hombre viejo, oy lloro, oy rio, oy canto,
Oy maldigo mi vida, y la atormento,
Oy temo de perderla, oy me arrepiento.
Si al punto que te vi, ay Noemi bella,
El alma hiciera pausa en su jornada,

Acabàra el dolor alli con ella,
Y no fuera de ti tan mal tratada:
Quiſiſte de una vez ſolo perdella,
Y que nunca mas fueſſe remediado:
Caro me coſtò el verte, mas caro
De tu viſta me coſtò yà el reparo.

Haviendo acabado de cantar, el que dentro eſtaba, quiſieron Fortileo, y Cardonio entrar; pero atajòles el camino, la codicia de oirle razonar entre sì con grandiſsimas lagrimas, que derramaba, y decia: Ay deſdichado Ragaci, y como fueron en vano tus ſervicios, ay, y como mereciſte el mal, que aora padeces. Como compraſte caro un punto de placer, pues lo pagas con tanto trabajo. Ay bella Noemi, donde eſtàn los favores, que me hacias? Donde las eſperanzas, que me dabas? Mal aya yo, que en

ellas

ellas confiaba, y mal ayas tu, pues con ellas me entretenias: què me aprovecharon tres años de servirte, passeando la calle de dia, y rondandola de noche? De què poner à peligro mi vida, en justas, y torneos, si tan mal me havias de tratar? A lo menos yà que me dexabas, miràras à quien tomabas. Por ventura viste en èl mas firmeza que en mi? No: pues no tuviste tiempo de conocerle, viste en èl mas gallardia? No: pues yà se despide, ò por mejor decir le despide el mundo por inutil: yà sus cabellos son canos, su frente arrugada, las cejas blancas, los ojos sin luz, la nariz corba, la boca negra, los labios sin color: los dientes caydos, las muelas no las tiene, la barba granada; pero no para granar: al fin toda

ſu cara mas parece compueſta de raìces, que no de carne. Dì, en què te agradò tal monſtruo? Y nada de eſto miraſte? Conſideraſte, (ò necia, ò malicioſa) ſi podrias vivir quieta! Teniendo ſiempre à tu lado una muerte? Pero ay, que no ſerà tuya la culpa, ni tal me perſuado. Ay hermoſa Noemi, quien no llora conmigo? Y quien no tiene laſtima? Quien ay, que tal aya viſto? Què ſe enamoraſſe la vida de la muerte? La ſuma hermoſura, de la ſuma fealdad? La gallarda juventud, de la canſada vejèz? Dos contrarios tan unidos! quien jamàs los viò? No digo otra coſa, ſino que te tengo laſtima, y es tanta, que ſi la mitad me tuvieſſe à mi la muerte, yà me avria quitado la vida. Y aunque canſado de los lloros, y ſuſpiros,

tomò ſu inſtrumento, y con canſada voz aſsi dixo:

Mal empleada, Noemi, qual ventura,
Tal eſtrella cubriò con tal ñublado?
Por què piſa tal flor pie tan peſado?
Y un toro ariſco paſce en tal verdurà?
Es que fortuna embidia tu hermoſura,
O Amor de tu aſpereza eſtà indignado?
O es porque el ſayal ſaca el brocado,
O al fin no aya beldad ſin deſventura?
Deſdicha grande fue, pues engaſtaſte
En yerro tu Diamante, y te veſtiſte
Sobre tal ſeda, paño tan groſſero.
Mas ſi al que tal belleza le entregaſte,
Tambien del corazon ſeñor le hiciſte,
Serà mayor deſaſtre que el primero.

Callò Ragaci, y en eſto entraron Fortileo, y Cardonio, que viendole tan macilento, y flaco, quedaron por eſtremo eſpantados. Como èl los viò

turbòſe eſtrañamente : ellos le preguntaron , como alli havia venido, diſsimulando haverle ſentido hablar. Puſo Ragaci los ojos en ellos , y viendo como iban armados , luego pensò ſerian Cavalleros , y aſsi les reſpondiò : Aveiſme preguntado , nobles Cavalleros , como aqui he venido: Haveis de ſaber , que por huìr de el mundo me vine à meter en eſta cueba , la ocaſion es , que por algunos ſervicios , que le hice , me ha pagado muy mal por medio de la bella Noemi , y aſsi no querais ſaber mas , y callò. Bien quiſieron ellos conſolarle ; pero vieron ſeria por de mas , y aſsi ſe ſalieron. Al caer del Sol llegaron à un Caſtillo de hermoſa viſta. donde fueron hoſpedados del dueño de èl , con mucho contento. Dieron-

les

les de cenar esplendidamente, y reposaron alli aquella noche: à la mañana el Castellano mismo levantandose les fue à dàr de vestir; y poniendoles la mesa, èl les sirviò hasta el acabar, y alzar de ella. Despues sentandose en una silla, con un grande suspiro, assi comenzò à hablar: Yà veis señores, con quanta voluntad os sirvo, y quanto deseo he mostrado de poderos contentar; sabeis tambien como à ley de buenos Cavalleros, teneis obligacion de vengar los agravios, y sinrazones, que se hacen à los pocos poderosos, tan cruèl, y tyranicamente, como à mi se han hecho. Sabreis, que tres leguas de aqui està el Castillo de los Cuervos, y el señor de èl es un Gigante de cruèl naturaleza, que Corverin el cruèl se llama, donde di-

cen, que eſtàn encerradas la Emperatriz, è Infantas de Lidaceli, con otras ſeñoras de real eſtado: El qual ufano con eſta preſa, ha cobrado tanto animo, que todo el contorno de ſu maldita, y aſpera morada và ſujetando, y trayendo por fuerza à ſu Señorio, y homenage, con intencion de coronarſe Rey. Havrà dos meſes, que en compañia de cien Gigantes de los ſuyos, y otros muchos Cavalleros, y peones, me ha tomado lo mejor de mi Marqueſado, que llaman el Valle Ameno, por ſu freſcura, y fertilidad: Haciendoſe Señor de veinte poblaciones mias, y deſpojandome de ellas por fuerza de armas, trayendome à tanto eſtrecho, que ſolo eſte Caſtillo me ha quedado, donde me amenaza à menudo; y lo que mas ſiento, es,

que

que à una hija de veinte años, doncella, y hermosa (à quien yo, como à mi queria) me ha llevado por fuerza, aunque, segun me dieron relacion, ella està muy contenta en servicio de la Infanta Cryselia, que es la mas pequeña de las Infantas de Lidaceli, de estremada hermosura. Prometiòme, que si yo, con otros dos, queriamos venir à batalla con èl: si le vencièssemos, èl me bolveria tierras, y hija. El es cruèl, y esforzado, y si à mi me ayudàra la edad no esperàra compañia; pero yà mis fuerzas no me dexan entrar solo en batalla. Agora he visto en vuestra disposicion, manera de esforzados Cavalleros: y confio, que si los dos me ayudais hemos de tener victoria. Mientras decia esto, le corrian por las mexillas infinitas lagri-

grimas, tanto, que mojaban ſus ve-
nerables canas. Holgaronſe por eſ-
tremo Fortileo, y Cardonio de ha-
ver (donde menos penſaban) halla-
do nuevas de tanto ſu guſto. Y ſin ha-
blar mas le dixo Fortileo, que ſin ar-
mas ſubieſſe en ſu cavallo, ò ſi las que-
ria llevar, no imaginaſſe havia de pe-
lear ſi la fortuna en todo no les fueſſe
adverſaria. Eſpantòſe el Marquès del
Valle Ameno, de la mucha prieſſa de
Fortileo. Hizo preſto aderezar lo ne-
ceſſario para la partida, y partieron-
ſe llevando algunos Eſcuderos para ſu
ſervicio; tomaron el camino del Caſ-
tillo de los Cuervos, donde los dexa-
rèmos, y vamos à Tarpeya, que con
Eniſa ſiguiendo ſu camino, llegaron
al prado, donde las Damas eſtaban
con Raxadelio, que las guardaba: y,
ape-

apenas huvo saludadolas, quando de su tienda saliò para armarse: mas Enisa le conociò, y èl à ella: y haciendose grandes caricias, y fiestas, aunque, con lagrimas: algunas de regocijo, y otras de lastima de sus desgracias. Preguntò Raxadelio por su Niobè, y Enisa le dixo donde estaba: y como ella iba buscando al Principe Fortileo, y algunos de los Cavalleros de Lidaceli para libertarlas. Raxadelio le dixo que le guiasse, que èl esperaba en Dios alcanzar, lo que Fortileo con su presencia alcanzàra. Enisa, que deseosa estaba de bolver à su señora, con tal defensor, se determinò à hacerlo, y assi despues de haver reposado, tomaron su camino para el Castillo de los Cuervos. Anduvieron todo aquel dia sin hallar cosa, que notable fuesse, hasta dàr al

caer de la noche en un valle, do ſe pu-ſieron para repoſar, y eſtando aſsi todos vieron, que àcia alli venia un Cavallero, y que cerca de aquel lugar queria paſſar la noche. Eniſa ſe fue poco à poco (por no ſer ſentida) àcia èl, y pueſta en parte do no podia verle, eſcuchò, que aſsi decia: Ay miſerable ſuerte, y como me acompañas de veras! Ay Fenicia cruèl, y como me matas de eſpacio! Ay deſdichado Dalmacio, y como mueres ſin remedio! Mas que culpa tiene Fenicia de mi locura, y atrevimiento? Y què culpa tengo yo de lo que Amor ordena? Què culpa tiene Amor de el deſcuydo de mis ojos? Mas què culpa tienen mis ojos de la tyranìa de la hermoſura de Fenicia? Què culpa tiene la beldad de Fenicia, de la elec-

cion.

cion de mi voluntad ? Què culpa tiene mi voluntad de la fuerza de su vista ? Què culpa tiene su vista de la determinacion de mi suerte ? Mas si en ninguno hallo culpa , de quien me podrè quexar ? Dichoso el mal , que tiene consuelo (si quiera) en la verdad de quexas. Estraño el dolor , que ha de ser , no solo padecido , pero aprobado. Ay Dalmacio , quan en poco tiempo diste el diezmo de tus libres gustos : y desapasionados contentos. En esto , Enisa puesta en pie, no pudo disimular mas , y assi se llegò à èl diciendo : Ay Principe Dalmacio , grandes son las desventuras , y trabajos , que en la mayor felicidad han venido por todo nuestro Imperio. Mirad donde està Enisa , y adonde queda mi señora la Emperatriz , è

In-

Infantas. Ved por donde andan Cardonio, y el de Saronia, Fortileo no parece: no ay nuevas de la Fuente viva, y todos los nueſtros andan con adverſidad. Eſto decia Eniſa con grandes lagrimas, y ſiendo conocida por Dalmacio, la conſolò, y prometiole de no dexarla haſta el Caſtillo de Corverin el fuerte, donde le dixo Eniſa, que eſtaban la Emperatriz: Supo tambien, como en compañia de Eniſa venian, Adalinda, y las otras Damas, Tarpeya, y Raxadelio, que no fue poco contento para Dalmacio. Llegò el Alva, y reconociendo el Principe aquellas Damas, fue grandiſsimo el contento de todos, y en particular de Raxadelio, que luego con entrañable amor le fue à abrazar. Hicieronle todas muchas caricias con

gran-

grande regocijo, y Adalinda viendole tan hermoso, se le aficionò por estremo, y èl à todas ellas cobrò una voluntad muy rendida. Fueron el dia caminando hasta la siesta, que reposaron, y comieron, siempre en una agradable conversacion, y cayendo el Sol prosiguieron su camino. Enisa, que discreta era, dixo assi à Dalmacio: Grandes son los desatinos de amor; y si como son grandes fueran conocidos, no quiero creer, que fuera tan absoluto en su tyrania. Yo veo, que èl se os entra por los ojos à veces, y à veces por los oìdos, y que ni los ojos valen, para que mirando sus males en agenos duelos escarmentar: ni los oìdos oyendo los trabajos de los rendidos, pueden escapar los mas libres de sus cadenas. Mientras Enisa

decia

decia eſto, ſe fue Raxadelio dando alcance à un cerdoſo javalì. Reſpondiò Dalmacio: Aunque todo lo que decis ſea verdad, no carece el decirlo agora, de algun myſterio. Por cierto, ſeñor, el de vueſtro eſcudo me truxo eſto à la memoria, eſſas cadenas, que agora enteras vàn en manos de eſſa Fenix, en otras manos las vì yo bien rotas, y deſpedazadas, y ſi la empreſſa no deſmiente vueſtras paſsiones: como ella ſe mudò, ſe mudaron ellas. No quiero ſaber de vos en eſte particular coſa ninguna, que en materia de Amor aſsi como los quiero conſtantes, los deſeo avàros, y ſecretos; pero huelgome en eſtremo, que la libertad, y eſſempcion, con que os reìades de quien yo sè: ſe aya ido, y dado lugar à los ſollozos,

y

y lagrimas de agora, que segun yo os veo el rostro, mas deben de ser, las burlas de entonces. Sonrieronse las Damas de vèr à Enisa como daba matraca à Dalmacio, y gustaba de vèr el sufrimiento, con que el le concedia todas aquellas cosas, que por verdades (como en efecto eran) las tenian; el qual assi le respondiò: No sè, avisada, y bella Enisa, de qual me averguence mas, si del mal, y sujecion de agora, ò del bien, y libertad de entonces. Mucho estimo mi perdicion; pero estimola en tanto por lo mucho que me cuesta. Dulce cosa es la libertad; pero los gustos de amor son sin pareja: gran dicha es vivir el hombre sin cuydados; mas los pensamiẽtos amorosos, bien se aventajan à todo el descanso del mundo. Si nas-

cimos por amor, y vivimos por amar; el que no ama no vive, y el que no muere amando, no puede decir que goza de perfecta vida. Algun tiempo me pareciò locura amar: y agora me parece loco el que ama; pero tengo por infelice el cuerdo, que de tan acertada locura se priba, y por dichoso el loco, que en tan dulces desatinos debanea. Aquellas cadenas quebradas antes de juntarse, bien fueron indicios, que fueron pedazos, que con division Amor forjaba, para juntarlos despues en la fragua, donde agora arde contento mi corazon. Adalinda, que hasta alli havia callado, buelta à Dalmacio dixo: Espantada estoy, Principe, que siendo Maestro, y acuchillado, hableis tan visoñamente en las cosas de Amor: que ha-

hagais solo un estado de los muchos, y diferentes, en que èl suele poner sus martyres. Amores ay, que son gloria, y amorés, que son tormento: amores ay, que son vida, y amores, que son muerte: amores ay, que asseguran, y amores, que desengañan. El amante ausente suspira; el zeloso rabia; el desdeñado desespera; el olvidado desatina, y el caìdo agoniza. El presente vive; el seguro goza; el favorecido espera; el regalado contempla, y el encumbrado triunfa. Mirad, pues, tanta diversidad de suertes, como Amor hace en su juego, si puede haver una sola, y determinada sentencia. Diò Dalmacio un suspiro, diciendo: No soy tan poco diestro en el arte, hermosa, y discreta Adalinda, que mi razon aya sido tan à ciegas, como

vos la juzgais : mas como ya sea el que oy està entre essas suertes en la desesperacion , y en ella aun hallo alguna manera de suavidad , y un amar mi tormento, y aprobar mi pena, con temor de verme fuera de ella : Juzgo, que pues en tan miserable estado , dà Amor oro al amargo acibar , y hace dulce el veneno de sus passiones , que en los mas sufribles usarà de esta suavidad con ventaja. Porque de mi sè decir , que no juzgando haver mayor dolor , que el que passo , no trocàra mi estado presente , por el que me traìa ufano hasta el tiempo de agora: con estas , y otra razones passando su jornada , llegaron à un valle de mucha frescura. Havia un hermoso Delfin en medio de èl, hecho de un bronce finisimo , y de la boca le salìa una

cau-

caudaloſa Fuente: Diòle a Dalmacio gran deſeo de beber, y bolviendo las riendas al cavallo ſe llegò, y inclinandoſe ſe le deslizò el eſcudo de ſuerte, que caìdo en el pilon, donde el brazo de agua daba, ſe ſumiò con la furia de la corriente, dando mucha pena al Principe, por ſer en tal ocaſion, que yà cerca del Caſtillo de Corverin le parecia eſtàr. Pero como iba con exceſsiva ſed, puſo la boca al caño, y bebiendo grande copia de agua, que dulce, y ſabroſa le parecia, ſe le fueron los cuydados de Fenicia de la memoria, de ſuerte, como ſi nunca la huviera viſto: y levantando la cabeza viò detràs de el Delfin un padron con unas letras, que aſsi decian.

Del Delfin nace el olvido,
Porque eſta Fuente ſabroſa,

Mata la llama amoroſa:
Dichoſo el que la ha bebido.

A eſte tiempo yà havian llegado las Damas à la Fuente, y con ellas Raxadelio, que viendo el padron, quedò mas admirado, que ellas, del ſuceſſo de Dalmacio: aſsi de la pèrdida de ſu eſcudo, como de verle el color tan encendido, y vivo, y la hermoſura ſe le havia acreſcentado notablemente con aquella agua. Y preguntandole Eniſa, què ſentia? Reſpondiò, que ſolo un deſeo de ſervir à todas las Damas, que en ſu compañia venian; y que nunca tan dulce agua havia bebido, ni tan alegre havia ſentido ſu corazon. Pues còmo os olvidais, dixo Adalinda, de los ſuſpiros, y apaſsionadas razones, que no ha media hora que nos dixiſtes? Ni de lo uno,

reſpondiò èl, ni de lo otro me acuerdo, ſolo me peſa, que no eſtamos en parte donde os pueda regalar: y yo pueda proveerme de un eſcudo; porque el mio me hace mucha falta: Y la empreſſa (dixo Placidia) llevòſela la preſa del agua, y à mi me quitò de la prieſſa en que eſtaba el corazon. Eſpantados eſtaban todos de la ſubita mudanza, y de la eſtraña virtud de aquella fuente. Y yendo ſu camino, burlando de las mudanzas de fortuna, y las variedades de los caſos de el mundo: les anocheciò en un muy deleytoſo prado, donde un Caſtillo eſtaba de mucha antiguedad. Fueronſe àcia èl, y vieron echada la puente; paſſaron adelante, y hallaron el poſtigo abierto, entrando no vieron perſona alguna abaxo: ſubieron,

y entrando por la ſala, y camaras (que ricamente eſtaban aderezadas) no hallando perſona, y aſsi fueron à dàr en un retrete, do un viejo (con grandes manojos de llaves en la cinta) eſtaba ſentado, el qual, como los viò, levantandoſe dixo: Què falta? Llevadme à mi, y acabad yà, pues ſolo quedo en eſta ſoledad, para llorar tantas deſventuras, à la fin de mi canſada vejèz. Engañado eſtais, le dixo Dalmacio, que noſotros no ſomos quié penſais, antes perdidos venimos à pediros hoſpedage en eſte Caſtillo por eſta noche. Todo es vueſtro ſi lo defendeis, dixo el viejo; pero antes de quatro horas os pedirá el hoſpedage: y entonces le contò como aquel era el Caſtillo del Marquès del Valle Ameno, y como era ido al de Corverin

el

el cruèl para libertar à su hija; y que en su ausencia avia venido un Gigante, sobrino de Corverin, que Zazo se llamaba, y avia llevado muchos cautivos de alli, y robado el Castillo, y que solo havia dexado à èl, y que luego aquella noche bolveriá à acabar de robar todo lo que havia quedado. No os dè pesadumbre esso, que pues yo quiero posada, halgo me ha de costar, dixo Dalmacio: Cenemos, si ay de què, que esso es lo que importa, y dad orden como reposen estas Damas. Entonces los Escuderos (adestrados por el viejo) hicieron fuego, y aparejaron de cenar, de muchas Aves, y regalos, que en el Castillo havia. Reposaron aquella noche aunque con algun sobresalto, por las nuevas, que el viejo les havia dado.

Mas

Mas mucho ha, que no hablamos de Fortileo, que partido del Caſtillo, tomò con grandiſsimo contento el camino del Caſtillo de los Cuervos, que aunque aſpero, y penoſo era, le parecia à el ſuave, y llano. Al otro dia llegaron à viſta de èl, y tocando el cuerno à uſo de los Gigantes, ſaliò à una Almena un Gigante de robuſta eſtatura, y fiero roſtro; y mirando, viò, que ſolos tres Cavalleros deſafiaban à los del Caſtillo, y riyendo tan gran locura ſe entrò adentro. Por ſer yà muy tarde, Corverin les embiò dos tiendas do repoſaſſen, y una eſplendida cena, hecha por manos de la Giganta, muger de Corverin, y eſto por dàr contento à la Emperatriz, y llevòſela un Gigante en dos poderoſas acemilas, y de parte de

Cor-

Corverin les diò este recado. Mi señor, el Principe Corverin, os saluda, y embia esto, para que passeis la noche, y se espanta mucho de vuestra locura, sabiendo el poder de su brazo, que solos tres Cavalleros querais atreveros à salir con èl en campo: que aun estais en tiempo de libraros, y quedar vivos, con condicion, que dexeis las armas, y cavallos, y le hagais homenage como à señor de vuestras personas, y señorios. Fortileo le respondiò, que agradecia mucho el presente, y mucho mas al cuydado de sus vidas. Que no imaginasse, que tres Cavalleros havian de salir juntos en campo con èl, que uno solo le desafiaba, y deseaba yà en estremo de verse con èl en el campo. Bolviò con esta respuesta el Gigante à su se-

ſeñor, que quedò muy confuſo de quien tendria tanto valor, que con tanto atrevimiento le reſpondia. Ellos cenaron, y Fortileo hizo como que ſe recogia à deſcanſar à ſu tienda, y como viò que todos repoſaban, tomando ſu eſpada, y una capa de un eſcudero, ſe ſaliò por la ronda del Caſtillo, para vèr ſi hallaria algu medio de vèr à ſu ſeñora, que era lo que mas deſeaba en la vida, y dando una buelta à la barba cana, paſsò la puente, q̃ echada eſtaba, que aſsi era coſtumbre, mienrtas Corverin, y ſu hijo Bramidoro (que mas valiente era que el padre) eſtaban en el Caſtillo. Paſſeando, pues, por el muro, le cercò dos veces, y yà medio deſeſperado de vèr lo que deſeaba, ſintiò abrir una pequeña ventana àcia do las tiendas eſtaban ar-

armadas, y sintiò, que dos Damas se ponian à ella hablando, y como era alta, no podia entender lo que decian. Estando en esta duda, hizo ruìdo con descuydo: y Cryselia sobresaltada en el ayre le conociò, ceceandole entonces, hablò èl, diciendo: Es mi señora la Infanta? Es Fortileo (dixo ella) yo soy (respondiò èl) pero no el que era, pues la adversidad de mi suerte me pribò de aquella gloria, que en vuestro Palacio (un tiempo con tanta dicha) gocè: teniendoos siempre à vista de mis ojos. Pues còmo tan tarde Principe? (dixo Cryselia) No quiero disculparme (dixo Fortileo) que fuera agraviar los quilates de mi fè, imaginar, que cabia en vuestro pecho, que en el mio podia caber pereza, ò descuydo en las co-

cosas de vuestro servicio: y pues haveis visto à mi Enisa? (dixo ella) no sè nada (dixo èl) ni he visto à nadie despues que os perdieron mis ojos de vista. Mucho me cuesta esta ausencia: (dixo Cryselia) Mucho me cuesta essa prision: (dixo Fortileo) A tiempo estais, Principe, de remediarle (dixo ella) aunque yo noquisiera que fuera tan à vuestra costa: pero yo espero mayores hazañas del valor de vuestro brazo, que estas: y que vuestro esfuerzo ha de romper el hilo de mi desdicha. Con esse favor, y el de esta vanda (dixo Fortileo) no ay mal, que me dañe, ni poder, que me resista. Estando en esto viò Fortileo venir un bulto agigantado, orillas del muro, que con acelerados passos se llegaba, y echando mano à su espada, con el fer-

ferreruelo rebuelto al brazo le esperò. Bien conocieron las Damas, que aquel era Bramidoro, y atemorizadas aguardaron el suceſſo. Llegò Bramidoro al Principe, y con ſobervia, y ayrada voz, le dixo: Si tu atrevimiento fuera baſtantemente pagado, con la muerte, que agora te darè, ſatisfecho eſtuviera: mas à tanta oſſadia no ay igual correſpondencia, y aſsi me tienes mas ayrado que la miſma muerte. Si tus amenazas (reſpondiò Fortileo) fueran baſtantes à atemorizarme, yà tenias, con mi fin, por tuyos los deſpojos, y ſatisfaccion de tu deſatino: Pero veamos ſi como meneas la lengua eſgrimes con la eſpada. En eſto comenzaro tan terrible batalla, que parecia el monte de Cicilia, quando mas combatido es de

Pi-

Piracmon ; y Esterope. El Gigante rebolvia un pesado cuchillo con estraña lijereza. Y Fortileo, con su luciente espada, le heria con tanta destreza, como esfuerzo. Y assi en poco espacio de tiempo traìa llagado à Bramidoro, en muchas partes de su cuerpo, sin haver recibido golpe alguno. Avergonzabase el Gigante delante de Cryselia, à quien servia, que le malparasse un Cavallero desarmado de aquella suerte. Y tenia el mismo dolor Fortileo, que tanto le durasse un Gigante con un alfange solo: y assi determinados de acabar de una vez, tomando sus espadas con ambas manos, se juntaron, tirandose de tal suerte, que el cuchillo de Bramidoro se metiò en tierra hasta la cruz, y la espada de Fortileo le alcanzò al Gigan-

gante en la cabeza, que en dos partes se la echò de los ombros, con grandisimo contento de haver dado fin à tan prolixa batalla sin herida ninguna. No havrà lengua, que diga el placer de Cryselia, viendose libre de un tan importuno enemigo, y preguntando à Fortileo que tal quedaba: El le dixo, que sano, sin herida ninguna. Ella le rogò, que se recogiesse à descansar, para poder mejor, por la mañana, dàr remate à tantos trabajos. Fortileo se despidiò de ella, y llegando à su tienda, viò, que dos Cavalleros con cinco Damas, y tres Escuderos venian por el camino. Que haveis de saber, que el Gigante no vino al Castillo, donde se quedò Dalmacio, Raxadelio, y aquellas Damas, por hallarse en la batalla con Fortileo: y

viendo ellos que queria amanecer, ſe partieron, y tanto anduvieron todo aquel dia, y gran parte de la noche, que en aquel poco tiempo caminaron jornada de dos dias. Llegados, pues, à las tiendas de Fortileo, reconocida por Eniſa, fueron grandes los abrazos de alegria, aſsi con el Principe Dalmacio, como con Raxadelio, y y los demàs: Recibiendo con grandiſsima cortesìa à todas aquellas ſeñoras: Do las dexarèmos, dando fin à eſte Libro, y à la primera parte de eſta Hiſtoria.

LAUS DEO.

PIN-

PINTASE UN OLMO, Y UN mancebo con una Linterna en la mano, alumbrando à una tapada.

ENIGMA.

SI en eſſe Olmo me buſcares,
Con eſſe medio partido,
No has de hallarme à un tribu unido,
Si en Perſia y à no me encontrares:
Y ſi en el tribu no ligares
A mi, ſabe, que agregado
Al imàn con un bocado
La vida puedo quitar,
Y con arte enamorar
Eſtando bien encarado.
Quien me ignora en ſoledad
Por mis años, ſi me diere
en la guerra que me viere
Tendrà de eſto claridad:

Si à lijera mageſtad
Solamente me mirare,
Y donde empieza no hallare
El nombre, que aqui ateſoro,
En el parto de Medoro
Mi hijo ſe lo declare.
Los que buſcar me quiſieren,
Bolviendoſe me hallaràn,
Y quien ſoy me conoceràn,
Si al mirarme no pudieren:
Y ſi la mira puſieren
En mì, me veràn llamado
De la que ſoy bien mirado,
Quando amante peregrino
Por ocho blancas camino
Sin ſer jamàs aſſombrado.
Sabràn que eſtatua gigante
Me hicieron en Rodamonte,
Si apartandole eſſe monte,
Eſſe le ponen delante;

Mue-

Muero quando nace Infante,
Y en la muſica me hinco,
Entoneme el ſabio ahinco
Sabrà de eſte Enigma el parto;
Mas ſi no paſſa del quarto,
No ſabrà quantas ſon cinco.

PINTASE UNA DAMA VESTIDA de azul, dando golpes en una puerta.

OTRA ENIGMA.

Si eſte Libro ha meneſter
El Enigma que aqui và,
Vue Señoria verà,
Porque ſin eſto no ay vèr.

Mi principio es de un ſigno la primera
Mitad, de la que en eſto me recita:
Tambien de eſpecia titulo me diera,
A no tener el medio, q̃ en mì habita:

Al

Al parecer ſoy Dama; mas de fuera
El le ponga en lugar de lo que quita,
Conocerà quien ſoy, y ſi no acierta,
Dè golpes para hallarme en eſta
puerta.
El q̃ à la buelta de mi adorno fuere,
Aviendo ſin èl hecho en mi reparo,
Parta el Planeta, qu primero viere,
Porque en la mitad deſto me declaro:
Si media Italia al cabo me ſiguiere,
Y luego Alvania ſin ſu Aurora, es claro
Que en Portugàl de mi hallarà certeza,
Porque yo de eſte Reyno ſoy cabeza.
La q̃ guardò el Paſtor mas vigilãte,
Si al fin me ſigue, porq̃ en mi yo ſea,
Nunca mohoſo me verà el ſemblante:
Y ſi aquella infelìz, que à la nerea
Impiedad, fue arrojada por ſu amante,
Al cabo de mirarme ſe paſſea,
Correràn à mi nombre Heroes el velo
Los

Los que ſe fueren con la viſta al Cielo.

Al parecer ſoy yema, ſiendo clara,
La hermoſa quadra, q̃ mi faz no cubre
Sin artificio à todos me declara:
De mano dura red en sì me encubre
Poniendo mi cabeza por ſu cara:
Del Etna, q̃ en mi pie tierra deſcubre
De un gran ſeñor, ſi à parta, Theatino,
Me hallarà en el principio dõde vino.

Sabrà quiẽ ſoy qualquiera, ſi al que anhela,
Para que venga à ſu razon le nombra:
Por el que ſuſpirando me deſvela,
Muero, dexando la delgada ſombra,
Que yo eſpirando, el cuerpo mio vela,
Y ai fin deshecha con ſu fin aſſombra:
El que hallarme quiſiere en eſte caſo,
Buſcãdome en Eſpaña mueva el paſſo.

Si puſieren à Bel, que Dios ha ſido
De la gente, que ciega le adoraba:

En

En el termino mio convertido
Mi nombre ſe ha de vèr, en el q̃ acaba
La dicha de que fue deſpoſſeìdo,
Empezando el engaño que lloraba,
Con un ave al revès nada paterno:
Quien no me hallare aſsi, vaya al
Infierno.

CON LICENCIA.

En Madrid: En la Imprenta, y Libreria de Don Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara de el Rey. Se hallarà en ſu Imprenta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs. Año de
1720.

N° 1996-3-N° 633